



UAP

UNIVERSIDAD ALAS PERUANAS

JORGE LAZO ARRASCO

# NAYMLAP

Leyenda novelada  
sobre el origen de Lambayeque





# NAYMLAP



# NAYMLAP

Leyenda novelada sobre el origen  
de Lambayeque

2ª Edición

JORGE LAZO ARRASCO

CHICLAYO – PERÚ



# UAP

UNIVERSIDAD ALAS PERUANAS

Primera edición:  
Talleres gráficos colegio San José.  
Chiclayo, 1959

**Segunda edición:**  
**Universidad Alas Peruanas, 2009**

Prohibida la reproducción parcial o total de las características de este libro, ningún párrafo o imagen contenidos en esta edición puede ser reproducido, copiado o transmitido sin autorización expresa del Fondo Editorial de la Universidad Alas Peruanas. Cualquier acto ilícito cometido contra los derechos de propiedad intelectual que corresponden a esta publicación será denunciado de acuerdo al D.L. 822 (ley sobre el derecho de autor) y con las leyes que protegen internacionalmente la propiedad intelectual.

## **NAYMLAP**

### **Leyenda novelada sobre el origen de Lambayeque**

© **Jorge Lazo Arrasco**

© UNIVERSIDAD ALAS PERUANAS

**CENTRO DE INVESTIGACIÓN - FONDO  
EDITORIAL**

**Director: Jaime Deza Rivasplata**

Av. Cuba 301. Jesús María.

Teléfonos: 471 0346 / 472 1409

| e-mail: [j\\_deza@uap.edu.pe](mailto:j_deza@uap.edu.pe) |

**Arte y Diseño:**

**BAZICO, *Imagen y Diseño***

Grimaldo del Solar 120. Miraflores.

Lima. Telf. (51-1) 445 4342

**Impreso en los talleres gráficos de la  
Universidad Alas Peruanas.**

**Hecho el depósito legal en la Biblioteca**

**Nacional del Perú: 2009-05307**

**ISBN: 978-9972-210-78-5**

**Segunda edición: Lima, julio de 2009**

# ÍNDICE

---

## Primera Parte

<b>¿HACIA LO DESCONOCIDO?</b>	<b>15</b>
<b>UNA ESPERANZA</b>	<b>19</b>
<b>ANTE EL MONSTRUO MARINO</b>	<b>23</b>
<b>FESTIN DE LLANGARES</b>	<b>27</b>
<b>CHECLÁ Y EL NI</b>	<b>33</b>
<b>OTRA ESPERANZA</b>	<b>37</b>
<b>CON OLOR A LEYENDA</b>	<b>41</b>
<b>¡APÁEC A LA VISTA!</b>	<b>47</b>

## Segunda Parte

<b>¡EN TIERRAS NUEVAS!</b>	<b>57</b>
<b>FRENTE A LOS CARANGUES</b>	<b>61</b>
<b>TRES LUNAS CON LOS CARANGUES</b>	<b>65</b>
<b>HACIA LA TIERRA DE LOS ESMERALDAS</b>	<b>71</b>
<b>POR EL BOSQUE Y EL DESIERTO</b>	<b>75</b>
<b>EN LA TIERRA DE LOS ESMERALDAS</b>	<b>83</b>
<b>SINGULAR DECISIÓN</b>	<b>87</b>
<b>MATRIMONIO ABORIGEN</b>	<b>97</b>
<b>LA FIESTA DE “AKATAY ALEPONG”</b>	<b>101</b>

## Tercera Parte

<b>DE NUEVO EN EL NI</b>	<b>113</b>
<b>CUENTOS DE MAREA</b>	<b>119</b>
<b>AMOR EN ALTA MAR</b>	<b>123</b>

---

<b>¡MAMITA EL TÍBURON!</b>	<b>129</b>
<b>¡EN LA TIERRA DE NAYMLAP!</b>	<b>135</b>
<b>EL TEMPLO DE LAMPALLEC</b>	<b>143</b>
<b>CIUM Y ZOLSDOÑI</b>	<b>151</b>
<b>LA SEQUÍA</b>	<b>159</b>
<b>EI SACRIFICIO DE KUTICHUMBI</b>	<b>167</b>
<b>LA INMORTALIDAD DE NAYMLAP</b>	<b>175</b>
<b>NAYMLAP: UNA GRAN NOVELA</b>	<b>179</b>
<b>VOCABULARIO</b>	<b>183</b>

## SEGUNDA EDICIÓN

Naymlap, novelización de la leyenda, fue publicada en 1959, con motivo y en homenaje al centenario del Colegio Nacional “San José” de Chiclayo –Perú.

Se reimprime 50 años después, cuando el colegio cumple 150 años, y nuevamente constituye un homenaje al glorioso plantel, donde fui alumno de secundaria (1942 – 46); cinco años después fui profesor y también Presidente de la Asociación de Docentes.

Esta segunda edición se efectúa gracias al auspicio de la Universidad Alas Peruanas, a cuyo Rector Dr. Fidel Ramirez Prado, le expreso mi gratitud.

Dejo constancia, de paso, de mi reconocimiento a quienes formularon sendas y valiosos comentarios favorables a la primera edición, exaltando la fantasía literaria de la obra. Me refiero a Nicanor de la Fuente (NIXA), Raúl Fernández, Victor Mendoza, Eugenio Sosa, José Arana Cuadra, J. Hernández Urbina, Glicerio García Campos, José Medina Acuña, Alfonso Tello.

## **PRIMERA EDICIÓN (1959)**

Este es mi homenaje al Colegio Nacional “San José” de Chiclayo el primer Centenario de su fundación En cuyas aulas me eduqué y tuve la suerte después de ser miembro de su Cuerpo de Profesores.

Al dejar sentado mi homenaje y admiración al Primer Centro de Estudios de Lambayeque, quiero dejar asimismo expresado, mi agradecimiento al Dr Francisco B. Lizarzaburu, ex –Director del plantel “San José” porque gracias a su apoyo ha sido posible la impresión de la presente obra.

**J. L. A**

La primera edición fue impresa en los talleres gráficos del propio colegio “San José”

24 – IX - 1959

En el norte del Perú existe un departamento llamado Lambayeque. Según una leyenda el fundador de este sector peruano allá en la época antigua, se llamó NAYMLAP. Esta no es la historia de NAYMLAP, ni pretende serlo. Pero podría haberla sido. Después de todo ¿qué tanto conocemos realmente de personajes y hechos prehistóricos?

Ha querido, esta vez, la fantasía jugar con la efigie del fundador de Lambayeque y veamos cómo lo hace...



---

# PRIMERA PARTE

---



## ¿HACIA LO DESCONOCIDO?

Naymlap parecía mirar en las aguas del encrespado mar, el quebrado reflejo de la luna. Aún no convencido de la razón que lo había impulsado a efectuar este repentino viaje. Abrazado del palo mayor de la balsa, con el pie derecho sobre un costal de alimentos y la mirada fija en los movimientos del agua, trataba de escrutar las diversas explicaciones sobre su partida. ¿Qué lo había impulsado a cruzar el Ni?

De niño había recorrido casi todas las islas aledañas a Kawillaca, pero desde que conoció a Ceterni algo le decía que debía buscar su propia tierra y establecer su reinado. Ceterni como esposa oficial lo había complacido en todo y la tranquila isla de Kawillaca servía, no sólo de escenario para este inmenso romance, sino que allí había nacido el primogénito Cium.

Quizás Naymlap había pensado que la isla era muy poco para él y que, además, tenía otros dueños. Pero ni esta razón era la más convincente. ¿Qué era entonces lo que había provocado esta tremenda hazaña?

Pasando su mano izquierda sobre su desgredada y húmeda cabellera, en actitud de desesperación, recordaba los acontecimientos y veía que todos ellos se habían hilvanado como ordenados por una fuerza superior.

En medio de esas reminiscencias, como figuras gigantes descollaban las imágenes de sus padres. En las tranquilas aguas

marinas veía el dulce rostro de su tierna Ai quien aquella tarde trataba desesperadamente de disuadirlo. Aún parecía escucharla.

—Pero hijo ¿cómo es posible que trates de abandonarnos? ¿Quién te ha metido tan rara idea? Tu sabes que todos los que han viajado al otro lado de estas aguas no han retornado ¿Por qué quieres irte?.. ¿Por qué? ...

—Mi linda Ai espondió Naymlap-- tu siempre con regañños.... ¿No sabes acaso que desde niño he vivido en el Ni? ¿No he acompañado siempre a mi padre en todos sus viajes? ¿Acaso no he aprendido en carne propia todas las traiciones del mar? Y lo que es más, ¿Acaso no he aprendido a dominarlos?... No mi Aita. Ya no soy un niño. Tu Naymlap se va hacia lo desconocido pero sabes que regresará.

—Pero ¿te vas? --replicó Ai-- ¿Y Ceterni? ¿Y Cium? ¿Y todos los que trabajan contigo en la pesca? ¿Qué has pensado hacer con ellos?

—Todo está arreglado ya. Ceterni, Cium y todos los que trabajan conmigo se van también de viaje.

Ai soltó el “llangar” que tenía en sus manos y asiéndose fuertemente de un horcón que servía de sostén al techo de la cabaña miró con asombro a Naymlap. Era una mirada de angustia y desesperación. Una, mirada que, esta vez, y de una vez por todas, trataba de buscar una explicación a la atribulada conducta de este niño ya crecido. En medio de esa algarabía sentimental Aí convino, como siempre había convenido, en esta nueva travesura de su hijo.

Esa era la mirada que Naymlap veía ahora reflejada en las cristalinas aguas. Pese a ello él buscaba mentalmente la solución de su propia incógnita. ¿Podía ser este viaje el resultado de aquella promesa

infantil? ¿De esa promesa que un niño hizo cierta vez a su padre, cuando le dijo: “Papá, algún día yo cruzaré todo el Ni así como lo ha hecho Taicanamo”? ¿Podría ser por esto? Mal seguía meditando sobre el origen de este intrincado asunto. La única evidencia que aparecía claramente era la de la partida. Muchas noches hacía que no veían tierra. “Si no fuera por la fidelidad de Ceterni –pensaba Naymlap– y la fe ciega de todos mis hombres, esta es la hora en que hubiera dejado de existir”.

El cálido airecito marino acariciaba su rostro, jugando a la ronda con sus lacios cabellos. Allá en la inmensidad del océano torrentes luminosos rompían el mundo tenebroso y daban a la imponente marina cierta benignidad y cierta apariencia de cielo estrellado. Naymlap seguía mirando ese infinito. De pronto Checlá que iba conduciendo la balsa prorrumpió un quejido que sacó a Naymlap de su ensimismamiento.

— ¿Qué sucede? –inquirió Naymlap.

— Nada Señor. El serenito de la noche me iba emborrachando y como ya nadie rema casi no me doy cuenta que nos íbamos a voltear.

— ¡Más cuidado! –insistió Naymlap– no olvides que de ti dependen la vida de veintidos personas. Y que justamente te he traído porque he estado convencido siempre de tu experiencia y de que dominas al Ni como si fuera tu propio hijo.

— Lo sé, señor. Pero ya son dos Lunas de navegación y aún no sabemos cuántas faltan por recorrer. Pero por la dirección de las velas y el sabor de las aguas, me parece que vamos por buen camino. Lástima que el agua no tiene mucho sabor a tierra como para tener más seguridad. Pero creo que llegaremos.

Naymlap acomodándose la toca y arropándose más con la manta que llevaba puesta, lanzó una mirada a los integrantes de su nave. Dormidos cual niños en las faldas maternas, daban al ambiente un aire de paz y de tranquilidad. En el centro de la balsa y junto al trono dormitaba Ceterni; junto a ella su hijo Cium y dos jovencitas que tanto habían insistido en venir. Eran Zolsdoñi y Kutichumbi. Dos huérfanas a quienes Naymlap, en Kawillaca, vestía y alimentaba como a sus propias hijas. Ellas al enterarse del viaje prefirieron venir con su padre adoptivo antes que continuar viviendo en la isla.

Impresionante era el cambio lento que se operaba en la naturaleza. El alba anunciaba ya un nuevo día. Las fosforescencias empezaban a desaparecer y ciertas nubes blancas se divisaban allá en el horizonte. Una especie de chillido que desde hacía algunos días venía acompañándolos volvió a manifestarse. Checlá magullando frases inconexas esperaba extasiado esta metamorfosis mundana. Luego empujó con el pié derecho a Pitazofi, quien dormía junto a la quilla diciéndole: “¡Eh, Pitazofi que ya es día nuevo! ¡Anúncialo con emoción! ¡Vamo! ¡Vamo!. . .” Pitazofi posó de un salto junto al timón y luego de estirarse llevó a sus labios un pintarrojado caracol marino arrancándole sonoras notas, de gran raigambre para este auditorium marino. La tripulación que hacía sus ranchos en la cruzía fue abandonando el relieve de la regala en que dormía, desalojando sus escasas colchaduras y frazadas que los habían resguardado de la borrasca y del golpe de mar. Naymlap se sentó en el trono para iniciar su descanso. Un nuevo día se había evidenciado.

# UNA ESPERANZA

Todas las mañanas eran semejantes, desde que habían salido de Kawillaca. Nina Colla postrado de rodillas refregaba con un trapo el trono y el anda de Naymlap. Junto a él con una bolsa en la mano y una serie de tintes en la otra, se encontraba Xam dispuesto a maquillar con untos y colores el rostro de Naymlap. En una de las esquinas traseras de la nave, Ochocalo preparaba los primeros alimentos del día. Se trataba de pescado salado y harina de cáscaras de conchas marinas. Sentado sobre un hato de ropa, Llapchillulli habilidosamente manejaba el algodón en son de tejer una manta. En conversación con él, Ninagentue preparaba el “chulachá”, bebida favorita de Naymlap, hecha a base de agua y ciertos caracoles que arrancaron con algas y todo allá en Kawillaca. Los demás se dedicaban a actividades antojadizas como tratar de pescar algo, ajustar los obenques, atar un palo a otro dando fortaleza a la nave; hilar en pares junto a la quilla y, en fin, pasearse mirando el horizonte.

—¿Qué me ofreces hoy? preguntó Checlá a Ochocalo añadiendo: “Ahora si que me parecen largas las noches. Ya voy sintiendo el peso del cansancio y es que toda la noche estar junto al timón no es cosa de juego”.

—Mira, Checlá, estos llangarcitos medios ácidos te van a reponer— respondió Ochocalo. —La verdad es que tienes razón. Si no fuera porque el jefe es Naymlap, esta hora en que me habría vuelto a Kawillaca aunque fuera nadando...

— ¿Quieres nadar? preguntó Pitazofi que había venido acercándose y que sólo había escuchado la última palabra de Ochocalo. Si quieres nadar—agregó— avise pueda ser que con tu presencia espantes a ese “pajarito” que desde hace diez días nos viene acompañando....

—No, no hablaba de nadar sino de otras cosas —respondió Ochocalo—.... yo le decía a Checlá que...

— ¡Oye! A propósito del “pajarito” —interrumpió Checlá— ¿qué animal es ese que no nos quiere dejar? ¿Y qué quiere con nosotros?

—Es un animal muy raro —terció Pitazofi— a lo mejor nos viene cuidando, por eso no quiere irse. Ayer yo le tiré un poco de carne a ver si se iba pero ni siquiera la olió ¿Y de noche tu lo vez Checlá?

—Bueno, de noche ni lo siento. La verdad es que desaparece. A lo mejor se va a dormir y después regresa—añadió socarronamente—... ¡fíjense allí está! —dijo casi gritando mientras señalaba con su índice derecho al bicho...

Adoptando aires de rey de mar, con la cabeza erguida y la mirada al frente avanzaba sobre el agua esta especie rara. La cabeza por demás pequeña, con dos ojos sesgados y vivaces, el cuello largo y brioso y desprendiéndose del lomo un par de aletas grandes, el animal parecía medir alrededor de tres metros. Eran quince los días, que venía acompañándolos y como expresara Checlá su visita parecía concretarse durante el día, pues en las noches desaparecía para reaparecer con el alba. Más aún, el sitio que había escogido para acompañarlos era el izquierdo de la nave donde solía permanecer casi siempre frente a la cocina, a unos diez metros más o menos.

Surcando la mar, impulsada más por la corriente marina que la

llevaba con rapidez, continuaba avanzando la nave. Con las dos manos en un palo horizontal atado con cabuya a otro vertical y que servía de timón, Pitazofi capeaba las gigantes olas y amortiguaba los “tumbos” hundidos, magullando cierta canción alegremente. Los remeros parodiaban la misma salmodia.

En el centro de la nave, bajo una especie de toldo estaba Naymlap sentado en su trono. A su lado Ceterni, su esposa, y tras ella Cium dialogando con Zolsdoñi. No lejos del grupo Kutichumbi remendaba una manta.

—Ten la seguridad... —le decía Naymlap a Ceterni— que nuestro hijo no nacera en el mar. Sé que el Ni lo odia y, justamente, por eso mi hijo nacerá en la “apaec”.

—Pero Naymlap —replicó Ceterni— si dos lunas que hemos salido de Kawillaca y hasta hoy no hay siquiera indicios de tocar tierra. ¿Cómo crees que mi hijo no va a nacer en el mar?

—Tú —afirmó Naymlap— eres la primera de mis esposas y, más que todo, la más fiel. Por eso te voy a revelar algo. Anoche invoqué a nuestro dios Chot para que me ayudara a resolver una cosa que me desesperaba.

El no lo hizo, pero en cambio me aseguró que el aparecer la tercera Luna en nuestro viaje estaremos tocando tierra.

—Gracias —expresó Ceterni, casi sollozando al mismo tiempo que lo abrazaba— no sabes que gran alivio me has dado. Durante muchos soles y muchas lunas he venido pensando en todos nosotros. En tí, en los niños, en la tripulación y he recordado con pena a la Aita. La he visto con su corazón partido. ¡Pobre Aita!

Naymlap volteó la mirada hacia un lado, buscando más que una solución a sus problemas, la razón, esa poderosa razón, que lo había traído hasta este punto del infinito mar.... El choque brusco de las olas en la nave salpicaba el agua fraccionada en infinidad de partes, bañando, especialmente, el rostro de Pitazofi que permanecía impávido en el timón. Los niños corrían alrededor del palo central de las velas jugando animosamente. De pronto una voz resonó con desesperación: “¡El animal! ¡El animal!.. “El que así gritaba era Llapchillulli quien trepado en uno de los palos menores señalaba hacia el borde izquierdo de la balsa diciendo: “¡Allí! ¡Allí está! ¡El animal! ¡El animal!” Era el bicho que desde hacía mucho tiempo los venía acompañando y que hoy se había permitido efectuar una visita queriendo treparse al vehículo.

# ANTE EL MONSTRUO MARINO

— ¡Nadie se mueva de su sitio! --ordenó Naymlap-- con imperiosa voz, al mismo tiempo que cogía una lanza larga con punta de bronce— ¡Pitazofi! ¡Paraliza el timón! ¡Amárralo fuertemente!... ¡Ochocalo, tú y algunos más cojan un palo! ¡Ollopcopoc, haz que los niños y las mujeres se coloquen junto a la cocina; que estén echados.... ¡Cárguense todos a la derecha para evitar que la nave se voltee!... ¡Pronto! ¡Pronto!

La bestia tenía colocada ya una de sus patas delanteras en el borde de los palos que servían de baranda y al colocar la segunda, en actitud de subirse, la nave se estremeció bruscamente inclinándose. La tranquilidad del mar daba al espectáculo todas las facilidades del caso. No había ni agitar de olas ni visos de vientos fuertes. La naturaleza se abstenía de intervenir en esta lucha entre el hombre y la bestia. En la plataforma muchos objetos habían rodado por el piso Naymlap y los suyos guardaban, arma en mano, el momento para el contraataque. Los niños abrazados de sus mamás no despegaban la mirada del animal, pese a sus gritos y lamentaciones.

Pero el bicho había optado por permanecer en esa posición. Sus ojos recorrían toda la nave dando a su mirada un aspecto ingenioso; su largo y escamoso cuello originaba un chillido semejante a una sonaja de niño. En las dos patas que tenía colocadas arriba, se divisaba una serie de largos y afilados dedos unidos por una especie de membrana, cual si se tratara de un palmípedo, La parte tracera sumergida en el agua terminaba en dos largas colas que afloraban y se hundían constantemente.

Cerca de dos horas había permanecido la bestia en esa posición, como si se hubiera quedado extasiada o hipnotizada. El mar había empezado a inquietarse, agitando levemente sus olas. El viento trataba de arreciar, indicando que el sol se acercaba al ocaso. Y los hombres trataban de mantener el equilibrio de la balsa al mismo tiempo que permanecían alertas.

—Tenemos que hacer algo —dijo angustiosamente Xam— no podemos esperar más. Si él no nos quiere atacar, pues ataquémoslo nosotros.

—Tienes razón Xam —intervino Ochocalo— la noche se acerca y si no aprovechamos de la claridad del Sol, después va a ser difícil. ¡Hay que hacer algo!

—Nadie puede hacer nada mientras Naymlap no lo disponga —terció Checlá— aunque a mí me parece que esperemos la noche, porque según sabemos el bicho suele desaparecer por las noches.

—Yo no creo que debemos esperar —replicó Ochocalo— además el sol está todavía muy lejos de caer al mar. Y si esperamos la noche puede resultar fatal. Me parece que hay que obrar inmediatamente.

—Yo también estoy de acuerdo con Ochocalo —intervino Naymlap mientras se ajustaba las canilleras— es preciso aprovechar la luz del sol. Vamos a probar algo a ver si resulta. ¡Ochocalo! tráeme un pedazo de carne y una cuerda.

Ochocalo se deslizó suavemente hasta la cocina y trajo los elementos indicados. Naymlap ató la carne a un extremo de la cuerda y luego de ajustarla la lanzó cerca del bicho. Un silencio profundo se acentuó en los hombres. La respiración se entrecortaba en varios de

ellos. Sólo se oía el rumor de las aguas y el sonido del viento que cada vez era más intenso. La bestia insistía en recorrer con su mirada todo el ámbito de la nave y no parecía haberse dado por enterada del objeto que le habían lanzado. Al cabo de algunos segundos, detuvo su mirada en la carne salada en tanto que Naymlap daba movimiento a la cuerda desde el otro extremo. El espécimen acercó su boca hacia el alimento y le deslizó una delgada y aserruchada lengua negra. No hizo sino lamerla súbitamente y un estrepitoso arrebato de ira se evidenció en el animal. Soplaba y resoplaba con desesperación, balanceando con sus bruscos movimientos a la nave. Sus colas chicoteaban el agua como si el mar fuera el verdadero culpable de este sabor. La desesperación se intensificó en las mujeres y niños quienes gritaban despavoridos. Uno de los palos que sostenía las velas empezó a crujir. Fue entonces cuando Naymlap tiró con fuerza su lanza que fue a incrustarse certeramente en el pecho de la bestia. Un soprido intenso se dejó escuchar como expresión de dolor mientras manaba sangre negra; se ladeó suavemente y luego chicoteó con sus dos colas fuertemente.

— ¡Ochocalo! “acércate y dale con el palo en la cabeza” –gritó desesperadamente Naymlap– “¡Dale pronto!” –insistió–. Ochocalo caminó dos pasos temerosamente– y calculando la distancia asestó un fornido golpe a la bestia marcando con una huella el pescuezo. Corrió, enseguida, Naymlap con otro palo en la mano y aprovechando de la confusión del animal le asestó un segundo golpe, que esta vez le abrió la cabeza. Llamó, a los demás indicándoles que continuaran golpeando, especialmente en la nuca. Al tratar de acercarse al bicho, un golpe de la cola alcanzó a Checlá quien cayó sangrando en el piso. Los demás colmaban de golpes a la fiera que ya había empezado a quedar exhausta. Los chicotazos de la cola eran cada vez menos fuertes, Naymlap cogió la lanza que el animal tenía incrustada en el vientre y se la clavó en la

cabeza que yacía aún con vida, destrozándosela completamente. Con esto la bestia expiró, quedando parte de su cuerpo en la nave y parte en el mar.

El cuadro que presentaba la balsa era por demás desastrozo. Uno de los palos de las velas aparecía quebrado. Gran parte de la baranda del lado izquierdo se había destruido completamente. Junto a una cabuya enrollada yacía tendido en un charco de sangre Checlá.

—Miren a Checlá —gritó Pitazofi que no se había movido del timón. Todos corrieron hacia la víctima. Naymlap lo volteó, pues estaba boca abajo, y levantándolo por la espalda tratando de ver si recapacitaba, se dió cuenta que estaba muerto.

“Todo está perdido” balbuceó tristemente Naymlap.... “Levántenlo y colóquenlo en la tarima, junto a mí anda...” Dos hombres cogieron el cadáver e hicieron lo ordenado. “Ahora, a arreglar la balsa”, añadió el monarca.

— ¿Y qué hacemos con el “pajarito”? —inquirió Ochocalo— fíjense que la balsa sigue ladeada.

—Amárrenla con una cabuya por la barriga —dijo Naymlap— y luego tírenlo al mar para llevarlo jalando.

Los hombres con su vestimenta aún empapada dieron comienzo a la tarea. La trápala había terminado. Allá en el horizonte el sol se sumergía en el ocaso.

# FESTIN DE LLANGARES

Al amanecer, Naymlap que había guiado la balsa toda la noche, entregó el timón a Pitazofi. “Mantén con fuerza el timón hacia este lado (izquierdo)” le indicó al momento de entregarle. “Parece –agregó– que por aquí la corriente va retornando. Y no sería raro que fuéramos a dar nuevamente a Kawillaca”.

El sonido del caracol marino había despertado a la tripulación incitándola a reiniciar las actividades del día.

Naymlap caminó meditabundo hacia su trono y se sentó en busca de reposo, tratando de restaurar las energías perdidas. Al sentarse recostose lentamente sobre el espaldar y mirando el infinito le vino a la memoria la imagen de Checlá. “Pobre Checla” meditaba. ... “Me parece verlo aquel día que yo organizaba todo...” –El único en quien puedo confiar mi nave eres tú –decía Naymlap– Checlá no puedes abandonarme en esta aventura. Tu dominas el Ni y sabes cómo piensa, qué le gusta y hasta puedes adivinar cuándo quiere atacarnos. Fíjate bien, Checlá y decide.

—Mire, mi chec, yo lo he acompañado a Ud. en muchos viajes. Hemos recorrido juntos las islas de las Hormigas, las Islas de Krimakoa y hasta la maldita del Corazón Loco. Hemos naufragado varias veces y hemos padecido hambre. Por eso, esta vez, no puedo dejarlo marchar solo. Yo voy con usted... Algo más, deme orden para que yo organice y disponga todo. Ya sabe que yo conozco mucho de esto. Siendo muy niño vi como organizó Taicanamo su expedición. Me acuerdo de todo lo que llevaron. Déjeme a mí.... ¡Déjeme!

Naymlap lo veía en sus recuerdos cómo se alejaba aquella vez entusiasmado. Recordaba, asimismo, cómo dirigía a los hombres en el momento de la partida. “¡Ese bulto acá!”... “La cabuya allá, junto a la quilla. Tú amarra bien ese palo... ¡Falta agua en las pipas! ... Pensar, –seguía meditando Naymlap– que ahora nos has abandonado.

Esa tarima es tu triste descanso y pronto serás arrojado al Ni... ¡Que tu espíritu siempre nos acompañe, amigo Checlá!

El cadáver estaba envuelto con una manta de algodón color pardo y atado con una cuerda por la cintura. Naymlap fue interrumpido en sus meditaciones por una algarabía terrible que habían originado los niños, junto a la baranda trasera de la balsa.

— ¡Vengan pronto! ¡Vengan a ver esto! ¡Vengaaan! –gritaba desesperadamente Kutichumbi.

— ¿Qué sucede? –preguntó Llapchillulli, quien había acudido corriendo.

— ¡Mira allí! –dijo Kutichumbi, señalando a la bestia que flotaba unos diez metros atrás.

— ¡Chuchuy! ¡Chuchuy, mamita! –expresó Llapchillulli bailando en un pie y sacudiendo las manos. – Está lleno de llangares.... ¡Fijense la de llangares en su lomo!

—Y miren la cantidad de peces por los costados –comentó Ochocalo que también se había acercado junto a Kutichumbi.

— ¡Allá, miren ese pescadazo grande que le está jalando la cola!, dijo Zolsdoñi, que permanecía junto a Llapchillulli tomada de la mano de Cium.

— ¡Esto sí que se llama tener suerte! —balbuceó Ochocalo, refregándose las manos.

— ¿Suerte? ¿Por qué? —indagó Kutichumbi.

—Sencillamente, porque ahora tenemos la gran oportunidad de recoger provisiones para el resto de nuestro viaje —respondió Ochocalo.

—Tienes razón, Ochocalo —dijo Llapchillulli— debemos pescar inmediatamente. Voy por las redes.

—Qué surtida voy a tener mi cocina—expresó emocionadamente Ochocalo—. Ahora sí —agregó— ustedes pueden pedir lo que deseen. Comida abundante para todos y en las cantidades que se les antojen.

—No cantes victoria todavía —replicó Zolsdoñi— Primero debemos tener los peces arriba y luego pensar en el resto ¿no?

— ¡Que va! —respondió Ochocalo— Si yó...

— ¡Vamos! ¡Vamos! —interrumpió Llapchillulli— aquí están las redes y los cordeles. Manos a la obra.

—A mi me dan un cordel con bastante carnaza —dijo Zolsdoñi.

—Y a mí otro —solicitó Kutichurnbi.

—Para mí una “atarraya” —pidió Cium— ya verán de lo que soy capaz.

— ¡Bueno! ¡Bueno! Sólo quedan dos “atarrayas” más —expresó Ochocalo— una para Llapchillulli y otra para Fengasigde— ¡Vamos a trabajar!

El espectáculo que se ofrecía era bastante interesante. Por sobre el improvisado concurso de pesca estaba la imperiosa necesidad de acumular provisiones. Hacía mucho tiempo que habían partido de Kawillacay casi todas las provisiones se habían consumido. Ultimamente, Ochocalo racionaba todos los alimentos y con el ataque de la bestia algunos bultos habían caído al mar. Por eso esta oportunidad era apreciable y no se debía desperdiciar.

Los rostros de Zolsdoñi y Kutichumbi, esto es la nota femenina del concurso, daban al espectáculo un matiz peculiar de finura y delicadeza. Se las veía lanzar y subir el cordel con singular agilidad, así llenaban sus respectivos cestos. Zolsdoñi se jactaba de haber cogido el pez más grande, expresión que no admitía Kutichumbi. De los varones sólo Cium era un poco lento para subir su “atarraya” cuando se ponía cargada; en su tarea le ayudaba Ochocalo. Llapchillulli había logrado reunir considerable cantidad de peces, entre los que sobresalían los “llangares”, en tanto que Fengasigde ostentaba también singular cantidad.

—Cuestión de suerte —dijo riéndose Llapchillulli— Fíjense mi alimento predilecto: son llangares. Y eso es lo que más he recogido. ¡Y vean lo gorditos que están!.... Claro, si se han dado un festin con el “bichito” ese.

—Ustedes estarán contentos, pero no más que yo —dijo Zolsdoñi— fíjense en esto ¿no les dá envidia su tamaño y su gordura? lo que es a este me lo devoro ahorita mismo, bien picadito.

— ¿Y qué me dicen de este cachetón? —manifestó Kutichumbi, mostrando un raro ejemplar.

—Lo único que tiene de bueno es que nadie lo conoce

—respondió burlonamente Cium— ahora falta ver si es rico.

—Espera que lo pruebes y verás —replicó Kutichumbi.

—Bien, mis queridos amigos, se acabó la tarea —dijo Ochocalo—. Yo creo que con esto tenemos para vivir diez Lunas más... Ah! pero creo que no se va a poder porque el agua también se está acabando. Pero de todas maneras algo es algo. Ahora, ayúdenme a cargar llenando los sitios que tuvieron anteriormente.

— ¿Y esto dónde lo pongo? —preguntó Cium refiriéndose a las “atarrayas”.

—Allá junto a la baranda de la quilla —respondió Llapchillulli.

— ¡Cium! —gritó Ochocalo— por allí pregúntale a Naymlap qué hacemos con el “pajarito” que casi se lo han comido todo los peces.

Naymlap que permanecía en su trono aún en actitud meditabunda, se puso de pie y se dirigió a la baranda trasera a mirar al carcomido “bicho”. Lo examinó tranquilamente y luego dijo:

—Xam.

—Coge la cabuya y jala a la bestia hacia acá... ¡Áyúdale Ollopcopoc!

Los dos fornidos marinos empezaron a jalar la cuerda y tras duros esfuerzos, que mecían casi toda la nave, lograron juntar la bestia a la balsa. Luego Naymlap se acercó a la yaciente fiera y con una lanza le cortó la cabeza; la cogió con sus dos manos y la miró detenidamente. Enseguida ordenó que cortaran la cabuya y abandonaran el resto del animal. Así lo hizo Ochocalo. La cabeza del bicho fue colocada junto a los pies fríos del cadaver de Checlá.

La balsa siguió avanzando en su ruta. Los tripulantes miraban de vez en cuando el cuerpo de la .fiera que se iba perdiendo allá en el horizonte. Sendos recuerdos pasaban por la mente de estos hombres.

# CHECLÁ Y EL NI

Con una indumentaria por demás extraña, Naymlap con los brazos cruzados, permanecía sentado en su trono. Su inquisitiva mirada no se despegaba del cadáver que estaba frente a él. A su alrededor se habían alineado los demás navegantes formando una especie de semicírculo. Sus vestimentas habían variado de lo común. Las mujeres llevaban las manos hacia delante atadas con una trenza de algodón y puesto exhibían un camisón blanco y largo. Los hombres llevaban una trenza similar doblada en el cuello y cuyos extremos pendían por delante; sobre sus espaldas portaban una manta cuyas puntas chocaban con el piso. En todos los pintados rostros se dejaba entrever una honda consternación.

Naymlap hizo una seña a Pitazofi y éste cogió dos pequeños trozos de madera y empezó a golpear rítmicamente un cajón corto, arrancándole ruidos con tendencias armomiosas de extraña interpretación. Naymlap levantó sus manos hacia arriba y al unísono los tripulantes se arrodillaron, levantando sus brazos también hacia arriba. El monarca que era el único que permanecía de pie bajó los brazos y dirigiéndose hacia el cadáver cogió la manta que lo cubría y dejándole descubierto el rostro dijo:

“Amado Checlá: quisiera tener la fuerza de todos los dioses para ordenarte que te levantes de la tarima. Y quisiera hacerlo, justamente, porque has sido uno de mis mejores súbditos. Yo estoy seguro que estás oyendo lo que te digo. Y estoy seguro, también, que estás viendo cómo sienten tu ausencia todos los que te rodeamos en este instante.

Esta noche le pediré a Chec Chot que tú nos sigas ayudando. Con tu voluntad y tu fuerza tienes que llevarnos a la Apaecc. A esa isla donde también ha ido Taicanamo y no ha querido volver. Lo único que te pedimos, Checlá, es que luches contra los dioses del mal por cuidarnos a todos. Pronto tu cuerpo será arrojado al fondo del Ni; de allí lo sacarás tu. Porque yo sé que el Ni nunca te vencerá y es a él a quien te vamos a entregar...

Naymlap volvió a cubrir el rostro de Checlá y retornó a su sitio. Luego se arrodilló cubriéndose el rostro mientras que los demás tripulantes se pararon haciendo ademanes, gestos y movimientos casi ilógicos, al mismo tiempo que entonaban canciones de aspecto extraño y fúnebres.

Largo rato permanecieron en esta actitud, hasta que Naymlap se levantó y todos reprimieron los movimientos. Xam y Llapchillulli quitaron la manta que cubría el cadáver y la tendieron en el piso. Levantaron, luego, los malolientes despojos humanos y los colocaron sobre la manta. En una de las inmóviles manos depositaron la cabeza del monstruo malogrado y nauseabundo. Envolvieron todo con la manta y lo ataron con cabuya. Ochocalo y Llapchillulli cogieron el bulto y lo depositaron junto a la baranda izquierda.

Nuevamente los tripulantes entonaron la canción fúnebre y desplegaron los movimientos anteriores. Naymlap se despojó de la túnica que le servía de capa y se colocó junto al ataúd. Clavó su enhiesta mirada al Ni y dijo: “Ni: te entregamos a Checlá porque así lo ha dispuesto Chot. Acógelos y críalos como si fuera uno de tus peces. Si llegas a darle nueva vida devuélvelo a nosotros. Si él quiere librarse de tí, no lo ataques.... Ni tu eres poderoso, pero no tanto como Chot”.

Levantó Naymlap el bulto en sus brazos y lo lanzó con singular fuerza al agua. Un estampido de gotas se levantó de la superficie líquida y blancas espumas quedaron en el ras como certificación lapidaria de esta entrega. Los tripulantes que habían estado cantando fúnebremente, dejaron de hacerlo y se acercaron a la baranda a mirar al “entierro”.

Casi nada había que ver. Sus rostros demostraban, sin embargo, inquietud, angustia y tristeza. No era para menos. Un compañero, un gran compañero, se había ido.



## OTRA ESPERANZA

Aquella mañana el mar estaba más encrespado que de costumbre. Las olas arreciaban fuertemente contra la balsa. Cada reventazón de agua hacía temblar duramente a ese inarmónico conjunto de palos y cabuyas atadas. El viento silvaba más que otros días; de vez en cuando los palos crujían y la nave tomaba tal inclinación que parecía desaparecer de la superficie. Cantidades regulares de agua lavaban el piso, volteando de vez en cuando algunos de los objetos que allí había.

Pitazofi arropado con una manta, permanecía aferrado al timón. Los remeros no cumplían su labor, Naymlap, junto a Pitazofi, le indicaba los momentos en que debía soltar la dirección y aquellos en que debía hacer uso de una extraordinaria fuerza. El resto de la tripulación estaba unido mediante una soga que daba vueltas por la cintura de todos; esto como precaución en caso de resbalarse o quizás con la idea de que morían todos o nadie.

—Hace ya buen tiempo que nos viene molestando el Ni —comentó Pilazofi— yo creo que si esto continúa vamos a tener que morir en estos sitios.

—No creo que esto dure mucho —respondió Naymlap— Mira que la fuerza del viento es menor lo que quiere decir que la tormenta va desapareciendo.

—Tiene razón, Chec —respondió Pitazofi— fíjese que también las olas se van calmando. Y yo que ya estaba creyendo que íbamos a morir.

—Además, no te has dado cuenta de otra cosa —dijo Naymlap.

— ¿Cuál señor?

—Fíjate que el agua ya no está tan clara como antes. Ahora es un poquito más oscura.

— ¿Y eso qué tiene?

—Sencillamente que estamos cerca de alguna isla.

— ¿Verdad señorcilo? ¿No me engaña? —inquirió emocionadamente Pitazoli.

— ¡Claro que no te engaño! Es que tú no eres marino viejo. Checlá si sabía de esto.

— ¿Quiere decirme cómo es? —suplicó el inexperto Pitazofi

—Bien. Fíjate en lo que te voy a decir. Cuando el agua aparece bastante cristalina es prueba de que uno está lejos de la playa. A medida que nos acercamos a algún lugar el agua en ciertas partes es oscura. Además, cuando el agua es cristalina su sabor es salado; muy salado. Y cuando estamos cerca de la playa, su sabor es salado pero también un poco amargo.... ¡Ah! Y otra cosa. Una vez que se ponga el mar tranquilo vamos a subir un poco de agua y vamos a observarla. Si vemos en ella pequeños pedacitos de arena, piedrecitas o tierra es prueba de que pronto estaremos pisando otros lugares ¡ya verás! ¡Ya verás!

Pitazofi se quedó pensando en esta magnífica lección que le acababa de dictar su jefe. Con su mirada clavada en el mar trataba de encontrar la razón de la excepcional sabiduría de Nayrnlap. “Es un hombre bueno”, pensaba Pitazofi, “si no lo fuera no lo habríamos seguido nunca”.

El mar iba tranquilizándose. Los revueltos crespos de su lacia superficie volvían a su forma primitiva. El viento tornábase acariciador, luego de haber sido un verdugo. Los tripulantes empezaron a desatarse la cabuya que los había mantenido unidos o atados. Naymlap llamó a Ochocalo y le ordenó que recogiera un poco de agua del mar.

— ¿Piensa beber esa agua? —indagó Ochocalo.

—No, no. La necesito para observarla. Además, sé que nuestra agua se está acabando, pero eso ya veremos.

Ochocalo cogió un depósito en forma de cubeta, hecha a base de cuero, lo ató a un palo largo y luego de sumergirlo extrajo el líquido elemento.

— ¡Aquí está el agua! —gritó Ochocalo.

—Colócalo encima de esa tarima —ordenó Naymlap

Ochocalo meneando la cabeza en son de duda, colocó el depósito en el sitio indicado. Naymlap se colocó junto a la cubeta y empezó a observarla detenidamente, acercándose lo más que podía. Largo rato se encontró mirando el agua hasta que dijo:

— ¡Pitazofi! Para el timón y ven acá.

— ¿Oué pasa? —Indagó Pitazofi— ¿Han pescado algo?

—No. ¡Aquí está la prueba de lo que te decía! Fijate allí —dijo Naymlap señalando con su índice uno de los bordes de la cubeta— ¿ves ese pedacito de arena? ¿Y ese trocito de piedra allí, más allacito? ¿Los ves?

— Pues, si los veo, señor.

—Eso quiere decir —recalcó Naymlap— que estamos bastante cerca de la Apaecc.

Una alegría general se apoderó de la tripulación y, evidentemente, con obvias razones.

# CON OLOR A LEYENDA

La noticia del próximo desembarco los había reanimado. Los hombres se habían tornado más ágiles y hasta la nave parecía haber acelerado su marcha. Ceterni arreglaba el cabello a Zolsdoñi, mientras ésta y Kutichumbi miraban el horizonte.

—Yo creo —decía Kutichumbi— que la apaec está allá junto a ese pedazo de cielo. Ojalá lleguemos pronto para dedicarme a caminar y calentar mis manos.

—Lo que yo quiero hacer cuando lleguemos —expresó Zolsdoñi— es beber bastante chulachá. Ninagentue me ha prometido enseñarme a prepararlo y yo lo voy a aprender bien rápido.

— ¡Basta de deseos! —intervino Ceterni— Me parece que con desear que lleguemos ya tenemos bastante. Piensen un instante el largo tiempo que venimos navegando y parece que el Ni ha querido aburrirse con nosotros. Me parece que la próxima “Shi” que veamos va a ser la última...

— ¡Señora! —interrumpió Ochocalo— el alimento que me ordenó preparar está listo. Lo que ya casi se nos acaba es el agua. Hay que tomarla por poquitos, sino corremos peligro de morir.

—Ojalá lleguemos pronto —intervino Kutichumbi— Y eso es, precisamente, lo que estábamos hablando. Si llegamos pronto todo queda arreglado.

Ceterni fue con las dos jóvenes a la cocina, mientras Ochocalo volvió junto al grupo de tripulantes que había dejado y en el que el viejo Llapchillulli era el núcleo de la conversación.

— ¿De qué hablan? —preguntó Ochocalo al momento de tomar asiento.

—Bueno, hablamos de nuestra próxima llegada y de que nos reciban bien. Y que no nos suceda lo que le pasó a Taicanamo.

— ¿Y qué le pasó?

—Bueno, eso es, precisamente lo que les iba a contar —aclaró Llapchillulli— Yo era muy joven cuando a Taicanamo se le dió por cruzar el Ni. Toda su organización la hizo en la isla Tichur, que queda a dos lunas de Kawillaca. Yo recién estaba aprendiendo mi oficio y por eso los ayudé a hacer las mantas y vestidos que necesitaban. Después que salieron no se supo más de ellos. Pero un día, mucho tiempo después, yo me encontraba en Mayzin una pequeña isla, cuando llegó un hombre sucio y todo arrancado, “Tengo sed ¡Tengo sed! —decía— “Denme un poco de Lá”.... “Lá” ..... “Lá”.... Una señora que pasaba por allí corrió a su casa y le trajo agua; el extraño la bebió con tal ansia que al terminar sólo nos miró como borracho y luego se quedó dormido. Durmió largo rato. Cuando se despertó lo rodeamos algunos de los que estábamos por allí y le preguntamos que quién era. El nos miró a todos y luego dijo: “¿Ninguno me conoce?” “No”, respondimos casi al mismo tiempo. “¿Han oído hablar de Taicanamo?” volvió a preguntar. Y yo le respondí: “Yo no sólo he oído hablar de Taicanamo, sino que lo he conocido”.

— ¿Lo ha conocido? —me preguntó.

—Sí. Lo he conocido en persona. Fue aquella vez en que iba

hacia el Ni. Lo conocí en Tichur y hasta lo ayudé a cargar los bultos.

— ¿Pero Ud. estuvo allí? me preguntó emocionadamente

— ¡Claro que estuve!

— ¿Y Ud. no me vió allí?

—No. No recuerdo haberlo visto. Además hace ya muchos años de esto. Yo era muy joven en ese tiempo.

—Y dígame –preguntó alguien– ¿Qué fue de Taicanamo?

—Vean amigos les voy a contar todo –nos dijo:

“Fuimos 15 los que acompañamos a Taicanamo. Todos hombres. Ninguna mujer. Mejor para el caso, porque si hubiera habido alguna mujer se hubiera muerto de miedo. No bien salimos de Tichur cuando el Ni se enfureció. Durante largo tiempo tuvimos que luchar con él como si fuera una fiera salvaje. Después que el Ni se puso tranquilo aparecieron muchos monstruos marinos. Mis palabras no les podría decir la forma de todos ellos. Lo único que puedo decirles es que eran feísimos. Casi cerca de dos Lunas luchando con ellos, a veces hasta la noche. En estas luchas perdimos tres de nuestros compañeros y se nos cayeron muchos alimentos. Sin agua que beber, sin alimentos y casi muertos llegamos a una isla enorme. Nunca había visto una de ese tamaño. Buscamos comida y encontramos frutas en los árboles y agua en un río bien ancho. Juntamos bastantes “chuchas” e hicimos un festín. Como estábamos agotados nos quedamos dormidos en un cerrito de arena. Fue Taicanamo quien nos despertó y nos indicó que estábamos rodeados de gente extraña.

Gente casi igual a nosotros. Portaban en la mano una especie

de cabuya trensada que después supimos que se llamaba “Honda” y que servía para matar animales a larga distancia.

Taicanamo se acercó hacia el jefe de ellos y con gestos y ademanes le explicó nuestra visita. El jefe quedó convencido y momentos después se hizo una gran fiesta. Comimos y bebimos en grandes cantidades. Hicimos uso de mujeres y así iniciamos nuestra nueva vida. Pasaron muchas Lunas hasta que un día desapareció Taicanamo y casi al mismo tiempo se originó una sequía. Los “chimus” que así se llamaban nos echaron la culpa de su desgracia y nos amarraron. Sólo pusieron en libertad a los que tenían hijos y quedamos tres prisioneros. Una noche logramos escapar y con escasos alimentos nos embarcamos de nuevo. El retorno fue horrible. Los dioses nos castigaron malamente. Hemos sufrido como nadie. Después de muchas lunas de navegación, un día se enfureció el Ni y se revolvió tanto que volteó nuestra nave y la destrozó. Yo me cogí de tres palos que habían quedado atados y me subí sobre ellos. Mis compañeros murieron. Lo único que recuerdo es que me dormí en los palos y cuando me desperté estuve en una playa. Unos pescadores me habían recogido y me dijeron que era la isla Mani. Yo les pregunté si conocían la isla Tichur y ellos me informaron que si la conocían pero que no tenían a que ir. Pero me proporcionaron una balsa pequeña y algunos alimentos. Cuando estuve en el Ni parece que se volvió a molestar conmigo y otra vez estuve a punto de morir. Pero he llegado aquí y creo que no me moveré jamás. ¡Que los dioses me castiguen por flojo, pero no me muevo!

—Eso fue todo lo que nos contó —concluyó el viejo Llapchiliulli.

— ¿Quiere decir que a Taicanamo lo recibieron bien? —preguntó Ochocalo— ¿Y que si no hubiera sido por la desaparición y por la sequía no habría pasado nada?

—Bueno, así ha sido —respondió Llapchillulli— Pero Taicanamo era enviado de los dioses y él no iba a morir nunca. Seguramente Taicanamo se fue con su propia voluntad.

—Yo creo —intervino Xam, mientras arrancaba con sus dientes pedazos de pescado seco— que con la fuerza de los dioses que guían a Naymlap nosotros también vamos a ser bien recibidos.

—Ojalá así lo quieran los dioses —convino Ochocalo.

La nave siguió arando el mar con la seguridad de cosechar lo que tanto tiempo venían sembrando; es decir, la llegada a tierra firme. Ya se había silenciado esa voz cascada, que en su media lengua puntuada de pausas conmovedoras, repetía siempre sus novedosas historias.



# ¡APÁEC A LA VISTA!

El agua bebible se había agotado por completo. Por la mañana el primero en anunciarlo fue Ochocalo. “¡Señor!... ¡Mi Chec!... ¡Mi Chec!... ¡Ya no hay Ló”, decía desesperadamente casi entre sollozos. Naymlap se paró bruscamente del trono en que se encontraba reposando, al mismo tiempo que los tripulantes aglomerábanse alrededor del monarca de la nave. La noticia había caído como una bomba y la consternación había hecho presa general de todos los ocupantes de la balsa. Una mujer sufrió un desvanecimiento y Kutichumbi temblaba de tristeza apretando duramente los puños. “Todo se ha perdido” exclamó angustiosamente Llapchillulli, cuando Naymlap dijo:

“Amigos míos. ¡Cálmense! No todo se ha perdido. Yo creo que tengo una solución que si no nos mantiene durante mucho tiempo por lo menos nos va aliviar durante algunas lunas. De esto estoy seguro. Lo que tenemos que hacer es esto: primero vamos a construir un balde grande de madera. Con esa madera de la tarima. Después lo que tenemos que hacer es pescar bastantes peces. Los más que podamos. Los metemos en el balde, los chancamos y el jugo que les saquemos va a ser nuestra bebida. De manera que todos a pescar”.

“¡Sí! ¡Sí! A pescar” gritaron todos casi al mismo tiempo. Naymlap llamó a Pitzozfi y le explicó la manera en que debería ser coristruído el balde. Una satisfacción profunda sintieron todos con las palabras de aliento pronunciadas por Naymlap. Por todos los bordes de la nave se les veía en actitud de coger peces. Por un lado estaban con cabuyas y anzuelos, por otro eran canastas atadas al extremo de

un palo, con redes que tiraban y sacaban casi consecutivamente. Poco éxito hubo en la pesca, pero surgió una novedad:

—“Miren eso que está allá” –gritó Ollopcopoc. Dejando de pescar y parándose en el sitio en que se encontraba sentado.

—¿Qué es? –indagó Ninagentue.

—No lo sé.

Todos acudieron junto a Ollopcopoc y algunos colocándose horizontalmente la mano sobre sus ojos trataban de identificar el objeto.

—Es de color oscuro –dijo Cium– Parece una bestia muerta.

—A lo mejor es una de las que mató Taicanamo –expresó Llapchillulli.

—Qué les parece si nos acercamos a ella? –dijo emocionadamente Cium.

—Mejor no –intervino tímidamente Zolsdoñi– Vaya a ser como la otra.

—Sí, sí, acerquémonos –expresó Xam– pero primero tenemos que decirle a nuestro Chec Naymlap.

Naymlap que estaba junto a ellos mirando también el objeto manifestó su conformidad y Pitazofi empezó a voltear lentamente la nave aprovechando la dirección del viento. A medida que se iban acercando, una especie de angustia y temor se apoderó de todos ellos, en cada rostro se advertía la intranquilidad y el deseo de saber, de una vez por todas, qué era aquello que los había intrigado. Cuando

ya estaban cerca al objeto, Pitazofi cogió un palo y empezó a hincarle. Luego Llapchillulli empezó a reirse hoscamente diciendo: “Pero si es un vegetal de mar.. . ¡Claro que es un vegetal de mar!... ¡Ah! Y eso indica que estamos cerca a tierra. . . ¡tierra!”

Una algarabía terrible se evidenció como resultado de la plausible noticia. Pitazofi cogió con el palo el raro elemento y al colocarlo sobre la plataforma de la nave se comprobó que lo expresado por Llapchillulli había sido cierto. Era un vegetal marino y posiblemente estaban cerca a tierra.

Cuando el Sol iba cayendo, al parecer, allá en el mar, ya los hombres y mujeres de la nave, arropados con mantas, estaban sentados algunos y echados otros, en espera del sueño reparador. Mantenía la guardia del timón Pitazofi y como centinelas a ambos costados estaban Ninagentue y Xam. Al mediar el principio de la noche, Naymlap llamó a Ninagentue y ordenó que le trajera el cántaro que contenía el chulachá. Luego dijo, dirigiéndose a todos: “como hoy no nos ha ido bien en la pesca no tenemos “lá” para beber. Pero eso no importa. Mañana volveremos e pescar y quizá tengamos mejor suerte. Por ahora, voy a repartir mi bebida particular con todos ustedes ¡Ninagentue!... ¡Sirve “chulachá” para todos! ... ¡Mira que quede algo para otros días!....

La noche fue tranquila y serena. El viento de vez en cuando, parecía despertar de su somnolencia, y revoloteaba con brusquedad los lacios cabellos de les personas y hacían ondular intensamente las velas. Estos esporádicos movimientos en nada alteraban el curso de la nave que con mayores bríos pretendía llegar a su meta.

Por la mañana comenzaron las actividades rutinarias. Tan habituados estaban a esto que en nada extrañaba su realización. Nina

Colla arreglaba el trono; Fengaside rociaba polvo de conchas marinas por donde Naymlap caminaba. Ollopcopoc preparaba el baño, mientras Xam con untos y colores adornaba el rostro del monarca. Por lo demás, las mujeres ayudaban a Ceterni o escamar el pescado o a descuartizar las tortugas, cuando no a lavar la vajilla. Así y con otras cosas se habían pasado tantas lunas.

Cierto medio día Ochocalo raspaba un pescado seco, de pronto divisó allá en lo alto una diminuta avecilla y la señaló gritando:

—¡Miren allá arriba ese pájaro!

—¡Ya no hay porqué temer. Ahora sí que llegaremos! —dijo Pitazofi.

—Todo eso oigo decir muchas Lúnas... ¡Llegamos... ¡Llegamos!... ¡Ya llegamos!... Pero ¿cuándo? —dijo en forma pesimista Zoisdoñi.

—No te desesperes —dijo Cium—. Todo lo que estamos viendo está diciendo que pronto vamos a llegar.

—¡Miren el pájaro! Ya se va por allá... Allá.. .Allá.. Allá se vá --dijo Ochocalo.

—¿Cuándo llegaremos? —dijo angustiosamente Nina Colla—. Hace mucho tiempo que salimos de Kawillaca que hasta ya me he olvidado de mi casa. Me he olvidado de mis hermanos, de mis padres. Por último no sé ni como es la “apaec”. No sé cómo es dormir en duro, sin que lo muevan a uno las aguas... ¿cuándo vamos a llegar? —concluyó desesperadamente

—Te estás poniendo mal Nina Colla —replicó Xam— Lo que pasa es que te has olvidado de todo porque aquí no ves más que mar y cielo.

Pero no me negarás que a Naymlap le debemos la vida y que si no fuera por él habríamos muerto.

—No, no —contestó Nina Colla— yo no estoy con cólera con Naymlap, Sólo que me desespero porque no llegamos.

—Además —interrumpió Xam— como tu ves ya vamos a llegar y no hay por qué desesperarse.

—¡Desesperarse! ¡Desesperarse! —balbuceó Nina Colla.

En realidad que la desesperación iba llegando a su climax porque la tantas veces mencionada “apaec” se estaba convirtiendo en un mito. No se hacía presente nunca. Además, ya se acercaba otra luna nueva y la cosa seguía igual. Magullando con palos y con los pies, diariamente, trataban de exprimir a los peces capturados para sacarles el líquido elemento que debían beber en reemplazo del agua agotada.

En la noche Naymlap parado junto a uno de los palos que servían de sostén a las velas miraba detenidamente el horizonte. Parecía inquirir la respuesta de mil preguntas. En su rostro también se advertía una especie de preocupación que cundía hacia desesperación. Sabía que todos se esperanzaban en él y esa gran responsabilidad lo impulsaba a interpelar a su dios. Sus pensamientos tenía que dirigirlos hacia él. Más que indagar si llegarían algún día, él preguntaba porque no se cumplía le promesa. Esa promesa que Chot ya le había precisado tiempo ha. Naymlap sudando frío, acudía ante Chot no para preguntarle si en realidad iban a pisar tierra, tampoco para implorarle que llegaran sin novedad. Acudía a él quizá para recordarle que mañana aparecía una luna nueva más. La última luna de este interminable viaje. Y que la hora del epílogo debía aparecer.

Largo tiempo permaneció Naymlap embebido en sus profundas meditaciones... Fue Pitazofi, casi al amanecer, quien lo despertó diciéndole “¡Chec! ¡Chec”. Naymlap se despertó intempestivamente y volteó a mirarlo. “Chec” –insistió Pitazofi– oigo ruidos de pájaros allá arriba y me parece haber visto candelas de fuego allá en el mar. Tengo un poco de miedo”.

—¡Cálmate Pitazofi --respondió Naymlap– Te aseguro que ya hemos llegado ¿Falta mucho para que salga él sol?

—No falta casi nada para que aparezca.

—Pues bien. Dame el corno. Hoy voy a ser yo quien lo toque; y lo hago para espantar los males de la noche y para anunciar un nuevo día

Colocóse Naymlap la quena y empezó a tocar una música por demas inédita. Eran unas notas mixtificadas. Algo triste y melancólicas, pero también impetuosas e imponentes. Música extraña, con un eclecticismo formidable. Pitazofi lo miraba extasiado. Los tripulantes uno a uno habíanse levantado de sus lechos y ensimismados por la misteriosa joya de sonidos quedáronse mirando también al monarca.

Nadie había advertido que el sol había aparecido en el levante y que bandadas de aves revoloteaban sobre sus cabezas. Naymlap, por fin terminó de tocar y señalando con sus dedos les dijo “Mirad: nuestra apaec! ¡Nuestra linda apaec!

Una emoción sin precedentes se produjo en los espíritus de todos los tripulantes, locos de alegría se abrazaban unos a otros y saltaban contentos.

Ceterni con lágrimas en los ojos recordaba las palabras pue

hacía algún tiempo le había pronunciado Naymlap: "...al aparecer la tercera luna de nuestro viaje aparecerá la tierra..., y nuestro hijo no nacerá en el Ni...

Ceterni levantó entonces su mirada hacia el cielo y comprobó una evidencia; allá en el cielo estaba la luna nueva opacada por los rayos matutinos.



---

# SEGUNDA PARTE

---



# ¡EN TIERRAS NUEVAS!

Naymlap dió la orden de desembarco y todos se aprestaron a ello. Pitazofi maniobraba con eficiencia salvando las gigantescas olas que obstaculizaban el paso. Xam parado sobre la baranda, con una cabuya enrollada en la mano, eprestábase a lanzarse al agua para ayudar a jalar la nave desde la orilla. Al zambullirse lo hicieron también Cium, Llapchillulli, Ninegentue y otros. Nadando con vigorosidad llegaron hasta la playa y desde allí empezaron a tirar de la cabuya con admirable fuerza. La balsa fue acercándose lentamente, en medio de rítmicos balanceos, hasta que quedó encallada en la arena. Se inició, luego el éxodo o la invasión a la tierra. Mientras todos saltaban a la playa y empezaban a correr en distintas direcciones, Naymlap desde una de las barandas de la balsa lanzaba la vista hacia el panorama que se le presentaba.

Una playa recortada en la que se advertía, sin embargo, vestigios de labor de pescadores; una loma de regular extensión cubierta de exhuberante vegetación y un imponente pico elevado que se dejaba entrever, a pesar de su lejanía, eran lo primero que Naymlep divisó en su somera exploración. Por lo demás, era nítido el calor que se sentía.

—Aquí el Sol quema mucho. Mire mi espalda, Chec -dijo Pitazofi en terminando de arreglar las velas de la balsa;

—¡Así es! —se limitó a responder Naymlep, mientras saltaba a tierra y se encaminaba rumbo a la loma; al caminar se detuvo un

instante, diciéndole a Pitazofi “Toca el caracol y reúne aquí a todos... yo vuelvo enseguida...”

Naymlap trepó a la loma y desde allí espectó un panorama diferente al que vió desde la balsa. Una vegetación intensa y prolongada resaltaba a primera instancia. La loma que estaba pisando formaba parte de una cadena de montículos que al parecer se empalmaban con otra cadena de gigantescos cerros que se divisaba venir desde lejos. El perfil del litoral se exhibía con bruscos cambios físicos; ten presto era pedregosa y difícil como arenosa y sencilla. Las bandadas de aves cruzaban el espacio, en terrible algarabía de agradable bienvenida.

“Esto no es una isla” pensaba Naymlap, “Porque si lo fuera sería parecida a Kawillaca . . . Y esto es más grande que Kawillaca ... ¡Amado Chot! Donde quiera que estemos guía mi espíritu. Indícanos si es aquí donde debemos establecernos Si no es aquí dímelo para llegar al sitio verdadero. ¡Confío en tí, amado Choi!..”

Con una ramita en la mano, empezó a descender dirigiéndose hacia el grupo que ya estaba reunido junto a la balsa. Un cambio general de impresiones constituían la nota saltante de este conglomerado

—Allí viene nuestro Chec Naymlap —dijo Fengasigde mientras rociaba polvo por donde venía caminando el monarca. Al acercarse se evidenció un silencio profundo y Naymlap luego de indicarles que se sentaran en la arena inició una especie de prédica. “Mis buenos amigos —les dijo— el salir de Kawillaca ni yo sabía la razón del viaje. Ustedes me han seguido porque tenían fé en mí. Eso me causa mucha satisfacción. Hemos sufrido juntos y hemos gozado también juntos. Al desembarcar aquí recién he comprendido por qué hemos hecho esta aventura. Debemos establecernos en otras tierras. Tierras nuevas

para nuestros hijos. Hay todo para vivir. Y aquí le rendiremos culto a Llampallec y construiremos un templo de Chot. Pero si hubiera alguno que no deseara quedarse yo le permito y hasta lo acompaño a Kawillaca.....”

—¡Nos quedamos! —respondieron casi todos al unisono.

—Bien, entonces desde hoy estaremos siempre unidos y nos ayudaremos cada vez que sea necesario.

—¡A buscar el sitio! —dijo Llapchillulli iniciando la caminata

—¿Qué han encontrado? —indagó Naymlap.

—Yo he encontrado estos vegetales —dijo Ochocalo Miren la comida que suavecita y que rica.

—¿Cómo se llamarán? —preguntó Zolsdoñi.

—No sé --aclaró Ochocalo— pero podremos ponerle alguno.

—Yo encontré este “llangar” junto a esa peña —dijo Pitazofi—  
¡Uff habían bastantes!

—Y miren esto —dijo Cium mostrando una especie de zorro salvaje—. Lo he tenido que matar a palos.

—¿ Y eso se come? —preguntó Kutichumbi.

—Eso no sé —respondió Cium— pregúntale a Ochocalo

—Yo creo que aquí vive gente —dijo con gruesa voz Xam

—¡Claro que vive gente! —confirmó Llapchillulli— ¿No ves esos pedazos de cabuya tirados allí en la playa? Son de los pescadores....

—Á lo mejor ya nos están mirando —agregó irónicamente Ninagentue.

—¡Miren ese humo! —gritó Pitazofi señalando con su índice hacia la vegetación— ¿Lo ve, Chec?

—¡Sí! —respondió dubitativamente Naymlap—. Vayamos hacia allá.

Apresuradamente y mirando por todo lado avanzó el grupo entre la enjundiosa vegetación. Con palos en las manos trataban de contrarrestar cualquier sorpresivo ataque que se presentara.

—De allí sale el humo —dijo Cium que había marchado a la vanguardia. ...Miren hay casas...

El grupo convergió junto a Cium y se quedó observando el panorama. Después de largo tiempo iban a tratar con gente extraña; esto fue lo que pensaron el unísono...“Ojalá no sean malos...” dijo Llapchillulli.

# FRENTE A LOS CARANGUES

Paulatinamente fueron acercándose al grupo de chozas advirtiendo, asombrosamente, que las viviendas aparecían deshabitadas. Ni un ser humano a quien exigirle explicación alguna. Las casas, rústicamente fabricadas, tenían varias formas: redondas algunas y cuadradas otras; el material empleado era el barro, los “horcones” y la paja para el techo. Carecían de puerta, estando la entrada cubierta por una especie de cortina hecha de “carrizos”. La disposición de las viviendas no obedecía a planificación alguna; tan presto aparecían un grupo de cinco o diez como una o dos aisladas. Delante de este pueblo se destacaba un pequeño campo descubierto de vegetación en cuyo centro un fogón de candela avivado con pequeños palos exhalaba el humo que lograron ver los de Kawillaca.

Fue Cium quien rompió el mutismo en que habían quedado todos, cuando estaban en la orilla del pueblo.

—Aquí no hay nadie. A lo mejor esto lo han hecho los dioses para nosotros.

—No parece —intervino Pitazofi— ¡Sí, vive gente!... Lo que pasa es que han desaparecido por alguna razón.

—¡Claro que vive gente! —dijo Zolsdoñi— ¿No están viendo las casas? ¿Y ese humo quién creen que lo ha hecho?

—Lo importante—dijo Naymlap—es no tocar nada. Vamos a regresar para establecernos mejor en el bosque... ¡Regresen!... ¡Regresen!...

Ante la disposición del monarca todos detuvieron su lenta marcha y empezaron a retroceder. Habían caminado algo menos de cincuenta pasos cuando entre el ramaje empezaron a surgir raros personajes con el rostro pintado; portaban lanzas, porras, palos y otras armas en las manos. Los empezaron amedrentar y el disperso grupo de visitantes fue plegándose, sobre todo alrededor de Naymlap. Cuando los tuvieron rodeados, de una de las chozas surgió un personaje estrambóticamente vestido que, el parecer, era el jefe. Pintado con una serie de líneas geométricas que resaltaban en su tostado cuerpo, cubierto con una túnica de paja que le llegaba hasta las rodillas y con una cenefa en la cabeza de la que le prendían borlas de algodón y varias plumas se fué abriendo paso, entre los suyos, profiriendo extraños y estruendosos ruidos y gritos destemplantes.

—¡Yuuujujujjjj! ¡Yuuujujufff! —decía mientras los señalaba con sus dedos o con una especie de cetro que portaba en la diestra

Los de Kawillaca lo miraban extasiados, sin atreverse a responder. Se advertía, sin embargo, en sus faces el mayúsculo susto que los embargaba.

—¡Yuuujujujjj! Yuuujujuffff! ¡Kokoti muta! ¡Kokoti muta!  
—continuaba gritando el raro jefe.

—¡Kokoti muka! —empezaron a gritar emocionadamente todos— ¡Kokoti muka!.... ¡Kokoti muka!

En medio de esa terrible algarabía volvió a escucharse la expresión del jefe.

—¡Uhya! ¡Uhya! gritó esforzadamente. Luego todos quedaron en silencio; entonces el jefe se dirigió hacia los visitantes. En esta

circunstancia, Naymlap caminó también hacia él en actitud de esperarlo. Un silencio sepulcral se evidenció en ambos bandos. Todas las miradas estaban clavadas en los dos personajes que se iban a juntar. “¿Qué iba a suceder?” pensaba Ceterni.

Al estar casi juntos, Naymlap adelantándole en expresión levantó la mano derecha y le dijo:

—¡Amigo!... Nosotros: amigos... Amigos. ... Amigos...! Completaba con gestos y ademanes su expresión. Luego pidió e Llapchillulli una especie de bolsa que llevaba e introduciendo su mano en ella extrajo cierto objeto de metal y se lo entregó diciéndole más con gestos que con palabras:

—¡Amigo! ¡Este es mi dios! ¡Mi dios!

El jefe al recibir el ídolo tenía fruncido el ceño. Llamó a uno de sus soldados y le entregó el objeto. El silencio era aún evidente. Los tripulantes de Kawillaca con la angustia en ascuas observaban las escenas que se venían produciendo.

¡kimo! ¡Kimoo! ¡Kimooo! gritó el jefe y al momento apareció un personaje raramente vestido, sobresaliendo las pulseras que llevaba en los brazos y las maracas que sonaba en sus manos. Señalando a los visitantes le habló nuevamente su propia lengua. El extraño personaje asentía cuanto le indicaba el jefe. Corrió, luego, hasta una choza cercana y de ella trajo un ídolo tallado en madera y se lo entregó al jefe. Este lo tomó y adornando su faz con una sonrisa se dirigió donde Neymlap y se lo entregó. Los soldados tiraron a un lado sus armas y empezaron a gritar emocionados. De esta misma emoción se contagiaron los tripulantes de Naymlap y así, confundidos en estrechos lazos de amistad, pese a que no se entendían con el idioma se realizó una fiesta de recepción.

Los jefes de ambos grupos y de otros miembros de la nobleza se dirigieron hacia una de las chozas retiradas y se sentaron alrededor de una lumbre. Los demás tratando de trabar amistad habían formado un numeroso grupo en la pampa y trataban de expresar sus impresiones.

No había transcurrido mucho tiempo y ya se les veía libando “azua”, bebida que se servía en “lapas” de diversos tamaños. Matizando los efectos del licor desfilaban entre los presentes los mates de maíz sancochado, yucas asadas, camotes asados, conchas con sal y ají, carne cocida, amén de frutas y otros picantes.

Por la tarde cuando el sol trataba de esconderse, el panorama que se presentaba era original. Parecía el resultado de una batalla cuyo final habría sido desastroso. No se veía sino hombres diseminados por el suelo derrotados por el alcohol. Algunos “cabeceaban” sentados, eran los mejores “héroes” de esta batalla. En una choza amplia pernoctaban Ceterni, Zolsdoñi y Kutichumbi. Junto a ellas dormía Cium. Parado en la entrada de la pieza estaba Naymlap, cuya mirada ofuscada también por el licor bebido, permanecía extasiado frente al bello espectáculo del ocaso del astro solar.

# TRES LUNAS CON LOS CARANGUES

El tiempo hacía cada vez más lejanos los primeros días de la llegada. La incompreensión del lenguaje había sido vencida. Algunas veces absorbía el léxico de Kawillaca y otras el de Carangues; cuando no se entendían con frases eclécticas. Los tripulantes de Naymlap, por otro lado, asimilaban las nuevas costumbres y casi nada les resultaba raro en estas calenturientas tierras. Los inmigrantes enseñaron las argucias de la pesca en la que eran peritos, en tanto que los nativos los ilustraron en la caza, cultivo y recolección de plantas.

Esa mañana, justamente, Kimo —el brujo de los carangues— y Pitazofi dirigían la recolección de paltas y chirimoyas.

—Todas las paltas que reúnan —decía Kimo a un grupo de sus hombres— las echan en aquellos cestos. Procurar arrancar las maduras o las verdes más grandes.... Y ustedes --dijo a otro gupo— vayan a las chirimoyas y llenen estas canastas.....

—¡Eh Kimo! —interrumpió Pitazofi— ¿qué te parecen estas papayas?

—Sí, son buenas. Pero también se pueden coger verdes y para que maduren las “calas”. Es decir, con un carrizo o una espina se le hace surcos por la cáscara.

—¡Ah! ¡qué bien! Su comida amarillita es muy rica. Lo malo es que las pepas no se comen, sino también las comería.

Kimo sonrió ante la expresión de Pitazofi y luego le preguntó:

¿Y en Kawillaca no hay de estas frutas?

— No, no las comemos., Y es que nuestra isla es muy pequeñita y la de ustedes bastante grande,

Mientras Kímo y Pitazofi conversaban animadamente y los demás intensificaban la recolección se les acercó Cium y con emoción les dijo:

—Miren lo que hemos cazado allá en esa loma.

— ¿Qué es eso? –indagó Pitazofi,

—Son Cuyes –aclaró Kimo.

—Si, son cuyes –afirmó Cium.

— ¿Y cómo los han cazado? –preguntó Pitezofi.

— ¡Uuff! –dijo Cium– los hemos cazado con bastante dificultad Algunos con palo, otros con los cestos y otros con las manos, pero se nos han escapado bastante... Y muerden duro cuando se les agarra.

—Ahora sí que comeremos bien –dijo socarronamente Kimo.

—Pues, claro que sí –respondió Cium mientras se alejaba de ellos.

Los recolectores desplegaban singular actividad en el cumplimiento de su misión. Casi todos los cestos se veían totalmente cubiertos. Algunos hombres trepados en las ramas de los árboles lanzaban los productos a otros que se encontraban en el suelo, éstos los recibían y los colocaban en los mencionados cestos.

De una pequeña loma, coronada por un corpulento y frondoso árbol se divisaba dos figuras humanas encaminándose hacia el grupo de recolectores. Eran Neymlap y Ocabaya, éste último el jefe de los carangues.

—Yo creo —decía Ocabaya— que las cargas deben quedar arregladas mañana al sol de medio día. Y entonces ustedes pueden partir con el amanecer del nuevo sol.

—A mi también me parece —contestó Naymlap— Lo único que me preocupa es el camino.

—Bueno, no hay por qué preocuparse... Para eso los van a acompañar algunos de los nuestros y sobre todo Hechi que es un gran conocedor de ese terreno.

— ¿Hace qué tiempo que no has vuelto a la tierra de los Esmeraldas?—preguntó el monarca Kawillaca.

—Yo fui en mi juventud. La caminata la hicimos seguida, sin descanso. Salimos con el sol sobre nuestras cabezas y llegamos con el sol sobre nuestras cabezas.

— ¡Ah! ¿Es cerca?

—Sí, casi cerca. Se tiene que cruzar un bosque, después un desierto muy caluroso y al final un río. Eso es todo.

—Bien, ya me voy dando cuenta.

—Vamos a ver las cargas —sugirió Ocabaya.

—Vamos.

Kimo y Pitazofi dirigían con maestría los trabajos. Algunos

rellenaban los cestos con paja para evitar el deterioro de la fruta, otros cargaban los cestos sobre sus hombros para colocarlos en fila bajo un árbol.

—También he ordenado —dijo Ocabaya— carne, “azua” y “Chuchas” para que lleven.

— ¿Y no podríamos hacer el viaje en el Ni? preguntó Naymlap.

— No, no se puede —respondió apresuradamente Ocabaya— porque en estos sitios el Ni es rebelde. Y sólo se puede ir para viajes largos. Nuestras balsas no pueden acercarse a esas playas.

¿Y qué me dices de las Esmeraldas? ¿Son gente guerrera?

—No, no. Son tranquilos y buenos amigos. Ellos han sufrido mucho; de esto hace algunas Lunas. Fue por la invasión de los gigantes. Les destruyeron todo.

— ¿Gigantes?. . . ¿Cómo ha sido eso? preguntó con asombro Naymlap.

—Bueno, es muy triste. Los esmeraldas vivían tranquilamente en sus tierras. Una noche aparecieron los gigantes, que se hacían llamar Kokoti y empezaron a destruirles todo y a matar a todos. Los que lograron escapar han vuelto a construir nuevas casas. Desde entonces viven armados y listos para cualquier ataque.

— ¿Y de dónde salieron esos gigantes?

—Nadie sabe eso —respondió Ocabaya pasándose la mano por la barbilla—. Antes ya habían aparecido en Mantas. En esa época mataron a Otoya, que era hijo de Tumbe y Quilumbe, el otro hijo escapó a las montañas.

—Seguramente esos gigantes son de alguna isla cercana opinó Naymlap.

—Eso no sabemos. Pero cuando ustedes desembarcaron aquí, nosotros los creíamos gigantes. Y nos escondimos por entre los árboles. Después nos dimos cuenta que eran iguales a nosotros y que no destruían nada, entonces nos acercamos.

Naymlap sonrió ante la sinceridad de Ocabaya, quien había llamado a Kimo para ordenarle la pronta terminación de la labor. Kimo le informó que casi todo estaba listo. Por otro lado, Naymlap llamó a Pitazofi y le encargó que informara a sus súbditos que al día siguiente partirían hacia nuevas tierras.

Horas más tarde, en las chozas, ya entrada la noche diversos grupos conversaban y bebían animadamente alrededor de una fogata en la que suaves lenguas de fuego lamían los toscos palos de leña.



# HACIA LA TIERRA DE LOS ESMERALDAS

Por la mañana todos estaban listos para partir. A la cabeza del grupo estaba ubicado Hechi, el carangues que los iba a dirigir. Tras él, en primer lugar, estaban Ceterni, Zolsdoñi, Kutichumbi y Cium portando sobre sus espaldas regulares atados de ropa. Luego se habían ubicado Ochocalo y Llapchillulli quienes llevaban en común un cesto, colgando en el centro de un largo palo que se asentaba en sus hombros; los demás con cargamentos individuales, completaban la caravana. Rodeaban a los inmigrantes casi todos los integrantes de la tribu de los carangues, cuya hospitalidad y deferencia se hacía ostensible aún en estos momentos en que los colmaban de diversos regalos.

De una choza cercana, salieron de pronto Naymlap y Ocabaya. Naymlap vestía una túnica amarilla adornada con caracoles y conchas, una cenefa cubría su frente, un pantalón corto y unas canilleras de cuero completaban su vestimenta. En su diestra portaba una “porra” y en la otra una coraza de cuero. Los dos jefes caminaron hasta cerca de la cabeza del grupo en que se detuvieron para despedirse. Naymlap fue quien empezó:

—Bien amado Ocabayo, todos nosotros estamos agradecidos y contentos de haber vivido con ustedes este tiempo. Pediremos a nuestros dioses que siempre los protejan y que nunca sufran hambres ni guerras. Algo hemos aprendido con ustedes y eso nos va a servir de mucho. En cuanto encontremos nuestra tierra les traeremos nuestros frutos.

—Todo lo que hemos hecho --respondió pausadamente Ocabaya— ha sido muy poco. Todos ustedes son gente pacífica y de trabajo. Nos han enseñado también varias cosas y no las olvidaremos jamas. Pido a nuestros dioses, el Sol y la Luna, que los protejan de día y de noche y que encuentren pronto su tierra.

Luego el jefe carangues cogió un monolito que representaba la efigie de un dios y se la entregó a Naymlap diciéndole:

—Cuando ustedes llegaron me entregaron a vuestro dios y yo les di uno de madera. Era Kui nuestro dios de la paz. Ahora les entrego a Hill diosa de las cosechas para que los guie por las tierras productivas. ¡Marchen amigos en paz!

Gotas de lágrimas rodeaban por muchas mejillas. Digna expresión de confraternidad. A cada uno parecía que se le arrancaba algo de su carne... De pronto Hechi gritó fuertemente “¡listos! ¡vamos! ..” mientras Pitazofi arrancaba de nuevo notas a su caracol marino.

Se inició la marcha. Lentamente empezaron a cruzar una pequeña llanura de pastos y pronto a escalar una de las varias lomas que rodeaban dicho lugar. En el ascenso los de Kawillaca volvían sus rostros atrás y veían aún conglomerados a los carangues quienes levantándoles el brazo persistían en sus despedidas. Al llegar a la cúspide un nuevo panorama se ofreció a la vista de todos. Se veía, en primer lugar, una parte cubierta de pastos y, luego, anexada otra de exuberante vegetación.

— ¿Cómo va a ser la caminata? preguntó Pitazofi a Hechi.

—Esta parte y el bosque tenemos que atravesar durante el día. Al pasar bajo los árboles no nos quema mucho el sol. Y el desierto

tenemos que atravesarlo durante la noche porque no hay sol.

— ¿Y no hacemos ningún descanso? inquirió Cium.

—Sí, si. Tenemos que descansar el final del bosque. Allí probaremos algunos alimentos y enseguida atravesaremos el desierto.

— ¿Y el bosque es peligroso? —preguntó Pitazofi.

—Pues si. Es un poco peligroso. En primer lugar tenemos que cuidarnos de los “chirri chirri” .....

¿Eso qué es? interrumpió Ochocalo.

—Son unos animalitos que vuelan y fastidian con sus picazones. Hay algunos que son venenosos y cuando pican revuelven la sangre y producen la muerte.

— ¿Hay otros peligros? volvió a intervenir Ochocalo.

Si, hay otros más. Tenemos que cuidarnos de las aguas peligrosas.

— ¿Cómo es eso? preguntó Cium.

—Son unas aguas negras y barrosas que cuando las pisa un hombre se empieza a hundir y hay que tener mucha fuerza para jalar al que cae. También tenemos que cuidarnos de algunos animales malos que nos pueden atacar de sorpresa,

El grupo seguía avanzando a través de los pastos. Bandadas de pájaros asustados se alborotaban produciendo especial algarabía. De lejos la columna humana se veía insignificante en esta exuberante vegetación. Al concluir la parte de los pastos, Hechi gritó: “¡Alto! ¡Vamos a descansar!...” Todos se detuvieron y deshicieron sus atos colocándolos en el suelo.



# POR EL BOSQUE Y EL DESIERTO

—Arranquen las florcitas de estas plantas —explicaba Hechi— y se las soban por todo el cuerpo.

— ¿Cuál? ¿Esas florcitas verdes? preguntó Ochocalo.

—Si, esas. —

¿Y para qué sirven? preguntó Llapchillulli

—Para que no nos piquen los “chirri chirri” —respondió Hechi mientras se sobaba las mencionadas flores— ¡Echense bastante!.. ¡Cium: agarre más!. ¡Agarren bastante, que se les llene la manos ¡Sóbense duro! ¡Si! ¡Así!... ¡Así!...

— ¡Ayayay... ¡ay!... Me he pasado el dedo por el ojo y me ha ardido —se quejaba Pitazofi.

—Ciérralo y no lo abras hasta después de un rato —indicó Hechi— Aprieta duro el ojo ¡Aprieta!...

— ¿Y cómo se llaman estas florcitas ten buenas? preguntó Naymlap.

—Se llaman kikochitas —aclaró Hechi.

— ¡Kikochitas! —comentó Ceterni— ¡Qué bonito!

Singular espectáculo ofrecía el grupo con la actitud de refregarse las mencionadas florecillas.

Parecía, más bien, un rito religioso o una dura lucha con su propia piel. Mientras uno se refregaba las pantorrillas o los brazos, otros lo hacían con el pescuezo o tórax. Así transcurrieron algunos minutos hasta que Hechi preguntó:

— ¿Terminaron?

— ¡Sí! Casi han terminado todos –respondió Naymlap.

— Ahora vengan para acá. .. ¡Acérquense más!...

Veán bien lo que les voy a decir (Hechi hablaba con voz fuerte) es necesario que cada uno se alimente lo más que pueda porque el bosque tenemos que atravesarlo sin parar. Y en el camino no va a haber tiempo ni para comer. Así es que apúrense que se hace tarde.

¡Oiga carengues! –dijo Llapchillulli dirigiéndose a Hechi– ¿Y por qué no hemos comido antes de frotarnos esas plantitas?

— ¡Ah! Porque si comíamos antes hubiéramos tenido que otra vez, después de sobarnos, porque el ejercicio da hambre –respondió Hechi.

— ¿Han probado estos “luques”? –preguntó Ochocalo que se acercaba saboreando dicho bocado.

— ¿Tu los has preparado? –preguntó Llapchillulli.

— Claro que sí. Y no sólo eso; sino que les he enseñado a los carengues a prepararlo.

— ¿Verdad Hechi? –inquirióle Llapchillulli.

— Bueno sí. Nosotros no habíamos comido antes pescado seco con sal como lo prepara Ochocalo. Algo bueno hemos aprendido.

— Pero lo que yo voy e extrañar mucho son las paltas —dijo Cium.

— ¿Te gustan mucho? —le preguntó Hechi.

— Si, me gustan mucho. Y por eso estoy llevando una pepa para sembrarla en Kawillaca.

—En la tierra de los esmeraldas también hay paltas, así es que no las extrañes mucho.

Todos, excepto Naymlap, se encontraban dando cumplimiento a la recomendación de Hechi, es decir, de comer bien para resistir la caminata. Naymlap parado bajo un árbol parecía meditar sobre el porvenir de su gente o el futuro de su pueblo. Pronto Pitazofi dió el orden de que se prepararan para partir de nuevo y los de Kawillaca empezaron a alistarse.

El bosque era bien tupido. Frondosos y robustos árboles así como maleza ruda y virgen. Cuando los de Kawillaca dieron los primeros pasos hacia él la luz solar había casi desaparecido por completo. Muy bien se habría comparado eso como el paso repentino del día a la noche o de la luz a las tinieblas, lo lóbrego de esta naturaleza se hacía cada vez más tétrico por el ruido que exhalaban las ramas de algunos corpulentos árboles mecidos por el viento; a veces, eran los cánticos de desconocidas aves que ponían los pelos de punta a la mayoría del grupo errante. Lo más característico, sin embargo, era el hedor que despedía la tierra húmeda y que como explicara Ocabaya anteriormente, tenía en ciertos trechos un misterioso barro que se tragaba a los seres humanos, amén de los animales.

Bien había hecho Ocabaya en haber encomendado la travesía a

Hechi. Su pericia, inteligencia y experiencia se evidenciaban a cada paso. Tan presto se abría camino entre la enjundiosa maleza como se trepaba a un árbol en busca de orientación. En partes se detenía a explicar ciertos misterios del bosque y las constantes amenazas a que se exponían todos.

Largo rato llevaban caminando, asediados en todo instante por los “chirri chirri”. Eran estos unos insectos pequeños que al posarse en un considerable número sobre la piel humana, le inyectaba dosis de veneno que producía la muerte. Pero en los del grupo no surtía efecto alguno porque las kikochitas habían endurecido la piel y las lancetas de los insectos resultaban ineficaces.

Al llegar a cierto sitio donde los rayos solares lograban atravesar el espeso ramaje y dar a este pequeño sector del bosque cierta claridad y donde se advertía un riachuelo con agua cristalina, Hechi ordenó detenerse y en seguida les dijo:

—A partir de este sitio los “chirri chirri” ya no nos van a seguir. Parece que ellos viven sólo en el sector que acabamos de atravesar. Pero para mí que lo que viene es más peligro. Aca hay pedazos de tierra donde al pisar uno se hunde y muere ahogado. De modo que hay que tener bastante cuidado. Mientras tanto pueden tomar agua aquí en este riachuelo y comer algo si es que desean.

La orden no se hizo esperar. Casi todos al unísono abandonaron sus cargas en el suelo y se dirigieron al riachuelo a saciar la sed. Naymlap se recostó sobre un tronco y Ceterni se ubicó a su lado. Cerca de ellos Zolsdoñi acariciaba a Mascuy el último vástago de Naymlap que había nacido en tierra de los carangues. Los demás bebían o comían comentando las incidencias del viaje y augurando éxito en el peligroso trecho que aún no habían pasado.

Pronto se reanudó la marcha. En todos había cierta tensión nerviosa. Hechi dispuso que todos portaran cabuyas en las manos para emplearlas en caso necesario.

El aspecto que presentaba este sector del bosque era por demás horrendo. El hedor más acentuado que en el sector anterior era la nota saltante. Muchos árboles presentaban sus troncos y ramas bajas completamente desnudos; las hojas y flores se aglomeraban en las cúpulas como queriendo huir de esta desagradable superficie terrestre.

Hechi buscaba siempre las lomas para avanzar y cuando éstas desaparecían avanzaba cierto trecho solo a manera de vanguardia para inspeccionar previamente. Luego avanzaba el grupo completo.

Al llegar a una laguna que Hechi denominó como “Laguna Negra”, los detuvo y les habló de la manera siguiente:

—Esta es la parte más peligrosa del bosque. Esto que ustedes ven es la Laguna Negra. Algunos la llaman “Laguna del Mal” Es puro barro. Para cruzarla tenemos que caminar sobre esas piedras y troncos que se ven allá (señaló hacia el norte). Avanzaremos de uno en uno. Caminen con bastante cuidado porque si se resbala alguno es muy difícil salvarlo. Así es que vayamos.... Pisen sólo donde yo piso... ¡Mucho cuidado!...

La angustia y el temor cundió en el ánimo de todos. Al iniciar la caminata Hechi sugirió que entre unos y otros se cogieran de las cabuyas que llevaban. Al colocar Hechi el pie derecho sobre la primera piedra de la laguna, la nerviosidad de los de Kawillaca llegó a su éxtasis. Luego de Hechi caminaba Naymlap y tras él Ceterni; el resto despues. Para demostrar la peligrosidad Hechi cogió un “torromoto” (trozo de

tierra) y lo lanzó al barro; se advirtió que al instante el pedazo de tierra empezó a hundirse lentamente hasta desaparecer quedando en la superficie sólo burbujas.

Habían caminado largo trecho cuando Kutichumbi fue quien culminó el pavor del grupo. Había pisado en falso y tras un lastimoso grito fue a caer en pleno fango. Inmediatamente empezó a hundirse. Las rodillas, los muslos, la cadera iban desapareciendo. La desesperación cundió en todos los ánimos. Hechi ordenó a Pitazofi que era el que se encontraba más cerca que le tirara una cabuya y que la jalara rápidamente Pitazofi lo hizo pero con tan mala suerte que Kutichumbi no alcanzó a cogerla. Mientras tanto el cuerpo de la bella joven continuaba siendo tragado. Hechi gritó que le lanzaran de nuevo la cabuya porque era la única manera de salvarla. Pitazofi volvió a tirarla pero esta vez tampoco cayó cerca. Kutichumbi lloraba con desesperación. Llapchillulli actuando con rapidez dijo Pitazofi “toma esta punta de mi cabuya que yo le voy a alcanzar la otra para salvarla...” Ante el asombro de todos el viejo Llapchillulli se lanzó a la laguna cayendo cerca de Kutichumbi luego le dió el extremo de la cabuya y ordenó a Pitazofi que jalara. “¡Jala! ¡Jala, pronto!... ¡Jala duro!... “le ordenaba, mientras él empezaba también a hundirse. Momentos de angustia vivían todos. Pitazofi empezó a jalar a Kutichumbi ayudado por Hechi que ya había venido hasta cerca de ellos para ayudar. “¡Préndete duro! ¡No te sueltes!” le advertía a cada instante Pitazofi a Kutichumbi. Lentamente empezó la bella joven a desprenderse de la laguna, a diferencia de Llapchillulli que seguía hundiéndose. Hechi gritó a Pitazofi “Jala más rápido, para poder salvar a Llapchillulli. . . Jala. . . Jala. . .” El viejo no hacía sino sonreír en asombrosa valentía. Al tener cerca a Kutichumbi, Hechi le dió la mano, la asió fuertemente y la sentó sobre un tronco pequeño. Luego con gran rapidez lanzó la

cabuya a Llapchillulli pero a este le había llegado el barro a la altura del esternón. El viejo bonachón sólo se concretó a mirar la sogá que estaba a escasos centímetros de su vista. Cinco centímetros eran los que separaban a la vida de la muerte. Horroroso espectáculo. Ninguno de ellos pudo contener las lágrimas. Algunos preferían no mirar. El rostro de Llapchillulli fue desapareciendo y pronto quedó en la superficie sólo el roído gorro rojo que siempre había usado.... “¡Que los dioses te protejan de este mal!...”atinó a decir Hechi con voz pausada y dolorosa.

La caminata se reinició. Al llegar al final del bosque el sol estaba por caer en el ocaso. Hechi explicó a Pitazofi y a Naymlap que descansarían un rato para emprender luego la marcha. Ahora por el desierto.

— ¿Ahora mismo vamos a seguir caminando? —preguntó Pitazofi

—Si, ahora mismo —aclaró Hechi.

— ¿Quiere decir que no vamos a dormir? —insistió Pitazofi

—Es que para atravesar el desierto tenemos que aprovechar la noche, porque si lo hacemos de día podríamos morir de calor y de sed.

—Muy bien —tercio Naymlap— Ordena que descansen y que se alimenten bien.

Durante la comida, la conversación giró alrededor del fatídico viaje que acababa de concluir. Se evocaba con dolor al malogrado Llapchillulli.

— ¿La parte que falta es también peligrosa? —preguntó Ceterni a Hechi.

—No, no es. Sólo es peligrosa cuando se cruza de día, porque el calor es quemante. Pero de noche es fácil y un poco tranquilo.

En la clara noche, nítido era el rastro que dejaban. Habían avanzado largo trecho ascendiendo una loma. Al llegar a la cúspide las manifestaciones de cansancio eran más ostensibles Hechi hizo un alto y dijo a Naymlap. “Para bajar esta loma todo será fácil. Estamos abajo en un momento. Allí descansaremos largo y el sol que nos alumbre más tarde será el sol de Esmeraldas”.

# EN LA TIERRA DE LOS ESMERALDAS

Al amanecer se divisó un hermoso valle. Como telón de fondo, no muy lejos de esto, se levantaban enhiestos imponentes cerros formando una cadena que se perdía a lo lejos. El más cercano de los cerros cuya cima aparecía cubierta por una nube fue recalado por Hechi: “Es el dios Ku –dijo– y cuando se enfurece estremece toda la tierra y arroja por su boca agua caliente y mucho humo. Los esmeraldas tienen que hacer muchos sacrificios de animales en cada Luna”.

Bandadas de avecillas surcaban entusiastas el caluroso espacio. Desde la loma se divisaba también el Ni cuya agua, en actitud borrascosa, parecían saludar, a estos tripulantes que durante muchas noches y días habían sido sus huéspedes. A escasa distancia del Ni resaltaban un grupo de chozas en la ladera de otra loma.

—Esas son las viviendas de los esmeraldas –dijo Hechi

—Son más numerosas que ustedes –dijo Xam a Hechi.

—Si, los esmeraldas son más que nosotros. Pero parece que los hombres no están. A lo mejor han ido de pesca.

—Sí, sí. Así parece –intervino Naymlap– vamos acercándonos.

— ¿Hablan el mismo idioma que ustedes? –preguntó Pitazofi a Hechi.

—No ellos hablan su lenguaje pero también conocen la nuestra, así es que si nos entendemos

— ¡Hermosas plantaciones! —comentó Cium.

—Si, son hermosas. Esas largas que se ven allá son de maíz y más allá se divisan sembríos de zapallo y estas de aquí son camotes.

Se habían acercado bastante y como era lógico llamaron la atención de los pobladores de Esmeraldas. Ya en el camino que conducía hacia las chozas grupos de ancianos mujeres y niños los estaban aguardando con no poca curiosidad. Al llegar junto a ellos, Hechi se dirigió hacia un anciano que llevaba en su cuello un raro collar negro y en los brazos brazaletes blancos, hizo delante de él ciertas reverencias extrañas y luego le dijo:

— ¿Ud. es curaca?

— ¡Humm! ¡Hum! se limitó a responder el desconocido esmeraldino meneando le cabeza

—Estos hombres que vienen conmigo —prosiguió Hechi— son del otro lado del mar. (Ante esta afirmación los esmeraldinos miraron sumamente extrañados a todos, pensando quizás en lo inconcebible de tal viaje). Vienen en busca del sitio que su dios les ha señalado para vivir. Han estado con nosotros durante varias lunas y ahora vienen por estos sitios. Traigo un mensaje de mi jefe Ocabaya pidiéndoles que ustedes los ayuden.

—El viejo curaca lanzó una visual a todos los componentes de esta peregrinación sin mostrar absoluta confianza. Quizá por su carcomida mente desfilaron las imaginarias escenas de los gigantes de Santa Elena, cuya sola mención causaba un pánico terrible en todos ellos. Fruncido el seño, sus ojos clavados como dardos en Naymlap abrió su boca de insatisfecho para preguntarle a Hechi:

— ¿Quién es el curaca de ellos?

—Es el que está mirando. Es Naymlap.

— ¿Naymlap? ¿Quién es Naymlap?

—Yo --respondió el monarca adelantándose y tratando de hacer las mismas reverencias que había visto hacía algunos instantes.

—Mi gente los ayudará. Yo soy el curaca mas viejo de Esmeraldas —hablaba con voz temblorosa— antes gobernaba, pero ahora mis fuerzas no me ayudan y quien gobierna es mi hijo Alaluchi.

— ¿Dónde están sus soldados? —inquirió Hechi.

—Han ido de pesca con Alaluchi. El dios Xon nos dijo que ahora era buena época de pescar y por eso han ido. Mañana deben volver.

Mientras el viejo curaca continuaba perorando con Naymlap y Hechi, los tripulantes de Kiwallaca empezaron a intimar con los esmeraldas. Lo primero que hicieron los dueños de casa fue aliviar el peso que cada uno venía conduciendo sobre sus espaldas. A medida que ingresaban al pueblo tomaban diversas direcciones en pos de alojamiento. Ceterni, Zolsdoñi y Kutichumbi se ubicaron en un cuarto especial junto el palacio de las doncellas.

Naymlap, Hechi y el anciano curaca caminaban por entre las mal planificadas viviendas; de pronto el de esmeraldas llamó a un súbdito que se encontraba labrando una piedra y le dijo: Ve y avisa a Ontón que mate varios animales que prepare comida y sirva bebidas... “Hoy estamos de fiesta...”

En la noche la luna se entretenía jugando a escondidas con las densas nubes negras. Debajo de ella, los esmeraldas casi dormitaban en

su totalidad. Un grupo de hombres, sin embargo, sentados alrededor de una fogata hacían rotar en este círculo vicioso un hermoso “poto” lleno de chicha que se llenaba en cuanto era consumido. La rotación venía amenizada por conversaciones de aventuras, chistes y cuando no, cantos. Hechi ladeándose rítmicamente comunicaba al que estaba a su lado que su misión había sido cumplida y que al día siguiente partiría. Su oyente más dormía que escuchaba. No lejos del grupo, Naymlap recostado sobre un “horcón” meditaba sobre su destino.

# SINGULAR DECISIÓN

En el Ni se divisaban ya las velas de las naves que se acercaban velozmente hacia la playa. Hacía rato que los esmeraldas y los de kawillace los aguardaban. Ante el océano la gente de Naymlap evocaba los recuerdos de sus aventuras y pensaban nostálgicamente en sus familiares que quedaron allá en el otro lado del mar. La emoción avasalló con mayor ímpetu a Pitazofi, pues en cuanto divisó las naves se lanzó al agua y se dirigió hacia ellas. Los esmeraldas admiraban extasiados la intrepidez de Pitazofi, ignorando quizá que este “lobo” marino había vivido toda su vida en el Ní.

Los “balacines” fueron los primeros en llegar; eran piraguas hechas de árboles grandes a los que se les ahuecaba y para navegar en ellos se fijaban palos paralelos a la nave dándole mayor estabilidad. Al tocar las naves la arena, los tripulantes se lanzaron al agua para empujarla hasta afuera. Esta tarea la facilitaban colocando palos en la parte inferior que servían de ruedas. Pitazofi sentado en una baranda, saboreando un llangar, hacía gala de sus conocimientos náuticos para dirigir el desembarco y enseñar la mejor manera de “limpiar” el pescado.

“Lo que hay que hacerle al pescado –decía Pitazofi a un grupo de pescadores-- para que no se malogre es botarle las tripas. Y para eso con un “carrizo” se le abre por el pecho y se le lava bien... Y mientras tanto hay que comer llangares con sal y ají...”concluyó hablando socarronamente.

Alaluchi luego de ordenar la limpieza de las balsas se dirigió donde Ucha—así se llamaba el viejo curaca—y le pidió explicaciones sobre la aparición de estos extranjeros. El anciano explicó todo recalcando la bondad y sinceridad que los caracterizaba. Alaluchi parecía haber entrevisto esto en la actitud de Pitazofi allá en la ptaya. Ucha— llamó a Nayrnlap y le presentó a Alaluchi.

—Ayer ha comenzado la fiesta en honor de ellos —dijo el curaca— y hoy continúa. Así lo he dispuesto.

Todo está muy bien —respondió Alaluchi— sólo que tendremos que presenciar pronto, una lucha entre dos hermanos de raza y vecinos nuestros.

— ¿Quiénes son? —indagó Ucha.

—Son: Pimampiro que pertenece a la tribu de los Imbaburas y Hualoc, de la tribu de los Puritacus.

— ¿Y por qué pelean? —intervino Naymlap.

—Por una mujer.

— ¿Por una mujer? —inquirió asombrado Naymlap.

—Si por una mujer —afirmó Alaluchi— Se trate de Ichi, una princesa Tiquisambi que dice estar enamorada de los dos y no sabe por quién decidirse. Por eso ha pedido ayuda a los dioses y ellos han dispuesto que se les someta a dos pruebas y el que gana se quedará con Ichi.

— ¿Y si ninguno gana? —intervino el anciano.

—Es decir si los dos hacen las dos pruebas, o si no las hacen,

entonces tendrán que luchar cuerpo a cuerpo y allí sí que se define. Así es que vamos caminando cara descansar un rato y esperar que el Sol esté sobre nuestras cabezas para comenzar la lucha.

Los pescadores con sus atados se dirigían a sus chozas. Junto a ellos caminaban los de Kawillaca alternando en amena conversación. El comentario general giraba alrededor de la lucha que debían sostener Pimampiro y Hualoc y las más variadas versiones se tejían sobre esto. Para unos debía ganar Pimampiro, porque la fama de valiente de los imbarbureños se había extendido por todos los lugares. Pero para otros debía ganar Hualoc, porque si bien los Puritacus no tenían fama de ser tan guerreros, en cambio hacían honor a la estrategia y a la astucia. Una tercera opinión dejaba de lado estos caracteres y se concretaba a analizar la constitución física de cada uno para concluir afirmando que el posible ganador era Hualoc.

Ceterni que escuchaba estas diversas versiones, no comulgaba de la manera en que se iba a definir este problema romántico y pensó que hablando con Ichi podría evitarse algún fatídico desenlace. Ella podría analizar serenamente la situación y decidirse por uno de ellos, quedando el otro descartado. Con esta intención Ceterni se dirigió donde Alaluchi y le preguntó:

— ¿Dónde puedo encontrar a Ichi?

— ¿Va Ud. a hablar con ella?

—Si.

—Bien, ella acaba de hablar con los dos rivales y creo que conviene que Ud. la calme un poco. Ichi está en aquella casa, dijo señalando una morada aislada.

Ceterni ingresó a la choza y encontró sentada sobre una tarima, vestida con un largo traje blanco y con su vistosa larga cabellera, a Ichi. Certeni la miró y comprobó que la mujer era en realidad hermosa. Ichi no se inmutó ante la presencia de este alguien; seguía mirando el suelo como si allí estuviera reflejado el desenlace del drama que se había creado a su alrededor. Certeni rompió el silencio diciéndole:

—Soy la esposa de Naymlap y,..

— ¡Lo sé! —interrumpió bruscamente Ichi— ¡Lo sé! ¿Qué quiere?

—No te desesperes mujer—respondió Certeni con voz pausada— He venido a verte porque sé que necesitas alguien que te ayude en tu dolor.

—Yo no tengo dolor —respondió sollozando Ichi

—Sí que lo tienes. Y el dolor no es solo tuyo sino de todos los de este pueblo.

—Ellos no tienen que ver conmigo.

—Si no tuvieran que ver, no les importaría. Pero, en este momento, todos hablan de la lucha. Y esto se puede evitar.

— ¿Evitar? —inquirió con diabólica sonrisa la doncella.

— ¿Cómo?

—Elegiendo tú a tu verdadero esposo.

—Es que yo he consultado a “Shi” (la luna) y ella ha dicho lo que debe hacerse.

—Pero nuestra Apaec no debe ensuciarse con sangre de esta manera. Sólo tú puedes evitarlo y tienes que evitarlo.

— ¡No puedo! ¡No puedo!

— ¡Si puedes! ¡Claro que puedes! Serénate y respóndeme lo que te voy a preguntar - ¿Quiéres a Pimampiro?

—Sí.

— ¿Y a Hualoc?

—También.

—Pero es que tú no puedes casarte con los dos, sino con uno. Y debes escoger sólo a uno.

—Es que yo no sé, no sé —dijo con voz apagada por el llanto.

—Dime ¿quién quisieras que gane?

—Cualquiera.

—No puedes responder así —increpó Ceterni— Mejor dicho ¿quién quieres que muera?

—Ya le he dicho que no lo sé.

— ¿Dónde conociste a Pimampiro?

—En Mantas.

— ¿Hace mucho tiempo?

—Sí. Y estuvimos juntos durante muchas lunas. Es muy bueno. Me iba a casar con él en Imbabura. Pero mi padre hizo un viaje a

Quitú y me llevó con él. En Quitú conocí a Hualoc y juntos recorrimos muchos lugares hasta llegar aquí a Esmeraldas. Y aquí me encontré con Pimampiro, quien me había salido a buscar para casarnos. Yo me encontré dudosa y decidí consultar al “Chuill Mu” (sacerdote) y él nos dijo que la diosa Shi ordenaba dos pruebas y el que ganara se decidía a casar conmigo. Si no ganaba ninguno que resolviera Alaluchi.

—Pero eso todavía se puede evitar.

—Ya no se puede.

—Si se puede. ¿No dices que primero diste tu palabra a Pimampiro? Entonces con él debes casarte.

— ¿Y Hualoc? ...inquirió con angustia Ichi.

—Pues él llegó tarde y debe comprender todo.

—No, así no ¡Que peleen! ¡Yo quiero al más valiente! —dijo Ichi en amargo llanto y gritando con mayúscula fuerza.

—Bien, veo que tú no quieres a ninguno. Sólo te lleva tu capricho. Si tu lo quieres así, que así sea, concluyó diciendo Ceterni mientras se retiraba de la pieza.

Afuera los espectadores ya se habían agrupado en forma circular, dejando un campo suficientemente espacioso como para que los contricantes actuaran con entera libertad. Gran animación y expectativa se había despertado en todos los asistentes.

En lados opuestos y teniendo como única vestimenta el “changa’ (especie de taparrabo) encontrábase los pretendientes de Ichi. Alaluchi los llamó al centro del improvisado campo y dándoles palmadas en las espaldas los hizo arrodillar y besar la apaec. Luego, los

levantó y les dijo: “lo primero que tienen que hacer es llevar este tronco (señaló uno corpulento) desde aquí hasta ese “faique” y luego traerlo de nuevo. El que va a empezar primero eres tu Pimampiro”.

El tronco estaba abrasado por una gruesa cabuya de cuyas puntas podían jalar para moverlo. Al dirigirse Pimampiro hacia el tronco, se escuchó un murmullo general. El imbabureño cogió la cabuya y empezó a tirar de ellas sin lograr siquiera el mínimo movimiento del pesado leño. Desplegó, luego, mayor esfuerzo moviéndose como un péndulo a fin de sacarlo del sitio inicial. La expectativa de los asistentes iba en aumento. Los músculos de Pimampiro se hinchaban de tal manera que daban la Impresión de estar a punto de reventarse. Por la espalda, el rostro y extremidades corría el sudor. El tronco había sido movido un gran trecho y sólo faltaba vencer un pequeño montículo para llegar al “faique”; la tenacidad imbabureña continuó evidenciándose y pronto el descomunal vegetal llegó al fin de la primera etapa. Pimampiro hizo un pequeño descanso, aspiraba y expiraba continuamente. Luego volvió a la tarea del retorno. El descenso del montículo fue inteligentemente aprovechado por el nativo quien aceleró el tiraje ganando terreno. Al llegar al sitio donde empezó, se produjo singular emoción entre la concurrencia muchos de los cuales saltaban de alegría. Pimampiro soltó las cabuyas manchadas de sangre. Había ganado la primera etapa:

Cuando Hualoc cogió las cabuyas, se tejieron los más variados comentarios: ¿Podrá? ¿No podrá? se preguntaban unos a otros. Sin embargo el puritacu innovó la manera de jalar el tronco produciendo un lógico asombro. Se colocó las dos cuerdas de cabuya, a manera de tirantes, sobre sus bíceps y empezó a mover el “mastodonte herboreo” en zig zag hasta llegar al faique.

Ichi desde la puerta de su morada seguía con interés la

contienda, sin dejar de manifestar cierta nerviosidad. ¡Cuánto habría dado Ceterni, que la venía observando, por saber qué pensaba Ichi de todo esto. Quién quería que ganara.

Hualoc llegó con su carga al sitio inicial en medio de otra algarabía producida por los espectadores. Había empatado la primera etapa.

—Ninguno de los dos ha ganado, —dijo Alaluchi— ahora viene la segunda lucha. Tienen que subirse a un árbol y bajar de allá arriba un cuy que hemos amarrado. Tu Pimampiro subes a este y tu Hualoc a este otro. Les aviso que en cada árbol hay muchos peligros.”

Cual audaces reptiles empezaron a trepar por los faiques con el deseo de desatar el cuy que permanecía amarrado en la “copa” de cada árbol. No bien ascendieron parte del tronco, se vió en los cuerpos de los dos pretendientes innumerables espinas incrustadas en la piel que los habían hecho hasta sangrar. Pimampiro hizo un descanso para extraerse las que se le habían incrustado en las plantas de los pies. Hualoc seguía avanzando con rapidez arrancando crujidos a las ramas. De lejos se les veía trepar con singular experiencia. De pronto Pimampiro se detuvo ante la presencia de un feroz jaguar que le impedía el paso y que se aprestaba a saltarle; el imbabureño cogió una rama, la peló y con ella empezó a pincharle por la barriga. La fiera enfurecida saltó sobre el aborígen pero éste la esquivó yendo el animal a estrellarse en el suelo, las fornidas garras habían alcanzado, sin embargo, a lesionar el pecho del hombre.

Mientras tanto Hualoc hacía frente a una serpiente que se deslizaba confundiendo, a veces, con las ramas. El puritacu la cogió por el pesuezo y con extraordinaria fuerza trató de asfixiarla, hecho

que consiguió después de algunos instantes y con inusitado desgaste de energías. El ofidio fue también a depositarse al suelo.

Las ramas culminantes eran demasiado débiles y por lo tanto incapaces de sostener a un ser humano. Pimampiro y Hualoc lo sabían perfectamente. No obstante esto, el imbabureño siguió ascendiendo, luego sacó la cabuya que traía atada, en la cintura y con una punta se asió por el vientre y la otra la ató en una resistente rama. Tomó impulso y se lanzó sobre las débiles ramas, que no lo resistieron como era de esperar, pero que le permitieron coger al pequeño roedor. Segundos después, Pimampiro descendía con su “trofeo” bajo el brazo.

Hualoc para coger su presa hizo uso de nueva astucia. Calculó la distancia que lo separaba de la cobaya (cuy) y optó por arrancar una rama larga haciendo uso de su propio peso. Enseguida la peló; se trepó un poco más arriba y con la punta de la rama ensartó al animalejo por sus ataduras y lo trajo hacia él. Su descenso como el de su contendiente fue recibido con singular emoción.

—Hemos dado cumplimiento a la voluntad de Shi — dijo Alaluchi—y nada hemos conseguido. Ahora resolveremos esto a la manera de los hombres.

— ¿Cómo es eso? —indagó Hualoc.

—Es una lucha cuerpo a cuerpo. El que arroje el primer rasgo de sangre pierde.

—Mejor dicho el que bota sangre primero ¿no? —preguntó Pimampiro.

—Así es. Cada uno recibe un palo, de modo que a comenzar.

Desde que se inició la lucha se advirtió la reciedumbre de los contendientes. Palo en mano se los descargaban con descomunal fuerza, siendo a veces esquivados, amortiguados o sufridos con resignado dolor. Pese a las pruebas anteriores los contrincantes mostraban poco cansancio. El deseo de eliminar el uno al otro o quizás el deseo de poseer a Ichi habían omnubilado el razonamiento, haciéndolos aparecer en estos instantes como bestias salvajes. Los palos eran lanzados o recibidos con asombroso ímpetu. La gente vibraba de emoción y vibró más aún cuando a Pimampiro se le cayó el palo al suelo y quedó prácticamente indefenso. Hualoc pudo haberlo aniquilado y estuvo a punto de hacerlo, pero esfumó su bestialidad y demostrando su dignidad puritaca por tratarse de una mujer arrojó también su palo y tornó la lucha más emotiva. El combate se continuó a puño limpio. Los novios eran cada vez más brutales, más imponentes, más impetuosos. Pero la naturaleza de ambos estaba vencida por el cansancio. Ya se advertía esto. De aquí en adelante se veía en ellos más corazón que fuerza. Sendos golpes se prodigaron en más de una vez y ahora sólo giraba uno alrededor del otro, en espera del menos descuido para culminar todo. Esto sucedió cuando Pimampiro asestó un puñete a Hualoc tirándolo contra un tronco, golpe que motivó la rotura del cráneo. Al ponerse de pie el puritacu la sangre le manaba de la nuca y se deslizaba por el cuello. Pimampiro había ganado la batalla, es decir, había ganado a Ichi. Ceterni corrió con una cubeta de agua y empezó a lavar la herida de Hualoc... El gentío aclamaba a Pimampiro.

# MATRIMONIO ABORIGEN

Ichi salió de su morada y corrió desesperadamente a los brazos de Pimampiro. Cómo si hubiera estado esperando que él triunfara. Lo abrazó con tal ímpetu que causó la admiración de los que rodeaban. Ceterni de lejos meditaba sobre el raro sentimiento de Ichi. ¿Habría hecho lo mismo –se preguntaba– si Hualoc hubiera triunfado?..

Estaba por nacer el alba y casi todos los habitantes de esmeraldas estaban ya de pie. La luz del día, venciendo los últimos atisbos de la noche, aprestábase a revivir a las plantas, a los animales y hasta a los hombres.

—Nuestro Padre el Sol –empezó Alaluchi– saldrá pronto y para ello es preciso que Pimampiro e Ichi estén ya casados. Nuestro Chuill Mu va a casarlos.

— ¡Que vengan los novios!– gritó Ucha el viejo curaca.

Los novios se acercaron cogidos de la mano. El Chuill Mu comenzó la ceremonia. Tomó un depósito que contenía sangre de cobaya y les dió de beber a los dos, Así mismo, les dió de comer pescado y yuca cruda y les dijo: “Ustedes no son de Esmeraldas pero si pertenecen y pertenecerán con nosotros. Lo que beba y lo que coma uno puede beber y comer el otro. Ahora arrodíllense y besen la tierra, recordando que irán a parar allí después que mueran”. Los desposados cumplieron lo ordenado y cuando se pusieron de pie, Ucha gritó fuertemente, “En nuestra tierra la esposa debe cocinar el día de su matrimonio, para que los asistentes vean si sabe cocinar... Asi es que Ichi allá, empieza tu trabajo...”

Ichi se dirigió hacia una choza de donde se desprendía una columna de humo que daba a manifestar que allí era la cocina. Los hombres en grupos diversos empezaron a comer pescado seco, maíz sancochado y a beber chicha en abundancia. La fiesta había comenzado.

Ceterni, la más intrigada de las invitadas asediada por el deseo de despejar la incógnita sobre la polifacética personalidad de Ichi se dirigió hacia la cocina. Allí estaba la princesa tiquisambi, lagrimeando ante el exceso de humo que se desprendía de algunos palos de leña verdes.

— ¿Estás contenta, Ichi? —preguntó Ceterni.

—Pues, sí.

— ¿Por que te has casado con Pimampiro?

— ¡Hum! ¡Hum!

— ¿Estarías igual si hubiera ganado Hualoc?

—Creo que sí.

¿Dónde has aprendido a ser así?

—No sé.... En todas partes....He viajado mucho y he visto tanto que yo misma a veces no me entiendo.

— ¿Van a vivir en Imbabura o en Tiquisambi?

—No quisiera en ninguno de los dos.

— ¿Por qué?

—No sé... No sé...Prefiero otro sitio.

— ¿Cuál?

— Cuando el sol esté sobre nuestras cabezas viajaremos por el río a la tierra de los Bracamoros.

— Son tribus feroces.

— Pimampiro no es tonto, también es feroz. Y yo.....

— ¿Ud tiene miedo?

— Nunca lo he tenido.

— Todo está muy bien, Ichi. Seguramente mañana caminarán bastante. Nosotros venimos de Kawillaca buscando un sitio para establecernos. Ojalá volvamos a encontrarnos.

Ojalá, señora.... ¡señora! Antes que se vaya quiero regalarle estas dos “aleepongs”.

— ¿Son Figuras de dioses?

— Si, son dos diosas: Umiña y Uxcuina. Diosas del matrimonio. Hacen que una mujer se case con el que quiera.

— Gracias. Muchas gracias —respondió Ceterni mientras la observaba por última vez aún sin haberla comprendido.

Afuera los ánimos estaban caldeados por el abundante licor bebido. Los más temperantes y hasta al aparecer abstemios, eran Naymlap y Alaluchi.

— ¿Están construyendo ya las balsas? preguntó Alaluchi.

— Sí ya han comenzado —respondió Naymlap.

— ¿Cuándo piensan partir?

—Bueno, cuando las terminen.

—Pero las balsas pueden estar listas mañana.

—Entonces saldremos cuando el sol esté por ocultarse y si es que el Ni ha bajado un poco.

— ¿No se quedan a la Fiesta del “Akatay Aleepong”?

— ¿Cuándo es?

—Empieza mañana.

— ¿Cómo es esa fiesta?

—Empezamos sacando “aleepongs” (piedras verdes) de aquel cerro y las usamos para nuestros vestidos. Algunas piedras las arrojamamos al Ni o a la apaec para que nunca nos falte que comer.

—Si es así, nos quedaremos... ¿Y Hechi también se queda?

—No, Hechi regresó hoy a Carangues. Con él se ha ido Hualoc.

— ¡Pobre Hualoc! Su derrota parece cosa de los dioses, dijo Naymlap...

Un rumor interrumpió la conversación. De pie, la mayoría dirigía sus miradas hacia las lomas. Allá dos figuras humanas se perdían entre el polvo que levantaban con sus pies y la vegetación que de vez en cuando se hacía más nutrida. Eran Pimampiro con Ichi que en viaje de luna de miel se dirigían a la tierra de los bracamoros... Acá los de Esmeraldas no los olvidarían en mucho tiempo.

# LA FIESTA DE “AKATAY ALEEPONG”

— ¿Para qué son esos palos con punta y esos baldes?—preguntó Pitazofi, mientras caminaban hacia las minas de Mantas.

—Los palos son para hacer huecos y los baldes para traer las piedras—aclaró Alaluchi.

— ¿Se demora mucho para secarlas? insistió Pitazofi.

—Empezando antes que salga el Sol podemos terminar cuando él esté sobre nuestras cabezas. Depende también de la cantidad que queremos llevar.

— ¿Y esas piedras son bonitas?

—Sí. Pero las que más abundan son las “aleepongs” (esmeraldas) y a veces hay de color de sangre. . . ¡Mire esas son las “Apaec Aleepongs” (tierra de las esmeraldas)... Caminemos rápido para ver donde hacemos los huecos, dijo Alaluchi mientras alargaba los pasos seguido de Pitazofi.

Instantes después, mientras unos cavaban, otros conducían la tierra extraída hacia los huecos hechos en anteriores oportunidades. Casi en la cúspide de esta loma, Naymlap con la mano derecha, a manera de vicera sobre su frente, miraba el panorama que se exhibía a su vista. A lo lejos veía las olas jugar con los acantilados en fraternales caricias. Naymlap descendió hasta una prominencia del cerro y cogiendo un palo empezó también a cavar con energía. Al verlo, Alaluchi se le acercó y le dijo:

— ¿Ud cree encontrar algo en ese sitio?

—Soy poco conocedor de esto, pero pueda ser que encuentre.  
¿Ud. cree que no hay?

—A mi me enseñó mi padre. Desde cuando era niño me traía y me hablaba de la importancia, del Akatay Aleepong. El me contaba que un día una madre perdió a sus hijos. Según parece fueron devorados por unos monstruos venidos del mar. Cuando la iban a comer a ella, lloró de tal manera que sus lágrimas eran verdes. Los monstruos al ver esto se corrieron y la dejaron libre. Ella siguió llorando durante mucho tiempo hasta que murió. Dicen que de noche se oyen todavía esos quejidos.

—Muy interesante la historia —comentó Naymlap. Pero todavía no me has dicho si aquí donde estoy cavando hay esas piedras.

—Ah, te quería decir que las piedras están siempre hacia el lado donde muere el sol y no donde nace.

—Ah! ¿No podemos quedarnos aquí hasta la noche?

—No, no podemos. Podrían morir muchos

Naymlap había hecho ya un hueco de regular tamaño. Alaluchi lo dejó solo dirigiéndose donde estaban los demás para comprobar si la cantidad extraída era suficiente. La laboriosidad de sus hombres había casi culminado la obra. Alaluchi ordenó el paro del trabajo y que no hubiera “cap pil chóquete” (desigual distribución de la carga). Al volver Alaluchi junto a Naymlap su asombro no tuvo igual al comprobar la cantidad de esmeraldas que había extraído el monarca de Kawillaca.

— ¡Yuu juuy! —se expresó con admiración Alaluchi— ¡que tal

cantidad que ha secado! ¡Y de todos los colores! Con eso se puede llenar hasta cinco baldes. ¡Y qué grandes son!

—Mire esto —dijo Naymlap mostrando un trozo grande

— ¿Y qué es eso?

—Es la figura de un dios.

— ¿De un dios?

—Si, de Llampallec.

— ¿Llampallec?

—Si, dios del bien y de la fecundidad. Es el dios que tanto he esperado.

— ¿Usted me asombra con todo esto?

—Quizás sí. Cuando yo empecé a excavar tenía la seguridad de encontrarlo. Anoche soñé todo esto.

— ¿Y ahora qué piensa hacer?

—Creo que ahora si encontraremos nosotros nuestro “Apaec Uc” (lugar de tierra) y allí levantaremos un templo para adorarlo.

—Bien, bajemos pronto que tenemos que arrojar “aleepong” al mar, a la Apaec y luego comenzar la fiesta que durará lo menos dos lunas.

En el pueblo, Álaluchi dió a cada uno de sus hombres puñados de esmeraldas explicándoles que debían arrojar parte al Ni, parte a la apaec y el resto para sus usos particulares. Mientras se dedicaban a estas tareas, Naymlap envolvía en una manta roja el resplandeciente

ídolo de Llampallec. Enseguida se dirigió donde Pitazofi y le preguntó:

— ¿Terminaron de hacer las balsas?

—Sí ya están todas hechas.

— ¿Cuántas han hecho?

—Diez.

— ¿Dónde están?

—Cerca de la playa. Casi todas son pequeñas; más grande fue la que nos trajo de kawillaca.

— ¿Vamos a verlas?

—Sí, vamos.

Al retomar Naymlap y Pitazofi de inspeccionar las naves, la fiesta del Aketay Aleepong estaba comenzada. Cerca de veinte personas, entre hombres y mujeres, vestidos de variados colores, con estrambóticas máscaras, caprichosos tatuajes y abundantes dijes en brazos y cuello danzaban alrededor de una hoguera y a los acordes de notas musicales que se desprendían de flautas, quenás, tambores y gritos. Todos cantaban tratando de animar a los danzarines, los que bambaleaban siguiendo un pre-establecido orden rítmico con movimientos del cuerpo que invitaban a la exhalación o a la vida mundana.

Alaluchi raramente indumentado también, explicaba a Naymlap el significado de esta danza: “Es un agradecimiento a los dioses por tenernos todavía vivos y es el pedido de que cada uno muera sólo cuando no tenga que hacer acá”.

—Pero ya tienen mucho rato danzando —incredó Naymlap.

—Así tiene que ser. Para eso buscamos a los más fuertes. A los que bailan mejor y se agregan, además los que han estado enfermos y sanaron después.

— ¿Quién es aquel que dirige esta ceremonia?

—Es el. Cuil Mu. O sea el que conversa con nuestros dioses.

— ¿Y esos animales que están allá para que son?

—Son para comerlos durante la fiesta.

— ¿Tantos?

—Es que como ya dije anteriormente la fiesta dura a veces hasta dos lunas y como nadie trabaja tiene que haber alimentos para todos. Además, allá hay cosechas y si la bebida se acaba se vuelve a preparar.

—¡Mire Alaluchi!. . . Yo quería decirle algo.

—Sí, dijo con la boca llena de alimentos.

—Estamos muy agradecidos por todo lo que han hecho por nosotros; por los alimentos, los vestidos, el aposento. En fin, por...

—No. Eso no es nada. Somos hermanos de raza y por eso lo hemos hecho.

—Gracias siempre. Una vez que terminen las fiestas o quizás antes partamos para Apaec.

— ¿Van siempre por el Ni?

—Sí, siempre.

— ¿Ya tienen destinado su “apec uc” (tierra propia)?

—Ya tenemos. Nos embarcaremos en las balsas y remaremos hacia uno de los brazos del Sol. No es un viaje tan largo como el de Kawillaca. Este es corto.

— ¿Tienen sus alimentos listos?

—Casi todo está en las balsas —Como repito, sólo falta que terminen estas fiestas o que veamos algo más estos lugares para partir.

—Muy bien. Ahora vayamos a probar nuestra bebida y a comer algunos cuyes.

— ¡Gracias! ¡Vamos!

Largo era el tiempo que venía durando esta tumultuosa orgía. Desde que el sol aparecía por el Oriente y moría por el Poniente la gran bacanal se mantenía incólume; parecía inexhausto. Lujosamente vestidas las princesas aparecían diariamente, sobre todo por las mañanas; en igual forma desfilaban las hijas de las nobles. Es que era el momento de concertar matrimonios y abogar por la fecundidad de la raza. De vez en cuando desfilaban, por entre los diversos grupos, animales asados que los hombres devoraban con hambre canina: Cuando no, eran pescados sancochados en agua o moluscos secos fraccionados en tiritas. Nadie prescindía de la chicha, la bebida que los embriagaba hasta la temeridad y que los estimulaba para el baile, el canto y para expresar sus emociones más recónditas.

De buen festín venían participando los de Kawillaca que por

estar de invitados la fiesta se había tornado más fastuosa. Estabá comprobado que el tiempo no contaba para estos casos. Posiblementé cuando las provisiones se agotaran podría el tiempo vencer a esta imposición del hombre. Y esta seguramente tendría que suceder; pero era el tiempo, entonces, quien tenía que esperar. Cada día más animales, más maíz sancochado, más frutas, más chicha, y... más diversión. En un lado polémicas sobre guerras de antaño o luchas de gigantes. En otras asambleas sobre problemas de actualidad (ruptura de un borde de “acequia”, deterioro de naves de pesca, etc). Y nuevas sugerencias para la caza, la pesca o la agricultura. En un tercer sitio, quizás bajo un árbol con la luna como único testigo: escenas de amor.

La cosa hubiera continuado no se sabe hasta cuando. Sólo que esa mañana, cuando los hombres se disponían a continuar la juerga, una estrepitosa voz, como epílogo del bacanal, gritaba a todo pulmón: “Ku! ¡Ku! ¡Ku! ¡Ku está enojado!”. Los hombres detuvieron el bullicio, pusiéronse de pie. Algunos soltaban las presas que habían empezado a devorar o lanzaban la chicha que trataban de consumir. El terror los estaba avasallando. En sus oídos sólo resonaba ¡Ku!. . ¡Ku! Y todos los ojos miraban angustiados a aquel volcán que en más de una vez los había aterrorizado. Pero ¿qué tenía Ku esta vez? ¿qué no le habían dado? ¿Por qué venía e interrumpir esta fiesta? Estas y otras incógnitas habrían gustado que les aclarasen a estos hombres. Ku empezó a crujir con furia, como protesta, tal vez, por tanto Festín y tanto placer. La tierra se movía en baile de ultranza; las casas caían desplomadas; algunos árboles se desplomaban también; en fin. . . A todos, sin embargo, sólo les quedaba un recurso: correr.

—Recién está comenzando —dijo Alaluchi— para que llore y nos arroje piedras falta mucho. Ahora corramos hacia el otro lado de la

Loma Negra. ¡Corramos! ¡Corramos!.

—Sí, todos corran a la Loma Negra: ¡A la Loma Negra!. ¡Rápido!.  
. . ¡Rápido! estas voces se prodigaban unos a otros.

Despavoridos corrían los de Esmeraldas hacia la Loma Negra. Este era el epílogo de esa existencia deleitosa que parecía nunca acabar. El tiempo había triunfado. En médio de este desbarajuste, Naymlap llamó a Pitazófi y le ordenó que los de Kawillaca en vez de ir a la Loma Negra, debían correr hacia la playa y subir a las balsas: “Ha llegado el momento de partir” concluyó ordenando el monarca;. Pitazofi empezó a correr por todos lados gritando “Los súbditos de Naymlap vayan a las balsas..... Los de Kawillaca, a la playa... .“

— ¿Cuántos faltan? —preguntó Cium.

—Creo que no falta nadie, respondió Pitazofi.

—El Ni parece un poco bravo —comentó Cium—

—Seguramente está de acuerdo con Ku.

—Además, el viento no está tan tranquilo.

—Así parece.

—Mira, allí viene Naymlap.

— ¿Están todos? inquirió Naymlap.

— ¿Qué dice? —preguntó Pitazofi con gruesa voz: El viento y el ruido del Ni casi no dejan oír nada.

¿Digo qué si están todos a bordo? —gritó Naymlap.

—Si, todos.

—¿En cuántas balsas vamos?

—En siete.

—¿Se quedan las demas?

— ¡Si!

—Bíen, entonces toca el caracol y da la orden de partida.

Pitazofi púsose el instrumento en sus labios y arrojando con extraordinaria fuerza el aire, inspirado arrancó el caracol las notas musicales deseadas. El sonido había vencido, sin embargo, a la violencia del viento y a la efervescencia del Ni cuya pretension de colaborar con Ku se evidenciaba, las naves venciendo gigantescas olas caminaban mar adentro. Parado en su balsa, con una mano en el palo mayor de la vela y la otra tratando de apaciguar la revolución de sus cabellos, acicateados por el viento, Naymlap miraba el perfil del litoral que se iba perdiendo en el oriente.



---

# TERCERA PARTE

---



# DE NUEVO EN EL NI

— ¿Llevan comida todas las balsas? preguntó Naymlap?

—Si Chec, respondió Pilazofi mientras conducía la nave que encabezaba esta caravana.

— ¿Llevan también bastante agua?

—Sí, puede durar muchas lunas. Ojalá que el Ni se tranquilice porque sino se nos pueden caer muchas cosas. ¿Está con cólera el Ni?

—Hay cosas que ya tu debes de saber, Pitazofi. Así son los dioses cuando se enfurecen. Muchas veces no perdonan a los hombres.

—Pero, ¿qué... le puede hacer, un hombre a un dios?

—No obedecer sus mandatos Si la tierra les da sus frutos y pide que le den “el” agua entonces hay que darle. Y cuando no se le da, ella se encoleriza.

—Pero ¿por qué se ha encolerizado Ku?

— Porque se olvidaron de darle “aleepongs”...

— ¡Chec!

—Habla...

—Algunos hombres y mujeres de Esmeraldas se han venido con nosotros.

— ¿Por qué?

—Tenían miedo de seguir viviendo allí. Les dije que primero le pidieran permiso a usted pero no lo encontraron y...

Está bien. Después pueden volver...

— ¡Chec!

— Habla... Noto que estas temblando ¿qué te pasa?

—No... no... no... nada... Fíjese... Yo...claro lo he obedecido siempre. Y lo obedeceré. Pero ahora ¿a dónde vamos? ¿A Kawillaca?

— Bien te voy a decir la verdad... Ahora vamos a nuestro propio sitio

— ¿A nuestro propio sitio? dijo emocionado Pitazofi.

—Sí, a nuestro “apec uc”.

— ¿Es largo el viaje?

—Es bastante corto. Quizá nó dure ni una “shi” (luna).

—No sabe que gusto tengo. Aunque también tengo gusto de estar de nuevo en el Ni. Toda mi vida la he pasado navegando y conozco al Ni como si fuera mi propia sangre.

—Lo sé Pitazofi. Por eso te he traído conmigo. Tú eres uno de mis mejores hombres. Confío mucho en ti

Los ojos de Pitazofi se nublaron de lágrimas que luego se deslizaron por sus mejillas. Las frases de Naymlap habían calado hondo en el espíritu del fornido marino hasta el punto de hacerlo llorar. Naymlap se dió cuenta de esto y disimulando se alejó de él

endilgando superfluas arengas a los remeros. El mar aumentaba su inquietud tornando su superficie demasiado encrespada, crespos éstos que jugaban peligrosamente con las balsas y con su tripulación.... Un sube y baja constante, que luego de intensificarse, tendió a la normalidad.

— ¡Se está calmando el Ni! Ha sido sólo un susto. Ojalá no se vuelva a repetir. . ! Estas y otras constitutían, las principales expresiones ante la calma del Ni.

Tranquilo el mar los tripulantes tomaban algunos alimentos. Los remeros continuaban avanzando tratando de ganarle la batalla al Ni. La última balsa parecía la más animada o tal vez en la que se había proyectado la fiesta de los Esmeraldas. Razón tenían de aparecer así puesto que en ella navegaban muchos de la tierra del.. “aleepong” Dos golpeaban una especie de cajón y casi todos acompañaban con cánticos extraños dedicados a los dioses, a las guerras o al amor En nada envidiaban estas salmodias a las mejores del mundo. Ninagentue y Fengasigde conversaban animadamente:

—Cium me dijo que éste era el último viaje que hacíamos, comentó Ninagentue.

—Asi me ha dicho a mi también, expresó Fengasigde.

— ¿Pero cuántas lunas estaremos en el Ni?.. ¡Ojala que que no sea como la vez pasada!...

—No creo que dure tanto: Naymlap es casi un dios y él no puede dejarnos morir.

— ¿Entónces el viaje será corto?—

—Así parece. ... aunque no se puede negar que en estos viajes hemos aprendido mucho.

—Bueno eso si.... Yo sé ahora preparar diversas bebidas y que le van a gustar mucho a Naymlap.

— ¿Que bebidas? indago Fengasigde.

— ¡Ufff! ¡Muchas! Antes solo hacía “azua” con “chuchas” y pescado Ahora se preparar “chicha” de rnaiz, de yucas, de platanos, de paltas.... ¡ufff!...

—Todos hemos aprendido algo... Yo tambien... En Mantas he encontrado tierras de muchos colores y las traigo para mezclarlas con el polvo de conchas que preparé en Kawillaca. Ahora el polvo que riegue por donde camina Naymlap será más sagrado.

—Pero, fuera de todo eso hay algo más que hemos aprendido.

— ¿Qué es?

—La ayuda que nos han dado los pueblos por donde hemos ido.

—Efectivamente. Eso no lo olvidaremos nunca.

—¡Claro que no lo olvidaremos! Naymlap tenía razón cuando nos decía que todos somos hermanos de sangre y que hay que ser amigos de todos.

—Pero, entonces no me explicó cómo fue que mataron a los hombres que vinieron con Taicanamo.

—Eso es fácil de imaginar.

— ¿Cómo?

—Seguro que los hombres de Taicanamo no se portaron bien y abusaron de todo. Entonces a los dueños de casa se les subieron los dioses malos y los mataron.

—Pero, así no nos contó Llapchillulli.

—Es que el que le contó a Llapchillulli no podía dar a saber su mala conducta y entonces.

— ¡Mira el sol está yendo a dormir! interrumpió Fengasigde cambiando de tema.

— ¿Qué bonito es eso, no? Yo quisiera estar cerca para ver cómo es esa lucha entre el Ni y el dios Sol.

—Pero los de Esmeraldas creen que las aguas logran apagar al sol.

— ¿Sí? ¿Y cómo sale otra vez?

—Dicen que el que sale de nuevo es otro, es su hijo.

—Pueda ser que sea cierto. . . . ¡Mira falta sólo un poquito para que ya no se vea nada.

—Esa nube de arriba lo está hundiendo. . ¡Mira! ¡Mira!...



# CUENTOS DE MAREA

La quietud del mar en plena noche era admirable. De vez en cuando el balanceo oscilaba un poquito fuera de lo normal; era alguna ola grande que se escondía tras las pequeñas. El silencio de la noche se quebraba, a veces, por las salomas en jerga kawillaquense, o por extraños ruidos provenientes de algún sitio. Ruidos que, sin embargo, en nada extrañaban a los tripulantes de estas siete balsas tan acostumbrados a ello. Podrían ser animales que querían romper la quietud o querían provocarle mayor movimiento para jugar la ronda. Podría ser, también, un pez chico escapando de uno grande y en cuyo escape prorrumpían gemidos dolorosos que se intensificaban, sobre todo en el instante supremo de la existencia.

En las balsas casi todos dormían, excepto el vigía y dos remeros que custodiaban con ahinco a los demás compañeros: más que avanzar interesaba particularmente mantenerse bien y no alejarse unas de otras. Arropados con gruesas mantas amortiguaban el vientecito que solía penetrar hasta el tejido ose y se resguardaban de ciertas gotas de agua que irrumpían hasta ellos.

No todo era quietud entre los tripulantes. En la última de las balsas solo dos niños y una mujer dormían. Los demás habían penetrado en una tertulia interesante. De vez en cuando, todos en estruendosas carcajadas celebran los originales chistes de Ochocalo, el cocinero, quien narrando eventuras personales y otras que a él le contaron, se había convertido en el núcleo de este jolgorio: Tejiendo

la conversación, entre las charlas y su hilaridad circulaba un depósito de “azua” que soliviantaba más los ánimos. Así el bullicio quebraba la soledad marina a carta cabal.

— ¿Que les pareció esta hazaña? preguntó Ochocalo mientras solicitaba otro trago.

— ¡Bónita! Muy bonita, respondieron casi todos al unísono.

—Cuéntanos otra, exigió alguien.

— ¿Han oído la leyenda de Cavillaca?

—No, no contestó Nina Colla que se encontraba junto a Ochocalo.

—Esta leyenda me la contó un viejo pescador de la isla de Tichur. Este viejo conocía casi todo el Ni y cuando ya no pudo andar se sentó sobre una roca frente al mar y desde allí observaba las olas y seguramente recordaba sus hazañas. Comía y se quedaba dormido largas horas. Un día lo encontraron muerto y sus hijos en vez de enterrarlo, lo arrojaron al mar.

—Bueno, y ¿cómo es esa leyenda? preguntó uno de esmeraldas.

—Dicen que en un alegre vallecito abierto, entre cerros bien grandes, vivía una princesa joven y bella.

— ¿Así como Ichi?, interrumpió Nina Colla.

—Mucho mejor que ella aclaró Ochocalo se llamaba Cavillaca. Sus padres, muy viejitos, no sabían con quien casarla. A veces pensaban en un dios y a veces en un hombre. Por allí cerca vivía Kon Iraya, que era

un ser malo, mitad dios y mitad brujo. Este se desesperaba por hacerla suya a Cavillaca.

— ¿Y Cavillaca que decía de esto? preguntó uno de los presentes.

—Cavillaca no lo quería y, además, le tenía miedo. Entonces Kon Iraya hizo uso de su brujería. Una tarde en que la princesa hilaba a la sombra de un árbol que daba frutos de oro, Kon Iraya se convirtió en pájaro y se paró en una de las ramas del árbol, tomó el fruto más grande y le echó sangre de su cuerpo. Después dejó caer el fruto a los pies de la princesa.

¿Y qué hizo ella?—preguntó interesado Nina Colla.

—Ella cogió el fruto y se lo comió y este fruto se convirtió en un hijo.

— ¡Oué malo!.. ¡Qué bruto!... ¡Yo lo buscaba y lo mataba! ... comentaban.

—Los viejecitos —cóntinuó Ochocalo— se, pusieron desesperados cuando supieron esta desgracia y escondieron a Cavillaca y al niño que nació, porque Kon Iraya quería robárselo y buscaba por todos los lados, con ira y cólera. Un día cuando paseaba Cavillaca por el campo con el niño en brazos, divisó a lo lejos, a Kon Iraya. Al verlo se puso a correr por la orilla de un río. Tanto corría que se cansó y hasta se caía; pero las piedras, los árboles y animales la animaban y ella se levantaba y seguía corriendo. “Kon Iraya te sigue” le decían y ella corría. Después de tanto correr llegó al mar y vió que allí ya no podía seguir corriendo. Volvió a mirar atrás y vió que Kon Iraya se iba acercando, Entonces Cavillaca apretó al niño en sus brazos, cerró los ojos y se tiró al mar. Los dos murieron.

— ¿Murieron? —preguntó Nina Colla.

—Sí, los dos murieron. Kon Iraya se daba golpes contra los cerros hasta que desapareció. Dicen que allí donde la madre y el niño se ahogaron, salieron dos islas: una grande y otra chiquita.

— ¿Eran lo madre y el niño? —preguntó unos de los presentes.

—Sí, ellos ¿Qué les pareció el cuento?

—Muy bonito --dijo Nina Colla—... pero, miren, aquí hay dos que ya se han quedado dormidos.

— ¡Ah! es que creo que ya no dernora en salir el sol. Sería mejor dormir un rato, dijo Ochocalo bostezando.

—Pero primero, tomemos la última de “azua”, dijo Nina Colla.

El mar seguía quieto. La luna que había aparecido un poco tarde daba cierta claridad a este espacio del orbe. Las fosforécencias marinas se veían todavía impresionantes a lo lejos. Por sobre las aguas las siete balsas se deslizaban sigilosamente.

# AMOR EN ALTA MAR

—Es posible que cuando el sol esté muriendo nosotros estemos pisando nuestro “uc’ —díjole Naymlap a su esposa

— ¿Será el último viaje?, indagó con tierna voz Ceterni.

—Sí, es el último de nuestros viajes.

— ¿Y qué haremos allí?

—Vivir. Yo enseñaré, en primer lugar, a respetar a Llampallec.

— ¿Quién es Llampallec?

—Es el dios de todos nosotros. Aquí representado en esta estatua de esmeraldas.

— ¿Y después?

—Después buscaremos un sitio donde levantar la casa de Llampallec y nosotros viviremos junto a esta casa. Además, haremos producir la tierra y del Ni sacaremos nuestro alimento.

—Todo eso van a hacer los hombres, pero ¿y nosotras?

—Tú también tienes que ayudarme. Enseñarás a las mujeres a cuidar los niños, a preparar los alimentos, a trabajar y en todo lo que debe saber una mujer.

—Naymlap —dijo tímidamente Ceterni— este...

—Habla mujer. Habla.

—Naymlap.... Naymtap.. ¿ya no volveremos a Kawillaca?  
—preguntó temblorosa y sollozando.

—Kawillaca no nos verá más a nosotros, ni nosotros veremos más a Kawillaca. Porque...

Ceterrii ya no escuchaba hablar a Naymlap. Su sollozo se había convertido en intenso llanto. Con las manos en su rostro trataba de ocultar su infinito dolor ante esta inesperada noticia. Naymlap, abrazándola trataba de calmarla.

—También es dolor para mí, pero esa es nuestra misión. Cumpló un mandato de nuestros dioses.

— ¿Y nuestros hijos también se quedarán con nosotros?, preguntó con voz atragantada.

—Claro que tienen que quedarse. Por otro lado, cuando yo muera Cium ocupará mi lugar y cuando él se vaya gobernarán sus hermanos o sus hijos. Así nuestra raza no morirá jamás.... Ah! Y otra cosa, en cuanto lleguemos, Cium se casará con Zolsdoñi.

— ¿Con Zolsdoñi? —preguntó con singular asombro Ceterrii.

—Si, con Zolsdoñi —respondió categóricamente Naymlap

Ante estas frases tan bruscamente caídas Cium y Zolsdoñi que se encontraban alrededor del monarca y su esposa se miraron extrañados. Cada uno trataba de enconfrar en el otro el efecto que había causado esta otra inesperada noticia. Más que admiración había en estos jóvenes confusión. Tremenda eclosión sentimental. Zolsdoñi sólo había visto en Cium un hermano. El la había acompañado en todas

sus aventuras por el campo, había participado de sus alegrías y de sus pesares. Recordaba cómo se lanzó al río cuando ella estuvo a punto de ahogarse. Cómo mató a la culebra que se le enroscó en la pierna. Y más que todo recordaba con nostalgia su desesperación cuando ella se enfermó y no se despegó de su lado hasta que sanó. Al fin y al cabo, pensaba Zolsdoñi, siendo su esposa me consideraré feliz. ¿Pero qué opinaba Cium?.

Cium también meditaba en lo mismo. Ante las frases de su padre recién empezaba a descubrir o a darse cuenta que Zolsdoñi había dejado de ser niña y que podía tener un esposo y tener hijos como toda mujer. Nunca había advertido que la mocosita de los juegos infantiles era ya una real mujer. Su padre, justamente su padre, le acababa de abrir los ojos. Pero, su incógnita era también agoviante ¿qué pensaba Zolsdoñi de todo esto?.

Esta interrogante había que despejarla en la primera oportunidad que se presentara y Cium vió que el momento era oportuno cuando su padre se sentó en el trono en pos de descanso y Ceterni se recostó a sus pies. Zolsdoñi miraba el horizonte o, quizás, parecía mirarlo. El hijo de Naymlap la sacó de su ensimismamiento cuando se acercó y poniéndole una mano en el hombro de Zolsdoñi, que la enfrió notablemente, le dijo.

— ¡Zolsdoñi!

—Sí

— ¿Has oído a mi padre, no?

—Lo he oído todo....

— ¿Y qué piensas de eso?

— ¿De cuál eso?

—De ser mi esposa, mi...

—No se qué decirte... no sé

— ¿Por qué tiembles?

—Por... por nada... si...no.... no tiemblo.

— ¿Acaso has pensado ser esposa de otro?

—No, no; eso nunca.

— ¿Entonces?

— ¿Entonces qué?

—Es decir... qué tienes que decir algo de lo que ha dicho mi padre, ¿Tu qué dices?

—Todo lo que diga Naymlap está bien dicho.

—¿Sólo porque lo dice él?, —preguntó con el ceño fruncido Cium.

—Porqué lo dice él y, además, porque nosotros nos queremos como hermanos y...

Cium vió que los ojos de Zolsdoñi se llenaban de lágrimas. Con sus manos le acariciaba el rostro y su cabellera negra, como lo hacía cuando dormían juntos allá en Kawillaca. Cium continuó hablando: “Tu serás mi esposa, porque lo ha dicho mi padre y porque así lo han dispueslo los dioses. Y porque yo gobernaré cuando mi padre se vaya y porque nuestros hijos gobernarán cuando yo me vaya”.

Recostados el uno sobre el otro, absortos en un mutismo singular, Cium y Zolsdoñi seguían meditando. Pensaban en la gran responsabilidad que les aguardaba en las nuevas tierras en que iban a vivir. El como monarca y ella como esposa. Por sobre todo esto, una cosa era evidente: la infancia de ambos había quedado atrás. Sus travesuras sus inquietudes de niños y sus caprichos impertinentes, sólo serían ya un recuerdo, un dulce recuerdo.



# ¡MAMITA EL TÍBURON!

Las naves seguían surcando el Ni hacia su meta final. La alegría de los tripulantes al saber que iban camino de su definitiva morada, parecía haberse hecho extensiva a las mismas balsas cuyos aires para avanzar eran admirables. Naymlap después de auscultar el sabor y color de las aguas escrutaba el horizonte. En su conciencia había la idea de que pronto llegarían a su “uc” y esta idea vigorizaba la sensación que experimentaba su corazón.

—¿Qué animal es ese que vuela? —preguntó Cium a Pitazofi.

—Es un “panchión” (águila marina).

—¿Es un qué?

—Es un “panchión” Así me dijeron los de esmeraldas que se llamaba... Míralo bien verás como se mete al agua.

—¿Se mete al agua? ¿Pero si es un pájaro?

—Claro que se mete. Míralo y verás.

Cium seguía con su mirada los movimientos del águila marina cuyo color blanco contrastaba con lo negro del pico y el azulado palco escénico del Ni.

—¿Y para qué se mete al Ni? —inquirió Cium.

—Para buscar comida.

— ¿Comida?

—Se mete al agua para buscar los peces y luego los saca en su pico y se los lleva a su casa para comérselos.

— ¿Dónde queda su casa?

—Es un árbol... Sólo come peces gordos. Cuando son chicos o flacos no los come, los tira por el camino.

—Mira, mira cómo sacude sus alas al salir del agua, interrumpió Cium.

—Si, es para votar el agua que se le pega en las alas... Este animal es dios de los esmeraldas.

—¿Por qué?

—Porque dice que cuando salen a pescar y no encuentran nada, le piden el “panchión que los ayude y el pájaro los lleva al sitio donde están escondidos los peces.

—Mira Pitazofi –volvió a interrumpir Cium– allí ha vuelto a salir el “panchión” y lleva un pescado en su pico.

Los dos tripulantes contemplaban admirados al “balbusardo” pescador que se alejaba rumbo a la playa con su presa en el pico. Las naves, en tanto, continuaban avanzando sobre la encrespada superficie del Ni, tratando esta vez, de vencer a las aguas cuya indecisa dirección contrariaba el rumbo del monarca de Kawillaca. Una especie de revolución de aguas cuya temperatura, color y sabor variaba con respecto a las que habían cruzado anteriormente. Naymlap advirtiendo este fenómeno ordenó que entre cada nave, se ataran cabullas, a manera de enlace, a fin de que ninguna se desviara de la ruta. En la

cabeza, Pitazofi escamoteaba magistralmente los obstáculos dando la pauta que debían seguir las demás balsas. En las mentes de los tripulantes bullían las más diversas ideas sobre el porqué, de la calidad de estas aguas. ¿Podía ser un obstáculo que ponía el Ni? Y ¿por qué no una bienvenida.

Por sobre todas las suposiciones adversas o favorables se imponía la satisfacción de que pronto estarían en tierra. En su propia tierra. En esa tierra tanto tiempo buscada y anhelada. No era nada, por eso, que el Ni se hubiera encrepado un poquito mas, ni que su color, sabor o calor hubieran diferido. No eran, nada comparado con la emoción de cada uno. Emoción que tendría que intensificarse cuando llegara a la “apaec”. Asi seguían navegando hasta que se produjo un percance en la tercera balsa.

—¡Mamita, el tiburón! —gritó desesperadamente un niño de esmeraldas.

— ¿Por dónde? ¿por dónde? —preguntó Llapchillulli que venía comandando esta nave (Llapchillulli era hijo de aquel valiente anciano que ofrendó su vida por salvar la de Kutichumbi. Tenía la misma profesión de su padre: sastre. Y confeccionaba para Naymlap hermosas túnicas y vestidos).

—Allí está, Chec. Allí junto a ese hombre que duerme.

Grande era el animal que había subido a la balsa en pos de quien sabe qué. Y al saltar había caído, justamente, junto a un remero que dormía restaurando fuerzas por el trabajo de la noche. Llapchillulli pensó que si atacaban de inmediato el animal podía reaccionar y en su respuesta matar al remero o quizás voltear la balsa. Convenía emplear la treta y a ello se empeñó. “No se mueva nadie” ordenó al mismo tiempo

que cogía una cabuya. Luego se dirigió cautelosamente hacia los pies del remero con la intención de atarle las extremidades inferiores y jalarlo de ese lado. A medida que Llapchillulli se arrastraba sigilosamente, el balanceo de la balsa hacía moverse e intensificar más la respiración del tiburón. Los tripulantes de esta y las otras naves miraban angustiados los desplazamientos de Llapchillulli... Cuando concluyó de atarle llamó a dos de sus tripulantes y les indicó que jalaran al hombre que aún seguía durmiendo. Los encargados cumplieron magníficamente su misión y solo cuando el remero estuvo fuera del alcance del animal pudo despertarse.

— ¿Que pasa? ¿Por qué me han amarrado los pies? preguntó somnoliento el remero.

—Pues, porque has estado durmiendo junto a un tiburón  
—respondióle uno de ellos.

— ¿Junto a qué?--preguntó tragando saliva.

—Míralo. Allí está.

Llapchillulli pensaba ahora en la forma de deshacerse del animal. No convenía matarlo porque los esfuerzos del tiburón podían voltear la balsa. Además, para sacrificarlo no existían armas especiales, razón por lo que el jefe de la nave optó por hacer deslizar al impertinente escualo. “Alcánceme un balde” –ordenó– “... lleno de agua”. Al recibir el depósito con el líquido elemento el joven conductor de la balsa empezó a tirar baldazos de agua en el piso por debajo de la descomunal tintorera. Los de esta balsa así como los de las otras observaban atónitas estos movimientos. Cade uno tenía una especie de trozo en la garganta que no les permitía siquiera tragar saliva. Después de haber recibido varios baldes de agua, el tiburón empezó a resbalarse

de cola hacia el Ni. En cada movimiento que hacía, la balsa sufría bruscas sacudidas y todos los que en ella iban tenían que asirse fuertemente a fin de no caer despedidos al agua. Sintió el escualo el agua del Ni en su cola y con fuerte impulso se lanzó nuevamente a su rutinario lugar. Este último movimiento, sin embargo, fue tan fuerte, que algunas cosas, inclusive uno de los remeros cayeron al mar. Un salpicón de agua había epilgado el desliz del tiburón. Los demás tripulantes arrojaron una cabuya al náufrago y rápidamente lo subieron a cubierta: Los bultos que también cayeron se hundieron con asombrosa- prontitud. En todos lados se comentaba la hazaña de Llapchillulli subrayando las cualidades relevantes del muchacho.

Normalizando el régimen en la balsa, las demás empezaron a avanzar de nuevo. Ya en pleno desplazamiento, un remero de esmeraldas se acercó a Llapchillulli y le dijo:

—Qué bien lo has hecho, Checl.

Fue algo del momento, aclaró modestamente el joven.

—Sí, pero nos has salvado la vida.

—Es que teníamos que hacer algo, sino yo también hubiera muerto.

— ¿Has navegado mucho en el Ni?

—Sí, desde niño.

— ¿Quién te enseñó los secretos del Ni?

—Mi padre.

— ¿Vive?

No. Murió... Murió cuando íbamos a la tierra de ustedes. Todo lo que sé, lo debo a él... Como mi padre, muy pocos conocían el Ní.. Yo sé cuando se encoleriza y por qué y se también qué hay que hacer para tranquilizarlo.

— ¿También te ha enseñado eso de los vestidos?

—El me ha enseñado cómo se hacen los vestidos para Naymlap y para nosotros.

El airecito del atardecer, más prepotente que el matutino, revoloteaba los cabellos de todos los tripulantes. Sólo las pequeñas bandadas de aves o las solitarias águilas blancas lo contrarrestaban de vez en cuando. En la nave piloto Naymlap acababa de examinar un balde de agua y con el más sorprendente aplomo había indicado “Pitazofi: ¡Hemos llegado!. ¡Estamos frente a nuestro lugar!... ¡Ordena que acerquen las naves....!

# ¡EN LA TIERRA DE NAYMLAP!

Cuando Pitazofi arrió las velas de la nave, una alegría general se manifestó en la tripulación de todas las naves. ¡Por fin habían llegado a su amada tierra! A esta tierra que tanto la habían buscado entre amarguras y diversiones. Sólo un espíritu fuerte y sereno como el de Naymlap había mantenido unido a todo el grupo y ninguno osó siquiera flaquear, en la seguridad que el jefe llenaría su cometido. Esta tarde se conjugaba un pensamiento y se cristalizaba una idea que sólo Naymlap supo cómo se concibió y cómo se realizó.

Las balsas singlaban, por fin, a rumbo cierto hacia la recalada próxima. Más las olas que los remeros eran los que se acercaban a la playa. De pie, la mayoría permanecía lista para saltar a tierra. Algunos nadando pretendían ganar a las balsas. Una a una fueron parando las rústicas naves y de ella descendían con intensa emoción en pos de conocer el nuevo sitio.

Naymlap ordenó a Pitazofi que los congregara y, en primer lugar, los hiciera besar la “apeec”. Reunidos todos, Pitazofi les dijo: “Si no hubiéramos creído en Naymlap, seguramente nunca habiéramos llegado a nuestro destino. Pero como todos confiamos en él, nuestros dioses nos han dado estas tierras. Todavía no conocemos casi nada, ni sabemos qué será de nosotros. Pero tenemos que querer nuestra tierra porque aquí viviremos y vivirán nuestras esposas y nuestros hijos. Ahora, todos debemos besar con cariño a nuestra “apaec”. ..”

De lejos, Naymlap presenciaba esta emocionante escena. La

identificación de estos hombres, con su propia tierra era por demás conmovedora. A medida que seguía caminando hacia la cúspide de un pequeño cerro de arena, sendas ideas divagaban por su mente. En violenta retrospectiva desfilaron por su recuerdo casi todas las imágenes de esta osada aventura. Desde el alfa de su bella madre hasta el omega de la efervescencia del Ní.

Extasiado quedó ante la magnificencia de la naturaleza cuando llegó a la cúspide. Hacia el este, a más de media legua de la playa, veía una exuberante vegetación en cuyo seno serpenteaba un río que iba a desembocar casi junto donde ellos habían desembarcado. El pequeño perfil de la playa no parecía tan sinuoso como el que habían visto en la tierra de los esmeraldas. La playa recubierta de abundante arena seca constituía apreciada antesala de la vegetación que no distante de allí se prolongaba hasta las inmediaciones de una cadena de cerros. El clima le pareció agradable por su suavidad.

Al retornar Naymlap hacia los suyos tenía ya una idea precisa de la naturaleza del terreno. Los súbditos cambiaban impresiones, mientras el sol exhalaba el último de sus rayos.

—Pronto será de noche—dijo Naymlap, refiriéndose al grupo y cortando la algazara originada— así es que carguen todo hacia ese cerrito de arena y en un hueco grande que hay allí pasaremos la noche y esperaremos que el sol vuelva a salir.. . ¡Saquen las balsas afuera, porque se las puede llevar el Ní. . .“

Cargando sus bultos mientras las aguas del mar despedazadas en ínfimas olas lamían los pies de los tripulantes, quizás como postrer saludo, se dirigieron hacia el lugar referido.

Instantes después la noche había caído. Reposando

alrededor de una pequeña hoguera que consumía trozos de vegetales encontrados en la playa, algunos digerían alimentos, mientras otros bebían los últimos restos de chicha traída de Esmeraldas. Los exhaustos dormían a pierna suelta.

—¿Dónde está Naymlap? —preguntó Ceterni a Pitazofi.

—No sé, señora. Después que dió le orden para que viniéramos a este sitio no lo he vuelto a ver.

—Yo lo he visto, —intervino Cium.

—¿Dónde? —preguntaron casi al mismo tiempo Ceterni y Pitazofi.

—Se dirigió hacia el río Faquislánga.

— ¿El río Faquisllanga?. . . ¿cuál es ese río?, preguntó intrigado Pitazofi.

—Es ese que está allá cosi junto a las balsas.

— ¿Y cómo sabes que se llama Faquisllanga? —preguntó Ochocalo.

—Porque me lo dijo mi padre. Me dijo también que no lo acompañara, que quería ir solo y que nosotros descansáramos.

—Si Naymlap lo ha dicho, pues a descansar —dijo — Xam— y qué ganas tenemos de que salga el sol para conocer nuestra “apaec”.

— ¿Sabes una cosa?, —preguntó Ochocalo.

— ¿Qué? —inquirieron casi todos.

—Que aquí abundan los llangares.

— ¿Llangares?

—Sí, y son más grandes que los que comíamos en Kawillaca.

— ¿Y dónde los has visto?

—Allá junto a ese río que Cium llama Faquisllanga.. ¡Ah, ya sé, entonces porqué Naymlap lo ha llamado al río “Faquis.... llanga”.

— ¿Qué es eso que suena? —interrumpió Ciurn.

—Debe ser algún animal, dijo Pitazofi.

— ¿Pero los animales no duermen de noche?—preguntó Zolsdoñi.

—Claro que duermen ¿por qué?—expresó Kutichumbi.

—Porque éste está gritando hace rato y no duerme ni deja dormir.

—A lo mejor no es un animal —expresó Ochocalo.

—Si no qué ¿un llangar?, —dijo burlonamente Xam produciendo una carcajada general;

—Puede ser algún hombre que suena un pito. —dijo Ochocalo.

Miren el cielo —interrumpió: Xam— está “fac” (negro) y lleno de dioses. Cuando Naymlap nos deje, sus ojos se irán allá arriba y desde allí nos mirará y nos ayudará.

— ¿Quieres decir que esos que están en el cielo son ojos?

—Si, son ojos de todos los dioses. Nos miran de día y de

noche. Sólo que el sol no los deja mirar bien de día, pero cuando el sol cae en el mar ellos ven todo.

— ¿Saben una cosa? —volvió a interrumpir Cium volteándose de costado, --yo creo que aquí vamos a vivir bien, ¿no les parece?

Pues si. Por eso yo les decía que abundan los llangares y ¡uf! cuántas cosas más encontraremos, --expresó Ochocalo.

—Tú eres el más contento ¿verdad Ochocalo? —preguntó Pitazofi.

—Claro que soy el más feliz. Después de no haber tenido nada en las balsas, ahora tenemos bastante.

—! Shslt! ¡Shstt! Allí se acerca Naymlap —dijo Pitazofi.

El monarca se fue acercando con una antorcha en la mano. Al llegar junto a la pascana tiró el palo encendido sobre la casi expirante hoguera y se sentó sobre uno de los bultos que rodeaban al grupo. El nuevo alimento de la fogata aumentó el fuego iluminando en cada desliz los rostros de todos. La llegada de Naymlap, generalmente, era motivo de absoluto silencio. Junto a la confianza que en él habían depositado destacábase, con caracteres de ética sorprendente el respeto. Respeto no sólo a su persona sino hasta sus cosas y objetos particulares. Nadie osaba lanzar una frase sin antes observarle el rostro y entrever su estado de ánimo. Por cierto que era él quien, generalmente, daba la iniciativa e inspiraba confianza. Así los que se acercaban podían entregársele espiritualmente y exponer sus situaciones. Esta regla tenía, sin embargo, una excepción: Pitazofi. Quizá por ser el hombre de su mayor confianza o porque Naymlap veía en este gran marino a su seguro reemplazo y a un acierto en el cumplimiento de sus deberes; quizás por eso Pitazofi rompía la regla.

Naymlap luego de tomar asiento se quitó una hermosa túnica tejida con algodón pardo y solicitó que le dieran de beber chicha. Ninagentue fue el encargado de traer el líquido, portado en un depósito brillante, al parecer de oro, en el que dió de beber al “chec”. El monarca acercóse la vasija a sus labios y bebió largo. Hizo, no obstante, un paréntesis para comentar lo agradable del licor y enseguida dió cuenta de la diferencia; Al terminar se dirigió al grupo diciéndoles:

—Ya está todo arreglado para acampar... ¿Han visto nuestra “uc”? ¿Qué les ha perecido?

—Casi no lo hemos visto, chec, —aclaró Pitazofi.

— ¡Ah! Si. Es que hemos llegado cuando el sol caía —se explicó el monarca.

—Pero de eso estábamos hablando —terció Ochocalo.

— ¿Y qué dicen? —preguntó Naymlap.

—Que todo es maravilloso. Y aqui vamos vivir muy felices. Gracias a usted hemos podido llegar a este sitio.

—Chec ¿Esto es una isla? — pregunto Xam.

—Sí, es una isla.

— ¿Grande o pequeña?

—Es grande.

— ¿Más grande que la de los esmeraldas?

—Nó, no es más grande.

— ¿Es más chica?

—No, tampoco es más chica. Es la misma.

— ¿La misma? —inquirió Pitazofi levantándose bruscamente del sitio en que estaba acostado.

—Sí la misma.

—Pero entonces va a suceder como en Kawillaca que vamos a estar peleando con los de la misma isla, —replicó Ochocalo.

—No va a suceder eso ni vamos a pelear con nadie —aclaró Naymlap.

— ¿Pero cómo va a ser? —preguntó Pitazofi con voz casi desafiante.

—Muy facil. Fijense. Esta isla es muy grande. Tan grande que para ir de aquí a la tierra de los esmeraldas se necesitaría córrer durante muchas lunas. Lo mismo que para venir de allá. De modo que nosotros nunca veremos a los esmeraldas ni a nadie, ni ellos nos verán a nosotros.

Inadmisible resultaba la tesis del monarca. Ninguno podía concebir la existencia de una isla tan gigante como para que dos pueblos se encontraran y que para ir de un sitio a otro se necesitarían muchas lunas. ¿Cómo sería esta isla a la que ellos habían llegado? ¿Tan grande? “Yo he recorrido durante toda mi vida el Ní, pero nunca he visto islas gigantes”, pensaba Pitazofi, mientras miraba el estrellado cielo. “Mi padre viajó mucho. Y él me decía que el Ní estaba lleno de islas. Pero no me dijo que habían islas grandes. ¿Cómo será ésta? —meditaba Llapchillulli.

“Bien, dijo Naymlap, veo que casi todos están cansados. Descansen que cuando el sol salga tenemos mucho que hacer”.

Los súbditos trataron de cerrar sus párpados, pero en sus mentes sólo bullía con mayor intensidad la idea de que amaneciera para despejar su doble incógnita. Primero la belleza y fecundidad que comentaban todos y, segundo, el increíble tamaño de la isla relatado por el monarca. Por, encima de esta aparente y enmarañada polémica, la noche siguió avanzando.

# EL TEMPLO DE LLAMPALLEC

La algarabía de las aves que surcaban el espacio desde la madrugada pusieron en pie a todos los inmigrantes. Preocupación inicial fue envolver nuevamente sus atos para dirigirse donde Naymlap indicara la ubicación. En esta actividad los sorprendieron los primeros rayos solares.

— ¡Allá hay árboles! ¡Miren! —dijo señalando con su índice Xam.

— ¡Chuchuy, cuántos! —exclamó Ninagentue—, vean esas aves ¡Qué blancas!

—Yo si que estoy feliz —intervino Ochocalo—fjense: bastante llangares, bastantes aves, bastantes árboles. ¡Uuff! Mi cocina va a estar llena de todo.

—Miren lo que traigo —dijo Pitazofi mostrando una canasta llena de productos vegetales.

— ¿Qué son? —preguntó Ochocalo.

—Son vegetales marinos y abajo traigo chuchas y mantas

— ¿Y esas plantitas se comen? —inquirió Xam

— ¡Claro que se comen! ¿Quieres probar un poco? ¡Agarra. .! ¡Agarra más...!

Al coger Xam un puñado de estas plantitas casi todos lo

imitaron. Mientras masticaba comentando el cierto sabor salado de las hierbas, el monarca llamó a Pitazofi y le dijo:

— ¿Dónde está mi hijo Cium?

—En la playa, Señor. Está juntando llangares.

—Dile que quiero hablarle y luego llevas a toda la gente hacia ese cerro.

— ¿Cuál cerro? ¿El que está junto al árbolito o el otro?

—El que está junto al árbolito. Los llevas allí y que me esperen.

—Pitazofi fue corriendo, de un lado a otro, indicando la disposición de. Naymlap. Recomendaba, asimismo, que avisaran a todos la orden y que fueran prestos el sitio referido. Luego, en veloz carrera llegó hasta la cima de una peña marina y comunicó a Cium la orden de su padre.

Desde los diversos puntos en que se encontraban, los súbditos empezaron a concurrir hacia el cerro indicado. Por la forma de caminar, por los gestos y ademanes, por sus gritos y expresiones se podría deducir la honda emoción que los embargaba.

— ¿Me llamabas, padre? —preguntó Cium.

—Sí hijo, ven acá.

— ¿Dónde estabas? —inquirió Ceterni que estaba junto a Naymlap.

—Cogiendo llangares.

— ¡Ah! Es que Zolsdoñi te buscaba— explicó la reina madre.

—Cium, tengo que decirte algo.

—Sí padre,

—Allá en esa prominencia de tierra voy a levantar el templo de Llampallec.

— ¿Állí en ese cerro donde está la gente?

—Sí allí. El templo se llamará Chot y en él vivirá Llampallec. Escucha bien lo que voy a decirte: cuando yo me vaya a reunir con los dioses tendrás que gobernar tu. Y cuando tu desaparezcas gobenarán tus hijos. Asi nuestra raza no morirá jamás.

—Pero padre.....

— ¿Tienes algo que decir?

—Tú me dijiste que yo iba a casarme con Zolsdoñi.

—Si, así será. El matrimonio lo haremos en la primera luna.

—Si, si pero es que yo había pensado buscar tambien mi propia tierra y por eso ordené que las balsas no las destruyeran. Sólo esperaba tu orden para partir.

—Tus sueños sor muy bellos, hijo pero tú tienes que cumplir una misión que ya está trazada. Más que de mí, es de tí de quien depende la grandeza de este pueblo. Y no soy yo lo ha impuesto sino los dioses.

—Haré lo que tu digas, padre —respondió Cium con el rostro bajo.

—Algo más, hijo. Hoy voy a colocar la imagen de Llampallec en el templo de Chot y nadie debe moverlo de ese sitio. El que pretenda moverlo sufrirá el castigo de los dioses. La ira de todos nosotros se desencadenará sobre ese osado. Haz siempre presente eso.

—Sí padre.

—Antes de ir para allá recuerda esto: este pueblo de Llampallec será lo que tu quieras. Si tu deseas será un pueblo grande y trabajador, sino sólo será un pueblo miserable y lleno de plagas y pronto desaparecerá.... Bien, ahora vamos hacia ellos.

—¡Naymlap! ¿Cuál es mi misión?—preguntó Ceterni mientras caminaban por la arena.

—Lo que tu tienes que hacer es enseñarle a las mujeres a cocinar, a lavar, a cultivar, las tierras y a que sus hijos no olviden a nuestros dioses.

Desde lejos se percibía el barullo del pequeño gentío. Ubicados en un recodo frente el mar cambiaban ideas sobre el destino que les aguardaba. El montículo de tierra dura no era tan alto, apenas llegaba a los 20 o 25 metros en su cúspide. Desde su cima se dominaba gran parte del valle y otro tanto del Ní. Por lo demás no había cuidado que las aguas del mar llegaran hasta él porque la distancia y la altura lo impedían. El cerro aparecía como un enlace entre la exuberante vegetación y la aridez de la playa. El rey y su familia llegaron junto al anda que cuidaba Nina Colla y se apostó en ella. Delante de él colocó la glauca estatua que brillaba en contacto con los rayos solares. Cuatro hombres levantaron el anda y caminaron siguiendo a Nina Colla que dirigía la ruta. Tras el anda, Ceterni y Cium caminaban descalzos enterrando, de vez en cuando, sus dedos en la arena.

Al acercarse la comitiva se oyó un prolongado sonido musical de requiebros diferentes que brotaban del caracol marino cuya función estaba a cargo de Pitazofi. La gente tras de imponer silencio se inclinaba en reverencia inaudita balbuceando: “Llampallec!... ¡Llampallec!. . . ¡ ¡Llampallec!

Los portadores del anda dejáronla sobre el suelo y Naymlap cogiendo el ídolo se puso de pie. Llapchillulli arreglaba sobre las espaldas del jefe la vistosa clámide cuyos adornos de joyas y plumas resaltaban vistosamente, especialmente sobre la lana de color amarillo fuerte, con anchos flecos de lo mismo en rojo casi “pompeyano”. Naymlap salió del anda y empezó a caminar dirigiéndose hacia un pequeño morro anexo al cerro; por delante Fengasigde rociaba polvos de conchas marinas en el suelo que luego pisaría el monarca. Al llegar el morro, Pitazofi gritó: “¡Levantaos!.....¡Naymlap os va a hablar!. . ¡Levantaos!”

Pitazofi se había colocado junto al morro y desde allí impartía las directivas. Hecho singular constituía, sin embargo, la vestimenta que portaba en esta ceremonia el vigoroso marino. Mostraba su rostro circundado por una toca con pliegues en incidencia (estilización de los rayos del sol o de la luna) que le cubría las orejas y parte alta de la cabeza, vestía un “unku” (calzón corto) sencillo sin más adorno que una cuerda que rodeándole la espalda caía por delante a la manera de una estola.

—Mis queridos súbditos. En este cerro levantaremos el templo sagrado “Chotoni” en el que colocaremos al ídolo de Llampallec. Gracias a nuestro dios hemos podido llegar a estas tierras. Y por eso todos debemos adorarle siempre. Primero levantaremos el templo y luego construiremos nuestras viviendas aquí cerca. Este será nuestro pueblo y nos ayudaremos los unos a los otros. Cuando yo me vaya

e reunir con los dioses entonces gobernará mi hijo Chimu; cuando él desaparezca gobernarán sus hermanos o sus hijos. Todos estais obligados a obedecerles y a cumplir sus órdenes. Esto que veis en mis manos --dijo mostrando la efigie: es Llampallec. Vuestro dios. Postraos de rodillas y gritadle con todas vuestras fuerzas: ¡Llampallec! ¡Mi dios Llampallec!.. ¡Llampallec!.....

Al indicar esto el pueblo pronunció en alta voz las invocaciones religiosas. Naymlap colocó, luego, la estatua sobre una manta tendida en el morro y bajó a disponer la forma en que se debía edificar el templo.

—Ustedes, dijo Pitazofi a cuatro hombres, van a cortar ramas de los árboles, las pelan y las traen para acá.... Ustedes, dijo a otros dos, preparen el barro, pero con agua del río Faquisllange; no usen agua del NI.....Todos ustedes, dijo a otro grupo, a limpiar esta parte del suelo porque aquí se va a levantar el templo Chotoni; quiten las piedras, los palos y esos huesos de aves. Cuando terminen hagan una zanja con estos palos....

—Pitazofi —gritó Naymlap— no sé si has entendido perfectamente lo que te dije el otro día.

—¿Sobre qué señor?

—Sobre el templo de Chotoni. La puerta de entrada debe mirar hacia el Ní, es decir, hacia donde muere el sol porque al otro lado del cerro es donde hay que enterrar a los muertos o sea mirando hacia donde nace el Sol.

—¿Señor y por qué hay que enterrar a los muertos mirando hacia donde nace el Sol?

—Porque cuando el Sol nace es más fuerte y da vida a todo. Si los muertos se entierran en el lado en que muere el Sol entonces no reciben fuerzas y son devorados por los dioses malignos.

—¿Por los dioses malignos? ¿Cuáles?

—Debe saber que no todos los dioses son buenos. Hay también malos. Están esperando que nos descuidemos para hacernos daño. Y cuando morimos quieren devorarnos, nuestro padre el Sol con sus rayos nos protege.

—¿De cuántas piezas va a ser el templo?

—Primero sólo haremos tres. Una para Llarnpellec, otra para el sacerdote que lo cuidará y la otra para el pueblo que lo adorará.

—¿Y las casas para vivir?

—Hay que construirlas en esa parte que es un poquito alta. Que no las hagan cerca el río porque a veces el Faquisllanga se encoleriza y sus aguas se salen.

—¿Y la casa para Ud?

—Esa la voy a hacer con Cium —dijo mientras se alejaba

—¿Señor, podemos salir de pesca antes que caiga Sol?  
—preguntó Pitazofi casi deteniéndolo.

—Si no están cansados, es decir, si tienen fuerzas después de todo este trabajo claro que pueden ir.

Pitazofi volvió junto a los que trabajaban en el templo con la intención de orientarlos e infundirles ánimo. En una colmena se había convertido todo esto. Trabajo por todos lados. Por un lado

se veían troncos y ramas en abundancia, listos para ser usados y por otro adobes odontiformes secando para la edificación. Preparando el barro, cargando agua del río, abriendo zanjas, botando tierra, etc. Tales eran las principales actividades del momento. No lejos de allí diversas cocinas improvisadas calentaban los alimentos que las mujeres habían preparado apresuradamente. El humo que se desprendía de las cocinas de leña, desgarraba lágrimas a los que usaban como aposento los alrededores de las hogueras.

Así había pasado el Sol de mediodía y los hombres volteadó la primera faena de trabajo. Después de haberse bañado, unos en el Faquisllanga y otros en el NI, acudieron en busca de alimentos. Pronto las cocineras hicieron desfilar las presas y demás succulentos platos.

Horas después Pitazofi y un pequeño grupo de marinos se hacían a la mar en una balsa en pos de sus deseados peces.

# CIUM Y ZOLSDOÑI

—¡Qué gorda está la Luna! —dijo Lelé un esmeraldeño, mientras pelaba un fornido animal que pronto iba a ser devorado como plato de boda.

—Más que gorda, está hermosa —aclaró Ochocalo— y fíjense que rápido que camina.

—Es que se apura porque, pronto aparecerá el Sol —expresó Xam que estaba preparando pastas para untar el rostro de los novios.

— ¿Y qué pasa si el Sol la alcanza? —indagó Lelé.

—Se ponen a pelear y en su lucha también nos castigan a nosotros—aclaró Ochocalo.

— ¿Han peleado alguna vez? —preguntó Xam.

—Sí han peleado, —contestó Lelé— porque los viejos de esmeraldas contaban haber visto.

— ¿Y cómo ha sido eso?

—Dicen que el Sol le tiraba candela y la “Shi” le tiraba agua. Al final ganó la Luna, pero cayó tanta agua que mucha gente se ahogó y murió.

—También dicen que la Luna es la diosa de los que se casan ¿no?—preguntó Xam.

—Bueno, eso sí. Porque la Luna les dá de comer, los ayuda y, además, les manda los hijos, —explicó Ochocalo.

—En Esmeraldas no es la Luna —aclaró Lelé

— ¿Quién es? — preguntó Ochocalo.

—Es la diosa Umiñe; una diosa venida de las selvas. Ella siempre está preñada, por eso le piden hijos y comida para alimentarlos..... Y diganme por qué se casan aquí antes de que salga el Sol?.

—No se casan antes de que salga el Sol, sino antes de que se oculte la Luna --dijo Ochocalo.

—¿Y por qué? —insistió Lelé.

—Porque así la Luna los vé, los acompaña y los protege de todos los males de la noche.

— ¿Qué males?

—Los que andan por las noches.

Tódos los regnícolas desplegaban intensa actividad. Preparando la chicha con maíz blanco, desplumando las aves, pelando los animales salvajes, cortando las yucas, los camotes o quitando las escamas al pescado, cada uno cumplía con su misión encargada. No obstante que la madrugada aún estaba comenzando, largo rato hacía que todos trabajaban con la claridad que la Luna ofrecía.

Algunas mascullaban las salomes que solían interpretar en el Ní; canciones éstas de ambiente kawillaquense. Otros tarareaban canciones oídas en Carangues o Esmeraldas. En todo caso se advertía la

honda emoción que los embargaba. Emoción más que por la fiesta, por el primer matrimonio que se iba a realizar en estas tierras.

Si los que no iban a casarse estaban emocionados, lógico es que los contrayentes lo estuvieran aún más. Zolsdoñi recostada sobre una tarima observaba a través de una ventana los movimientos de la Luna; parecía querer preguntarle sobre el camino que iba emprender dentro de algunos instantes. Qué responsabilidad se adquiriría desposándose con un príncipe. El coloso astro sobrado e indiferente sólo atinaba a jugar a las escondidas entre las tupidas nubes.

¡Cuánto habría deseado esta princesa que sus padres presenciaran la ceremonia nupcial! Uno de los actos más importantes de su vida. Como toda mujer, se sentía feliz; pero una felicidad matizada de cierto temor por su nueva condición. Zolsdoñi se sentía feliz. Estaba feliz. Kutichumbi veía esa felicidad reflejada en el rostro de su hermana. Se lo podría haber dicho pero prefería no perturbarla o interrumpir su fantasía. La dejaba soñar con los ojos abiertos. De uno de los rincones de la rústica choza se consolaba con mirarla. Con admirarla. Admiraba su rostro, bello por cierto; admiraba su larga cabellera que en algo la hacía evocar a su desaparecida madre; sea porque ella las peinaba o porque la cabellera de su pelo también era similar. Zolsdoñi seguía, ensimismada. Inclina la cabeza sobre el hombro y sus ojos almendrados brillaban orgullosos mientras miraba a la Luna.

La quietud se habría prolongado por más tiempo, si Ceterni no la rompe. La presencia de la reina, por largo tiempo su propia madre, despertó de su letargo sentimental a la novia; Zolsdoñi se levantó del lecho sentándose con cierta timidez.

—Ya te puedes preparar, hija —díjole Ceterni.

—Ya casi estoy preparada, —respondió con delicada y tierna voz la novia-- sólo me faltan las zandalias y los collares.

—También te falta el turbante —aclaró la reina.

— ¡Ah! ¡Sí!

—Zolsdoñi ¿estás contenta? ¿te sientes feliz?

Sí madre..... Estoy muy contenta... ¿Cómo no voy a estarlo?  
—contestó Zolsdoñi mientras le corrían por sus mejillas lágrimas de emoción.

—Antes de que salgas quiero decirte algo... Si tus padres vivieran, estoy segura que estarían felices de unir tu sangre con la nuestra... Eres casi como una hija para mí. Te he criado y enseñado cómo debe portarse toda mujer. Por eso no me preocupa tu futuro. Pero tu matrimonio es algo especial. Vas a casarte con el hijo de un gobernante y cuando Naymlap y yo nos vayamos, Cium y tú gobernarán.

—En eso justamente pensaba —interrumpió Zolsdoñi y ello me causaba cierto temor, pero sabré cumplir con mi deber.

—Otra cosa, hija mía, según el designio de nuestros dioses tu eres la primera esposa de Cium y sólo tus hijos podrán gobernar este lugar. Cium puede tener las esposas que quiera, esto también lo disponen los dioses, pero tú reinarás y sólo tus hijos serán los que gobernarán.

—Todo eso lo sé, madre...

—Bien, ahora voy a terminar de vestirte. . . ¡Kutichumbi: alcánzame el turbante y los collares!.... ¡Zolsdoñi: siéntate bien para arreglarte! Este turbante lo usé yo y quiero que tu también lo uses....

Bastante cuidado ponía le reina madre en adornar a su hija adoptiva. Pese a que no la había concebido en sus entrañas la consideraba suya. Tan suya como al propio Cium. Revisaba, por múltiples veces, cada admínículo que le engarzaba en los vestidos y epilógó su obra colocándole bellas flores junto a sus sienes. “Ahora si, dijo, estás bien arreglada. Vamos que nos están esperando.

La Luna, el parecer consciente del papel que le tocaba desempeñar, había dejado de esconderse entre las nubes. Los rayos del astro daban claridad al acto. Reina y novia traspusieron el dintel de la habitación y ante la luminosidad del astro pudieron palpar la realidad que constituía este escenario. Naymlap, Cium y todo el séquito apostados junto a una vieja vasija de barro aguardaban la llegada de la novia; Zolsdoñi, resplandeciente de belleza, ante la mirada atónita de la concurrencia, fue acercándose al desposorio cogida del brazo de Ceterni. Tras ellas Kutichumbi y otras jóvenes portaban ramos de flores.

Hasta antes de esta noche nadie había advertido en la hombría de Cium. Bien plantado, con las manos en la cintura, sacaba a relucir la imponencia de sus músculos cuya evidencia era más ostensible en los brazos, el pecho y las piernas. Su cabeza estaba adornada con una guirnalda de follaje aromático y como vestimenta llevaba un pantalón corto que apenas alcanzaba la altura de la rodilla. En los brazos portaba brazaletes de metal y en las piernas un par de canilleras de cuero. Su rostro pintarrajeado con grecas magistralmente trazadas dábanle un aspecto diferente a su faz normal. Con la mano derecha asió el cetro que su padre le alcanzó, lo que significaba su realeza. Naymlap argumentaba que tal cetro se lo habían proporcionado los dioses para castigar a todo humano que se resistiera a su voluntad; castigo que, sin embargo, jamás se había aplicado.

El monarca dió comienzo a la ceremonia levantando los brazos en alto invocando la protección de “Shi”. Dos o tres reverencias después se detuvo y le hizo una seña a cierto personaje raramente vestido el mismo que empezó a bailar. Mientras el tipo bailaba, los que rodeaban a la pareja de novios empezaron a alejarse lentamente de ellos; bajo la nítida claridad de la Luna, Cium y Zolsdoñi se erguían magistralmente. Delante de ellos, el danzarin representaba la vida con sus requiebros, a veces placer y abundancia y otras miseria y angustia. Así sería, en adelante, la vida de ellos; con el atenuante que él podía tener muchas esposas más, pero ella estaba obligada a ser propiedad exclusiva del esposo, salvo que deseara exponerse a los castigos del adulterio.

Concluida la danza, muy ilustrativa o significativa, Naymlap se acercó a los jóvenes esposos y les dijo: que se sentaran en el suelo, luego los cubrió con una manta, dejando al descubierto sólo sus cráneos y empezó a hablar: “Desde hoy viviréis bajo un mismo techo. Tu Zolsdoñi estarás siempre protegida por Cium. Y tu Cium estarás siempre servido por Zolsdoñi. Nuestro dios “Shi” los protegerá en todo momento y les dará hijos hasta cuando quieran. Ahora párense... Tu Zolsdoñi camina y trae esa olla que ves allí (señaló un utensilio que estaba junto a Ochocalo).. dale un trago, para que beba, a Cium y que luego se lo escupa a la Luna (Cium cumplió lo ordenado)... y entréga la olla a Zolsdoñi para que haga lo mismo.... En esa olla se ha cocinado la yerba eterna...”

Al terminar Zolsdoñi lo dispuesto, Naymlap fue junto a ellos, se colocó entre ambos, les puso las manos sobre sus hombros y gritó con todas sus fuerzas: “Amigos míos: Cium y Zolsdoñi ya son esposos. Cuando ellos gobiernen obedézcanles como lo han hecho conmigo.

. Y ahora que comience la fiesta”. Una gritería terrible se produjo al concluir las frases de Naymlap. Casi, todos corrieron a rodear a los recién casados. Ceterni y Kutichumbi lloraban emocionadamente. La Luna se había escondido tras una nube y la claridad del alba anunciaba que en breve estarían en tierra los primeros rayos solares.

La fiesta se inició con gran alborozo. La parte musical la sostenían tres flautas y varios tambores arrojando al viento notas de un ritmo romántico o de una melodía épica casi siempre marina. Ochocalo distribuía la comida, destacando los succulentos platos que servía para el jefe y su familia. Ninagentue dirigía el desfile de las vasijas de chicha, cuya espuma despertaban la sed al menos abstemio.

Comida, bebida.... Más comida y más bebida.... Así fueron pasando las horas del día. Pitazofi se acercó a Cium y le dijo: “Señor; allá en ese cerro está la casa donde Ud. y Zoisdoñi deben vivir algunos días. Naymlap ha ordenado que es hora de partir. Allá hay alimentos para varias Lunas.

Cium se puso de pié, cogió de la mano a su esposa y ascendió hacia su morada. Todos los rostros los miraban hasta que se perdieron de vista. Acá siguió la fiesta.



# LA SEQUÍA

—Ya no hay nada de agua en el Faquisllanga, —dijo Kutichurnbi a un grupo que comentaba sobre lo mismo.

— ¿Ya se acabó el “pocito” que había ayer? —le preguntó Pitazofi.

—Sí.

—Claro que tenía que acabarse, —intervino Nina Colla es que han sacado para beber y preparar la chicha.

—Ochocalo y otros más se han ido río arriba en busca de agua. Dicen que por allá hay un pozo bien grande, —explicó Llapchillulli.

— ¿Cuándo se han ido?, —preguntó Pitazofi.

—Desde ayer.

— ¿Entonces no han dormido aquí?

—No... ellos han llevado, vasijas para traer agua, y también creen que el agua se ha detenido.

— ¿Se ha detenido?, —preguntó admirada Kutichunbi.

—Sí, --aclaró Llapchillulli— porque Ochocalo nos contó una historia que le contaron a él unos navegantes.

— ¿Qué dice la historia?

—Dice que en un lugar vivía una hermosa princesa llamada Choque Suso. Tenía un jardín donde sembraba flores y maíz. Un dios malo llamado Pariacaca se antojó de ella y viendo que cuidaba mucho su jardín, le detuvo el agua más arriba. Choque Suso lloraba de pena porque su maíz iba a secarse y no sabía cómo salvarlo. Entonces se le apareció Pariacaca y le propuso que él le daría todo el el agua que quisiera siempre que ella dejara hacerla su mujer. Choque Suso, después de mucha dubitación, aceptó y Pariacaca ordenó a sus animales salvajes que quitaran el obstáculo y dejaran pasar el agua. Los maizales se salvaron. Choque Suso cumplió su promesa, pero Pariacaca después que la hizo suya la convirtió en piedra para que no fuera de nadie más.

—Muy bonita la historia, —comentó Kjatichumbi—, ¿por eso creen que alguien, ha detenido el agua? Pero aquí no hay, ninguna Princesa bonita.

—Pero si tenemos maíz sembrado, yucas, camotes, paltas, chirimoyas y otras cosas, —explicó Llapchillulli.

— ¿Entonces quién nos quiere hacer el daño? —preguntó Kutichumbi.

—No sabemos —aclaró Llapchillulli— además Naymlap siempre nos ha dicho que hay dioses buenos y dioses malos y que debemos cuidarnos de éstos.

— ¿Y Naymlap dónde está? —inquirió Kutichurnbi.

—Ha ido con Cium a ver la manera de encontrar agua —aclaró Pitazofi.

— ¡Miren! Todos van corriendo hacia el Faquisllanga, —interrumpió Llapchillulli— ¿qué habrá pasado?

—No sé... ¡Corramos nosotros también! —sugirió Kutichumbi

En veloz carrera sobre la arena ardiente llegaron al seco Faquisllanga. Bajo la sombra de un algarrobo se fueron congregando en espera de los que habían ido a explorar y que ya se iban acercando. Cuando estuvieron cerca los rodearon inmediatamente. El primero en explicar los resultados de su incursión fue Ochocalo quien, para ello, se sentó en un tronco tirado bajo la sombra del algarrobo; sus aceleradas respiraciones, consecuencia del cansancio, trataba de contenerlas para expresarse con mayor claridad. “Esta es toda la “lá” que hemos encontrado”, empezó diciendo mientras señalaba los depósitos que habían llevado.

— ¿Encontraron algún pozo? —interrumpió, Pitazofi. . .

—Sí, un pozo pequeñito y después de haber caminado día y noche. Hemos llegado hasta donde habían unos cerros bien grandes y de allí nos hemos regresado. El camino es malo.

— ¿Y el Faquisllanga llega hasta esos cerros? —indagó Nina Colla.

—Sí, entre esos cerros se pierde. Pero hay una cosa que no sabemos... Y es que el Faquisllanga por allá es más ancho y más hondo pero todo está seco.....

¡Entonces no hay agua! —se afirmó asimismo Llapchillulli moviendo negativamente la cabeza.

—Ahora, vayamos donde Naymlap para que le cuentes todo, —dijo Pitezofi a Ochocalo.

—Pero Naymlap no está —interrumpió Nina Colla.

—¡Ya volvió! —aclaró Pitazofi.

Ochocalo y sus compañeros que habían permanecido sentados se pusieron de pie y junto con los demás se encaminaron hacia la morada del “cheč”.

Naymlap, Cium y dos viejos ancianos salieron a recibirlos. Ante ellos Ochocalo volvió a repetir las incidencias de su expedición. El problema se tornaba agudo, más de lo que todos habían pensado. Esta conclusión la conocía perfectamente el monarca. Por un lado, los sembríos estaban, a punto de secarse y, por otro, la escasez del líquido elemento podría originar hasta la muerte en esta población. Naymlap, luego de escuchar el informe de Ochocalo, se sentó en un tronco y todos los presentes también se aposentaron. No dejaba de reflejarse en el rostro del jefe la honda preocupación que lo embargaba y que lo deprimía notoriamente. Esta preocupación abarcaba también a todos los regnícolas, con la diferencia que la mayor responsabilidad la cargaba Naymlap. Por supuesto que él pensaba salir airoso de este nuevo trance.

Pitazofi rompió el silencio de meditación: “¿Recuerdan Uds. cuando faltó agua en el Ní? Esa vez supimos encontrar solución y eso que estábamos en el mar... Si esa vez supimos salir sanos, creó qué ahora también saldremos...¿Por que vamos a estar tristes?

—Es que esa vez —dijo Ochocalo— sólo nos faltaba agua para beber. Pero ahora nos falta para las plantas y para nosotros. Y si traemos peces y los pisamos, para sacarles agua, esa no será suficiente.

—No, he pensado yo eso. Lo que quiero decir es que no

estemos tristes y que debemos hacer algo –aclaro Pitazofi.

— ¿Peró hacer qué... . qué cosa? –preguntó Ochocalo.

—Eso es lo que estamos buscando... eso...

Volvieron a caer en el silencio mientras la mente de cada cual trabajaba arduosamente en pos de la solución de esta aguda incógnita. Unos con la mirada clavada en la tierra como si quisieran hacer un pozo profundo y extraer el agua, y otros observando el horizonte que se perdía entre una lomas, trataban de aportar una idea factible que les aliviara inmediatamente. Naymlap se levantó del grupo y antes de retirarse explicó que esta noche se reunían los ancianos para resolver, de una vez por todas, este problema de la ausencia de agua. Los demás no contestaron y muchos de ellos hasta pensaron que la reunión de los ancianos en nada mejoraría la tirante situación.

Al mediar la noche era pavorosa la situación de los hijos de Llampallec. En la playa, regados en eterno descanso, grupos de animales marinos permanecían muertos despidiendo fétidos olores que llegaban a corromper a la misma brisa. Estos animales habían muerto de sed.

Casi toda la población había preferido dormir en la puerta de sus chozas, con la esperanza de que el agua llegaría y sentirla inmediatamente. Rostros de angustia; expresiones de tristeza, gestos de desesperación, esto y mucho más caracterizaban a estas gentes. Sus labios secos los humedecían, de vez en cuando, con su escasa saliva que aún conservaban. Sólo una fogata permanecía encendida y alrededor de esa lumbre varias personas debatían el problema que los martirizaba. Presidía esta reunión Naymlap quien con los ancianos que lo rodeaban parecían haber llegado ya a una conclusión.

— ¿Y cuándo se hará esto? —preguntó uno de los ancianos que asistía a la reunión.

Hoy mismo antes de que salga el Sol —explicó Naymlap.

— ¿Hay balsas?, --inquirió otro.

—Sí... Sólo necesitaremos dos.... uno para ella y otra para nosotros... Ahora, váyanse y preparense para salir muy temprano.

Uno a uno se fueron retirando los viejecitos. El leve viento atinaba a sacudir la manta que los cubría y los hacía acelerar su achacoso caminar. Naymlap parado frente a la lumbre contemplaba cómo las lenguas de fuego lamían la leña en asombrosa rapidez. De pronto el monarca se abrigó, bien con la manta y se dirigió hacia su morada. Al llegar a ella advirtió que Ceterni lo estaba aguardando.

— ¿Qué han pensado hacer? —preguntó Ceterni.

Naymlap pareció no haber escuchado la pregunta. Estaba ido o parecía estarlo. Se paró en la puerta y empezó a mirar por donde debía nacer el Sol.

— ¿Qué han pensado hacer? —insistió Ceterni con voz más imponente.

—Algo muy grave —respondió con voz queda Naymlap.

— ¿Muy grave? ¿qué es? —insistió Ceterni más intrigada que nunca.

—Si, es algo muy grave..... Tenemos que sacrificar a alguien para que la diosa “Shi” nos mande agua.

— ¿Sacrificar a alguien? —volvió a preguntar casi aterrorizada la esposa de Naymlap.

—Al sacrificar a alguien, tiene que ser de la familia real y para que el sacrificio no falle es mejor sacrificar una princesa.

—Sí pero nosotros no tenemos hijas mujeres —aclaró ella.

—No, pero tenemos una que es casi nuestra hija.

— ¿Cómo dices?

—Me refiero a Kutichumbi. Es a ella a quien tenemos que sacrificar... Tú sabes que ella es aquí aceptada como una hija nuestra.

Al oír la confesión del monarca, Ceterni no pudo pronunciar palabra alguna. Se había quedado impávida. Sus labios temblaban exageradamente y de sus ojos brotaban abundantes lágrimas. Naymlap la abrazó tratando de calmarla y hacerle ver que la decisión era justa. Que más vale sacrificar a uno, antes que murieran todos. La cosa llegó a su éxtasis cuando Naymlap advirtió a Ceterni que sería ella quien debía comunicar la decisión a Kutichumbi y, además, quien debía vestirla para la ceremonia trágica. Al salir Naymlap de la choza, Ceterni lloraba desesperadamente. Buen problema le había planteado.



# EL SACRIFICIO DE KUTICHUMBI

El penetrante frío que venía del mar, en las noches oscuras, hacía tiritar a todas las personas. Las que aguardaban la llegada del agua, en las puertas de sus casas, se protegían con gruesas mantas. Todos dormían. Unos de tanto esperar y otros, Ochocalo y sus compañeros, de tanto haber caminado. Sólo Ceterni arropada con una manta fina, hecha de lana, permanecía de pié dispuesta a encaminarse hacia el aposento de Kutichumbi. Al cruzar la pequeña pampita de arena, un fuerte aírecito la hizo arrojarse más y apurar el paso. Penetró en la choza donde dormían varias doncellas y entre el grupo divisó a Kutichumbi durmiendo plácidamente. Sigilosamente se deslizó hasta ella y moviéndola de los pies trató de despertarla. Kutichumbi se sentó inmediatamente alarmada por esta brusquedad. La reina madre con voz sumamente baja trató de identificarse y explicarle que deseaba hablar con ella. Ceterni tuvo que repetir varias veces su identificación y su deseo, hasta que el pesado sueño de la dóncella se hubo esfumado. Luego la joven se levantó y abrigándose bien salió con la esposa de Naymlap.

Largo rato hacía que Kutichumbi se había sentado sobre una jerga y su madre adoptiva no pronunciaba palabra. “¡Madre! ¿Para qué me has despertado?” preguntaba con voz suave y delicada la bella princesa. Ceterni vivía unos instantes de profunda desesperación, su tierno corazón maternal le impedía balbucear siquiera algo. Sus manos las frotaba una contra otra y sus labios los mordía y remordía fuertemente como si con ello amenguara la triste amargura ¿Que madre es capaz de

anunciar la muerte a su hija, por más que se trate de salvar a una nación? Kutichumbi en verdad, no era su hija. Pero a veces no es madre quien trae al mundo un niño sino quien lo cría. Y este era el caso de Ceterni frente a Kutichumbi. La reina madre sabía que indefectiblemente tenía que contarle la realidad, pero aún así no sabía cómo.

—¿Qué te pasa madre? ¿Por qué lloras? —insistía la doncella también a punto de derramar lágrimas... Te conozco muchos años, pero nunca he visto que te has portado como hoy... Dime madre ¿qué te pasa?... ¿por qué me has levantado?... ¿qué tienes?.. .

Ceterni que hasta ese momento había permanecido con la mirada absorta en la oscuridad de la noche, volteó lentamente y cogiendo de los hombros a su adoptiva hija, le dijo con voz trémula y sollozante.

—Los dioses te han designado para que seas tu quien salve a este pueblo de la falta de agua.

— ¿Yo? preguntó admirada la hermosa muchacha abriendo tamaños ojos... No veo cómo.

— ¿Tu quisieras hacerlo? ¿Tendrias valor para hacerlo?

—Si los dioses me han designado para que sea yo, creo que debo obedecer su mandato. Pero por eso, no vas a llorar...

—Es que no sabes lo que tienes que hacer —dijo con voz quebrada por el inmenso dolor y con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué es lo que tengo que hacer?... ¡Dime!o, madre!... ¿Qué es lo que tengo que hacer?... ¡Dimelo pronto!.. . ¡Pronto! —clamó angustiadísima la joven.

— ¡Morir!.. . ¡Si, hija, morir, moorir. . . —dijo lentamente la reina madre con la mirada fija en sus puños que apretaba , para luego estallar, de furia y gritos de llanto... ¡Tienes que morir!... ¡Morir!...

La muchacha tuvo que cogerse de un horcón para evitar rodar por el suelo. La noticia la había dejado lívida. Sus piernas, sus manos, sus labios, todo su cuerpo temblaba...Su mirada ida y su palidez, en nada opacaban su deslumbrante belleza. Cuando su madre había comenzado a decirle que era la designada para salvar a su pueblo, no se explicaba la desesperación que exhibía la reina madre. Por un instante comprendió que habían hecho bien los dioses en designarla. Se iba a convertir en heroína, quizás en diosa, a cambio de traer agua. Todo magnífico, pero cuando le agregaron la última parte de la noticia, una rara sensación, había avasallado su cerebro. ¡Morir! ¿Por qué morir? ¿Por qué tiene que morir la gente? ¿Y por qué la habían escogido a ella siendo tan joven? Y justamente para morir, ¿Y después de todo, cómo iba a morir?...Yo sólo he visto morir a una persona, pensaba Kutichumbi, fue Llapchillulli. ... Si, el viejo Llapchillulli, fue aquella vez que me salvó la vida cuando estuve a punto de ahogarme en ese barro... ¡Fué horroroso!. . . El me salvó la vida. . . Ahora soy yo quien tiene que morir para salvar la vida de los demás.. ¡Así lo mandan los dioses! ... Esa vez murió Llapchillulli para salvarme. Ahora muero yo para salvar a los demás ¿Por qué no voy a poder hacerlo? ¡Tengo que hacerlo! ¡Lo haré! ¡Lo haré con gusto! Salvaré la vida de mi madre de mi padre de mis hermanos, del hijo de Llapchillulli.... Yó les salvaré la vida.”

La noche había consumido gran parte de su asignación en el tiempo. Madre e hija por largo rato se habían enfrascado en un silencio profundo Ninguna palabra más se habían cruzado después de la funesta anunciacion. Sentadas, una frente a la otra, sólo

atinaban a meditar. Miedo tenían de pronunciar algo, como si con ello temieran desencadenar una eclosión sentimental. La noche seguía consumiéndose. Esto preocupaba más a Ceterni porque la hora se acercaba y si, bien le había dicho a la joven que tenía que ser sacrificada, en cambio no le había indicado la hora. Por su parte Kutichumbi había decidido afrontar los hechos con valentía y fue ella quien rompió el prolongado mutismo:

— ¡Madre! Cuéntame algo de mis padres: ¿Cómo eran?

—Tu padre fue un valiente guerrero y tu madre una mujer muy bella. En una lucha que sostuvo nuestro pueblo, con unos enemigos ellos ganaron y al invadirnos mataron a casi todos. Desde entonces yo las he criado y...

— ¿Y Naymlap peleó allí?

—No, Naymlap había ido de pesca hacía tiempo y cuando volvió encontró todo destruido

—¿Y Ud cómo se salvo?

—Yo con todos mis hijos nos escondimos entre unos árboles caídos Allí estuvimos varios días. Tú y Zolsdoñi estaban con nosotros. Comíamos sólo frutas. Cuando ellos se fueron salimos a construir nuevas casas. Todo eso fue muy penoso.

— ¡Madre! ¿Quieres que te diga una cosa?

—Si hija —respondió Ceterni tímidamente.

—Voy a salvar a mi pueblo ¡Lo quiero salvar! ¡Tengo ganas de hacerlo! Si mi padre ha muerto por salvar a su pueblo, yo también quiero hacerlo.

La vieja reina la escuchaba confundida. Extasiada contemplaba la súbdita valentía de esta muchacha. No sabía si admirar más su bello rostro, iluminado por la Luna, o la imponente valentía de retar a la muerte.

— ¡Hija mía! Te quiero mucho, más que el sol a nosotros. Pero ahora no sólo te quiero, sino que te admiro ¡Eres valiente Kutichumbi! ¡Muy valiente! ¡Cómo todos los de mi raza!

—Si, pero no me has dicho qué es lo que tengo que hacer para salvar a mi pueblo.

—Tú serás sacrificada a la diosa luna —respondióle apretando fuertemente los puños.

— ¿Por qué a la diosa luna?

—Por que ella es quien nos manda el agua. A lo mejor cree que nos hemos olvidado de ella y por eso te sacrificamos, para que tú le hagas recordar.

— ¿Sacrificándome yo viene el agua?

—Así dicen nuestros ancianos.

— ¿Y cuándo voy a ser sacrificada?

—Hoy, antes de que salga el sol.

A Kutichumbi le dió vueltas la cabeza al oír esta última expresión. Estuvo a punto de desmayarse, pero supo contenerse, Su valentía no había esperado afrontar la muerte tan pronto. Quizás había pensado que faltaba mucho y que tendría tiempo de acostumbrarse. Pero no era así. Las fuerzas espirituales había que buscarlas en lo más

recóndito del heroísmo. “¡Hoy!.. . ¡Hoy!...” se repetía constantemente mordiéndose los labios. “¡Hoy!. ¡Hoy!” “Si es hoy ¿por qué no me preparas?”... “Eso iba a hacer” respondió amargamente la reina madre.

La transparencia de un ralo vestido dejaba entrever la desnuda silueta del cuerpo de la bella princesa. En su cuello colocaron tres diferentes y hermosos collares donde las perlas y esmeraldas relucían resplandecientemente. Brazaletes de oro ajustaban las muñecas de sus brazos. Un par de ojotas de cuero calzaban sus piés. Ceterni culminó la preparación, untándole variados colores en su rostro y brazos con caprichosos dibujos.

Al llegar Naymlap hasta la habitación en que se encontraban las dos mujeres, Kutichumbi ya estaba totalmente arreglada. Cogida de cada brazo por Naymlap y Ceterni salió de la choza sin haber pronunciado palabra alguna. El viento de la madrugada empezó a jugar con el vestido de la joven en el afán de desprenderlo de su organismo. Escasas personas acompañaban a este prematuro cortejo. Eran sólo los de la nobleza; esto es, los familiares de Naymlap y aquellos servidores a quienes el monarca había considerado dentro de esta clase.

Con paso lento se dirigieron hacia la playa donde los aguardaba una balsa; en ella Pitazofi estaba listo para hacerlos a la mar. A la nave sólo subieron los miembros masculinos, tomando asiento alrededor de Kutichumbi. En la orilla del mar las mujeres sollozaban angustiósamente.

“¿Vamos a “Sian” (casa de la Luna; isla) no señor?”, preguntó Pitazofi a Naymlap. Con un mero garraspeo de garganta respondió el monarca. La nave empezó a deslizarse sobre las ondeadas aguas en pos

de su destino. El friecito, más intenso que en tierra, sólo parecía ser percibido por los varones quienes atinaban a arrojarse. Kutichumbi, pese a la rala túnica que la envolvía, permanecía estática como si hubiera perdido la sensibilidad.

Al llegar a la isla, Naymlap cogió en sus brazos a Kutichumbi y así la condujo hasta el recodo de un cerro donde la depositó. Un anciano le vendó los ojos con un pequeño trapo negro y luego la condujo hasta la cima del montículo. Allí le alcanzó una pequeña vasija conteniendo una poción venenosa. Kutichumbi cogió el adminículo con las dos manos y después de levantarlo varias veces en dirección a la luna se lo sorbió con la mayor naturalidad. Lo impresionante de esta escena se podía advertir en los rostros de los asistentes iluminados por la luz de Shi. Gestos de poliformes manifestaciones admirando la valentía de una adolescente. Al concluir de beber el extraño y mortal líquido; la bella princesa descendió de la cima, siempre cogida del brazo por el anciano, y se acostó sobre la manta blanca tendida en el recodo. Los miembros de la nobleza se dirigieron hacia la balsa con el objeto de retornar a su lugar. La labor estaba concluída. Desde la nave se divisaba a la joven en la misma posición en la que acababan de dejarla. Su cuerpo inmóvil era acariciado por el intenso frío que le agitaba el vestido. Allá en el cielo, la luna se ocultaba tras una nube negra. Parecía ya estar satisfecha. ¿Vendría el agua?

Todos los habitantes de Llampallec recibieron o los nobles retornando de la isla. Al descender de la balsa, se confundieron con la pequeña multitud expresando cada cual sus impresiones. Llegaron juntos a sus chozas y tras de probar bocado, se inició una borrachera terrible. Difícil habría sido tratar de explicar si la libación de chicha era para ahogar las penas por el fallecimiento de la real princesa o a

fortalecer el ánimo para esperar con mayor paciencia la llegada del agua. De una u otra forma lo evidente éra que con este consumo de chicha no quedaba ya nada bebible.

Así había transcurrido en su mayor parte el día. Entre trago y trago. Al acercarse el sol a su ocaso, la mayoría de los súbditos de Naymlap estaban dormidos, consecuencia de la ebriedad. Parecía el final de una batalla, ver tantos hombres tirados boca abajo por el suelo. La única diferencia era que estos hombres no estaban muertos sino dórmidos. Naymlap y Pitazofi, sin embargo, habían sobrevivido en esta “lucha” con el alcohol y, en consecuencia eran los únicos que se mantenían en pie. Parados debajo de un algarrobo ladeábanse de vez en cuando. Pese a su semi-ebriedad notábaseles preocupados.

Pitezofi sacudió a Naymlap y le dijo ¡Mire Chec!... ¡Mire!..¡Alla arriba! ¡Allá!..

Naymlap observó el infinito y comprobó que ese anuncio era indicio seguro que inmediatamente iba a llover.El arco iris, que estos jefes habían divisado era señalado en estos instantes por otras personas del pueblo. ¡Pitzofi!-dijo Naymlap-- en cuanto empiece a llover te vas a la isla y entierras el cuerpo de Kutichumbi. Su trabajo lo ha cumplido muy bien.

No habían caminado largo trecho y ya las gotas bombardeaban estas secas tierras. Algunos de los beodos atinaron a levantar la cabeza, mientras otros ni siquiera advertían este gran acontecimiento... El agua seguía cayendo.

# LA INMORTALIDAD DE NAYMLAP

Una mañana la rutina del pueblo fue alterada. Los que diariamente se dedicaban a la pesca habían desistido de ir al Ní. Tampoco los agricultores habían concurrido a las faenas del campo. Formando diversos grupos discutían casi acaloradamente:

—No puede ser -decía Ochocalo- si cuando recién salía el Sol yo he estado con él. Comió todos sus alimentos y estaba contento.

—Yo también lo he visto —afirmó Ninagentue— le he dado su bebida favorita y me ha dicho que le guarde el resto.

—Yo tampoco creo lo que dicen —terció Xam— porque junto al río Faquisllanga yo y Fengasigde le hemos adornado su rostro

— ¿Pero quién ha dicho que Naymlap ha desaparecido? —interrogó con tono fuerte Nina Colla.

—Este niño es el que ha taído la noticia —dijo Ochocalo.

—Sí, —expresó Pitazoli— él nos detuvo cuando íbamos a trabajar.

— ¿Y tú de dónde has sacado, que Naymlap ha desaparecido?— preguntó Xam al niño.

—Yo, -respondió tímidamente el niño... yo he oído decirlo a Ceterni.

— ¿A Ceterni? —preguntaron casi todos al unísono.

— ¡Mi padre no ha desaparecido!, –intervino con– voz alta Cium.... Digo que mi padre no ha desaparecido, volvió a repetir cuando todos voltearon a mirarlo...., Esta mañana su hermano el Trueno le avisó que su padre el Sol lo llamaba, entonces Naymlap se puso un par de alas muy grandes y voló, hacia el Sol. Varios lo han vistó.

— ¿Y regresará? –preguntó, con cierta angustia Nina Çolla.

—No, no regresará jamás.

—No puede ser, –protestaron casi todos.

—Tiene que regresar –dijo Xam.

—No nos puede abandonar –comentó Ninagentue.

—No nos ha abandonado –aclaró Pitazofi– Naymlap siempre nos dijo que algún día sé iría y qué en su lugar gobernaría Cium y que cuando Cium se fuera gobernarían sus hijos. Así la raza no se perdería nunca.

Las explicativas frases de Pítazofi calmaron temporalmente los ánimos de esto fieles súbditos. En verdad que el monarca no debía haberse ido tan intempestivamente, pensaban ellos. No se podía concebir la vida sin él. He allí un detalle interesante que sólo Pitazofi lo había entendido y que, durante varias noches, trataba de meter en la cabeza de sus compañeros. “Hace tiempo, decía Pitazofi, que Naymlap no intervenía en nuestro trabajo. El nos enseñó al comienzo y después lo hemos hecho nosotros. “Somos un verdadero pueblo y debemos seguir trabajando”.

Las frases de Pitazofi podían ser todo lo convincentes que se quisiera, pero cuando llegaban los ratos de descanso.y la palabra, el

consejo, la orientación no se escuchaba, entonces venía la intranquilidad, la obsesión, la angustia. Pronto en varias mentes germinó una idea y Cium se dió cuenta de esto:

— ¡Eh! ¡Llapchillulli! ¿Dónde vas con tus hijos, con tu esposa y con tus cosas?

—Voy en busca de Naymlap, me han dicho que está por Xayanca y ojalá que lo encuentre.

—Que tengas suerte Llapchillulli!, –dijo Cium menéando la cabeza.

—Nosotros también vamos, –comentaron un grupo de jóvenes.

Mientras el, nuevo Chec contemplaba el avance de Llapchillulli se le cercó Zolsdoñi con sus dos primeros descendientes en los brazos y le preguntó:

— ¿Qué sucede Cium?

— ¡Míralos cómo– caminan! ¡Con qué fe! ¡Con qué decisión! ¡Con qué firmeza!

— ¿Y a dónde van?

—Van en busca de mi padre

— ¿Es posible? Creo que no deben ir

—Déjenlos. Piensan encontrarle y convencerlo para que vuelva. Unos van a Xayanca, otros a Muchumyll... Y así

— ¿Y si no lo encuentran? —

—Es posible que no vuelvan y que formen su propio pueblo. Así se cumple lo que dijo mi padre: nuestra raza no morirá.

Cuando las figuras humanas de los últimos que habían partido en busca de Naymlap eran imperceptibles, Cium Zolsdoñi y sus hijos volvieron la mirada hacia los que quedaban. Cada cual cumplía su labor. Los pescadores bajaban los alimentos de las balsas, los agricultores cosechaban los productos y las mujeres cocinaban o lavaban en el río. Numerosos chiquillos correteaban por la arena jugando con algunas aves o moluscos. Fue entonces que Cium sonriendo dijo a Zolsdoñi: “De aquí pueden salir muchos a formar los pueblos, pero este pueblo jamás - morirá”.

---

# NAYMLAP: UNA GRAN NOVELA

---

Por: Elías Alvarado Zañartu



El destacado intelectual y profesor Jorge Lazo Arrasco, Director del Colegio Chiclayo de esta ciudad, ha dado a publicidad una novelización de la leyenda sobre el origen de Lambayeque en un libro de 145 páginas, al que ha dado el título de “Naymlap” obra que dedica al Colegio Nacional de San José de esta ciudad, con motivo de su Primer Centenario que se celebrará el 24 de setiembre próximo.

El Profesor Lazo Arrasco, que se revela como brillante escritor, hombre de vasta cultura, de amplio conocimiento de la Historia de Lambayeque ha volcado en esa novela los quilates de su talento, vivísima imaginación y un sentimiento enaltecedor del regionalismo auténtico,

Los personajes fundamentales de esta novela, todos son importantes y están ubicados con fidelidad, sobre el concepto monolítico de la tradición en relieve de sublimidad y asombro.

El que lee “Naymlap” de Jorge Lazo Arrasco, se forma una convicción de que en estas comarcas habitó una raza fuerte, enérgica, luchadora, que no llegó a enervarse por el clima ni a enconijarse por costumbres sibaritas y refinadas. Nos presenta con habilidad el apogeo y absolutismo que distingue a las culturas que no pueden angulosarse por la resistencia y obstáculos que opone la Naturaleza.

Hay capítulos bellísimos en esta novelización de la leyenda sobre el origen de Lambayeque y concuerda con la frondosa tradición

que hay respecto a la llegada de este personaje hierático y misterioso, a las tierras que hoy forma el Departamento de Lambayeque.

Romántica, idealista, esta novela por su precisión es de abierta resistencia, a la mediocridad. Tiene emoción y sensiblería. Tiene emoción y sensibilidad individualista; plasma la verdad y la belleza en ersoles perennes y experimentales. Se ha dicho que las lecciones de la realidad no matan al idealista, sino lo educan y esto se confirma en la novela de Jorge Lazo Arrasco, de énfasis melodramático y de sentido y destino localista.

Recomendamos su lectura porque es un aporte para mantener concrecionada e indisoluble la cohesión departamental.

Su gravitación es afirmativa y positiva no saturada de fantasmagorías inverosímiles y recusables.

Se ha revelado pues Jorge Lazo Arrasco como un novelista de fuerza y la elucubración de “Naymlap” estamos convencidos que le ha demandado trabajos, vigilias, meditaciones ondas y muchos tanteos para salir de la realidad y no caer en utopías exageradas. Ni aún los malévolos espíritus alicortos podrán negar su homenaje a esta novela que sin evasivas la colocamos como una de las mejores que ha escrito en los últimos años en el Departamento de Lambayeque, por lo que “La Industria” la saluda con efusión y cordialidad y desea que su autor reciba el galardón que se merece.

# VOCABULARIO

Ai	Madre
APAEC	Tierra
Ai APAEC	Madre tierra(divina terráquea)
APAYTA	Diminutivo de “Apaec “, tierra.
ALEEPONG	Piedras raras , ciertas piedras.
CAP	Llevar , cargar
CHEC	Señor
CHOQUETE	Desigual , a desnivel.
CHORNA	Solo
CHOT	Prominencia.
CHUCHAS	Conchas marinas.
FAC	Negro.
HUAMAN KANTAX	Señor del guano.
LA	Agua
LAPILCAPUC	Agua sin lugar donde conducirla.
LLANGAR o LLANCAR	cangrejo de agua dulce.
NI	mar.
NIC o NEQUE	En.
PIL	Sin.
QUIDE	Golpeador con que se aprieta la trama.
QUITU	Cabeza.
SHI	LUNA
SIAN	Casa de la luna.(isla)
TESGAM	Telar en que se fija la urdimbre.
TONI	Huaca.
UC	Lugar , sitio.
UÑO	Lacitos para cambiar la urdimbre.
AMOS SOB CHOQUETE	No tejas desigual.



Esta obra se terminó de imprimir en los talleres gráficos de la Universidad  
Alas Peruanas.

*Julio 2009*

“Pasando su mano izquierda sobre su desgredada y húmeda cabellera, en actitud de desesperación, recordaba los acontecimientos y veía que todos ellos se habían hilvanado como ordenados por una fuerza superior.”

## **¿HACIA LO DESCONOCIDO?**

**Extracto**

ISBN: 978-9972-210-78-5



FONDO EDITORIAL UAP

FONDO EDITORIAL UAP FONDO EDITORIAL UAP

FONDO EDITORIAL UAP FONDO EDITORIAL UAP

FONDO EDITORIAL UAP FONDO EDITORIAL UAP FONDO EDITORIAL UAP

FONDO EDITORIAL UAP

# FONDO EDITORIAL UAP